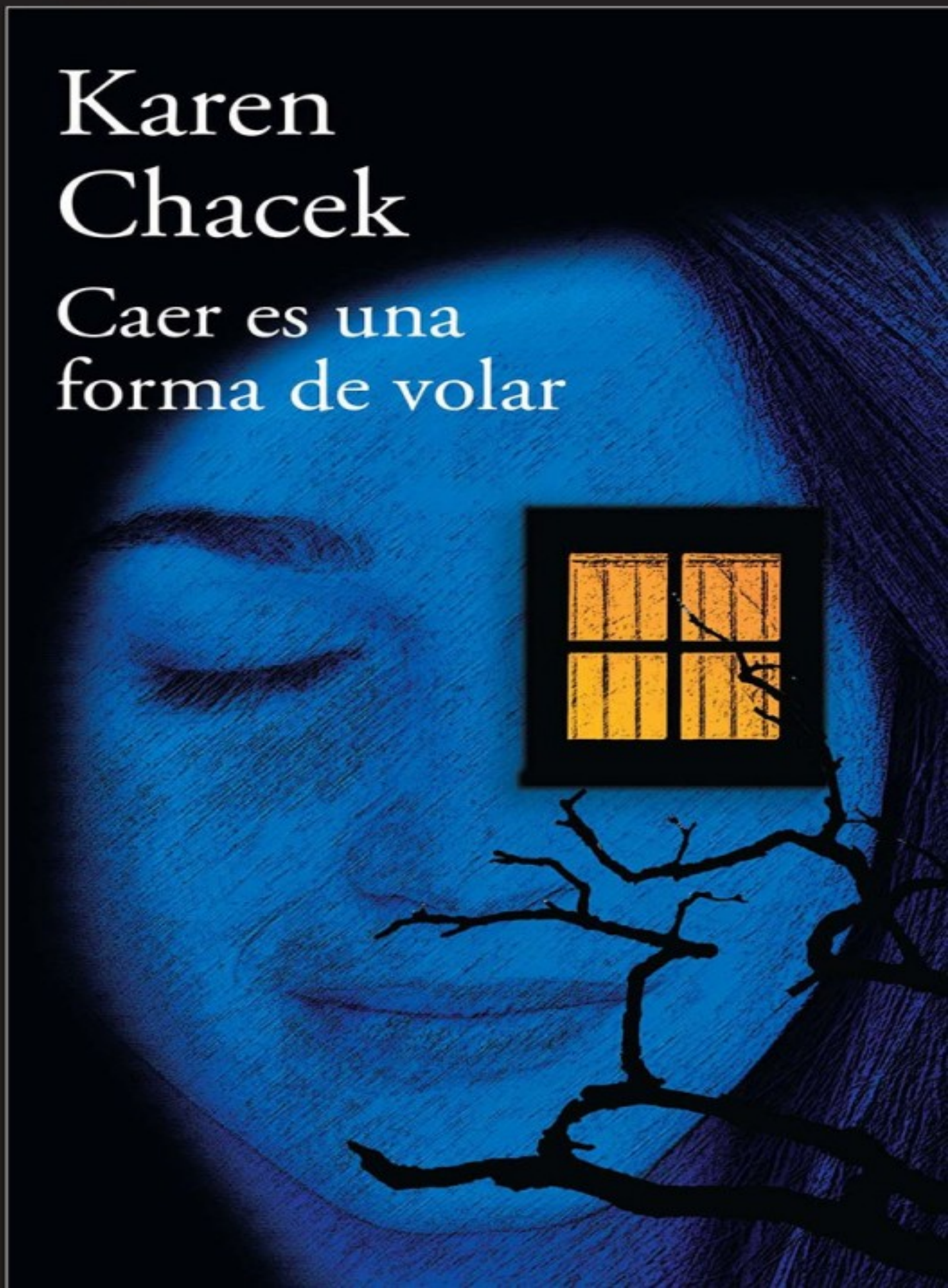
ALFAGUARA

Karen Chacek

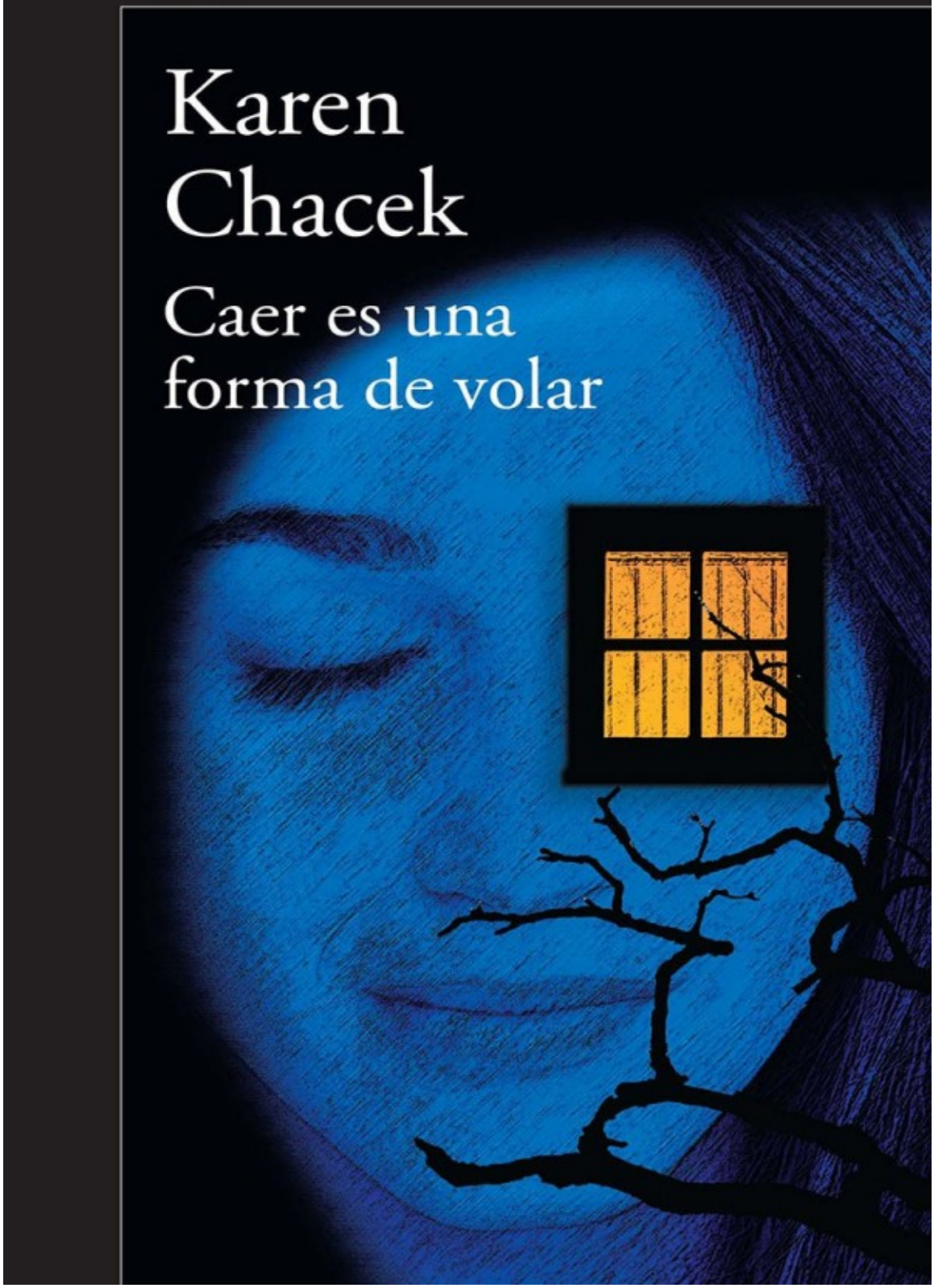
Caer es una forma de volar



ALFAGUARA

Karen Chacek

Caer es una forma de volar



1

Me despertó el grito de la señora Gelman. Al principio no supe si era parte de mi sueño de la madrugada. Luego escuché a su marido llamarla por su nombre —¡Yuta!—, cosa que hacía únicamente cuando se trataba de algo capital. Me paré enseguida de la cama. A tropezones conseguí despabilarme y llegar a la ventana con vista al jardín vecino.

Afuera amanecía, el cielo tartamudeaba encapotado, caía una llovizna ligera. Los señores Gelman desfilaban como exploradores extraviados en ese cuadrángulo de pasto irregular y arbustos de flores que conformaba su jardín. Ella se daba palmadas en el pecho, como reanimando aquel músculo cardiaco, a veces inclemente, que alojaba dentro. Él la seguía como un sonámbulo con el brazo acalambrado hacia el frente, intentaba arroparla pero ella no se dejaba tocar, volteaba una y otra vez a ver la gardenia arruinada.

¿Qué era ese bulto en el suelo? ¿Un cuerpo? ¿Mija? Agucé la mirada: las ventanas de su recámara en el segundo piso lucían abiertas de par en par. ¿Saltó desde ahí? ¿Cómo pudo hacerlo? El miércoles que lo visité, él con trabajos podía sostener la cuchara del budín de vainilla. La cama clínica seguía deglutiendo en cámara lenta sus tiernos veintinueve años. ¿Cómo pudo llegar solo a la ventana y arrojarse?

Yuta detuvo el paso sin anuncio, se cubrió las orejas y pataleó como si subiera una escalera imaginaria que habría de conducirla lejos de ahí, a años luz de sí misma, del jardín, del mundo. Pero los escalones únicamente la avecinaron más cerca de la tierra húmeda. Se dejó caer al piso, jalando aire a bocanadas grandes. A gatas se aproximó lento al cuerpo de Mija y su largo camisón crema se tiñó de lodo.

Cogió a su hijo del rostro. Lo llamó por su nombre y por todos sus alias. Apretujó su brazo, posó una mano sobre su pecho. Cuando palpó la temperatura de su frente, abrió grande la boca y se tragó el aire del mundo.

Un segundo después lo expulsó fuera en un grito que rompió en añicos los cristales de las treinta y tres ventanas de su casa.

—Jacques me lo hubiera dicho —sollozó—. Él me hubiera advertido. ¡Alguien entró a la casa! ¡Dime quién! ¡¿Quién nos hizo esto?! —le reprochó a su marido.

—¡Te juro que dejé la alarma puesta! No entiendo por qué no sonó al abrirse la ventana. ¿Por qué nunca sonó? —se mantuvo repitiendo el señor Gelman, con el pantalón de la piyama orinado y ese movimiento continuo de cabeza que delata a los niños que saben albergar esperanzas sólo por hábito, pues siempre han visto truncados sus deseos.

—Cállate… ¡Despiértame o cállate! —clamó ella.

Corrí al sótano. ¡¿Qué pasó con Mija?!, pregunté a los roedores. Únicamente asomaron la cabeza tres. El nuevo fumigador de los Gelman se había encargado de ahuyentar al resto o convertirlos en diminutas esculturas de jardín.

Conté seis golpes a la puerta. Subí a abrir.

—Yuta…

—Dime si Mija te mencionó algo. ¡¿Qué viste anoche desde tu ventana?!

—Nada —mentí.

Con ayuda del tío Avner, los señores Gelman cargaron el cuerpo de Mija de regreso a su recámara. Es un espectáculo desconcertante ver el cadáver de un ser querido engarrotado en una postura similar a la de los insectos que han sido estrujados por la suela de un zapato.

Ese mismo día, el tío Avner tramitó un acta de defunción adulterada y arregló la designación de un espacio en el cementerio, haciendo efectivos los favores que le debía un abogado. Fue un entierro discreto: tres dolientes, un rabino y ocho estudiantes judíos que completaran el quórum de diez varones adultos para llevar a cabo el rezo. A varios metros de distancia, una mirona y tres ratas. Ni rastros de la heterogénea comitiva familiar que acudía a comer a casa de los señores Gelman todos los domingos.

De los tres dolientes en pie frente al hoyo en la tierra, era tío Avner quien lucía más arruinado. Amaba a Mija como al hijo que, sabía, nunca iba a tener. Por la rabia con la que miraba a los sepultureros manejar las palas,

supuse que se preguntaba por qué diablos tardaban tanto en cubrir el maldito cajón con tierra. Mija era un afecto elegido y no hay peor dolor que el que se escoge.

El señor Gelman se dio vuelta para no mirar en el momento en que uno de los hombres clavó en la tierra una placa de madera que tenía inscrito con letra de molde el nombre Mijael y la fecha de ese día.

La señora Gelman, en cambio, lucía estoica mientras mantenía con Mija una discreta conversación en "modo silencio". De haber sido la escena de un filme, no habría necesitado de subtítulos; Yuta vocalizaba de manera impecable al hablar. Le preguntó a su hijo: ¿Quieres verme llorar, tonto? Te hiciste más daño a ti que a mí. ¿Qué hago ahora? ¿Cada cuánto te pondrás en contacto conmigo? ¿Debo decirle a tu clientela que estás enterrado o que estás de viaje?

La cartera de clientes de Mija incluía políticos y empresarios destacados; viejos lobos de mar que acudían a pedirle consejo a ese joven de 29 años a quien apodaban afectuosamente su "pequeño gurú".

¿Está tu abuelo contigo?, fue la última de las preguntas que la señora Gelman le hizo a su hijo. La mujer permaneció repitiéndola, mientras su marido se ponía cada vez más rojo por el llanto y el tío Avner los remolcaba a ambos del brazo rumbo a la salida del panteón.

Ese frío mediodía, entre lápidas, piedras y olor a tierra seca, comprendí a cabalidad aquello que el roedor pardo me dijo una noche en el sótano: cualquier persona desesperada se precipitará a doblar la realidad en triángulos y rombos con tal de poder sobrellevarla. (Sabiduría de roedores.)

2

La señora Gelman, Yuta, bebía únicamente café frío pese al viento helado que se colaba por las ventilas de la cocina. Sus tobillos y muñecas se iban hinchando conforme pasaban las horas; los diuréticos no tenían efecto en ella, era llanto lo que se acumulaba en su cuerpo. La mujer, sin perder el semblante de anfitriona modelo que la caracterizaba en las comidas de los domingos, había advertido que no dejaría salir una sola lágrima hasta entender cómo el cuerpo atrofiado de su hijo había llegado hasta la ventana y después saltado al jardín.

¿Cuánto más resistiría? A once días de la tragedia, la puerta de su casa permanecía abierta, día y noche, para seguir recibiendo visitas; ellos le palmeaban la espalda, ellas la apretujaban hasta cortarle el aliento. Esta era la primera vez que podíamos hablar a solas desde la tragedia.

—¿Puedes creerlo, Nadia? Las personas vienen a mi casa para llorar en mi hombro. Para que yo los consuele por el dolor que les provoca saber que he perdido a mi hijo —espetó después de dar un trago al café frío.

—Sabes que conmigo puedes llorar, Yuta.

—No. Yo no tengo derecho a eso —dijo sonriendo a sus anchas—. Los que herimos a voluntad no tenemos derecho de sufrir; el dolor cura —se limpió la boca con la manga de su camisón gris—. Necesito que me ayudes, Nadia —musitó, cerciorándose de que ni el señor Gelman ni la tía Rosy, que se había mudado temporalmente a la casa, la escucharan hablar—. Mija no ha querido comunicarse conmigo desde el día del entierro.

¿Quién era yo para juzgarla por quebrar el corazón de su hijo? Años de observación aguda me han enseñado a leer los labios y también que hay actos de amor más letales que una bala de mediano calibre disparada a quemarropa.

Cada vez que me siento en la banca de afuera del supermercado para ver pasar gente, invariablemente siento ganas de levantarme, detener a la persona que empuja el carrito de las compras y decirle: “Por favor, pídele a

ese que te acompaña que te deje de querer tanto". Luego aplaco el impulso y me recuerdo a mí misma que el mundo se autorregula a su ritmo, que interferir es un acto soberbio e inútil: que nadie puede pelear por otro sus batallas.

—¿No viste nada? ¿Cómo voy a creerte? ¡Tú lo ves todo! —me reprochó.

—Es la verdad, Yuta. Me despertaron tus gritos en el jardín.

—¿Y la noche del jueves, vino alguien a la casa? Esa chica, ¿verdad?

La señora Gelman se refería a Ela. Y sí, ella visitó a Mija la noche del jueves. La vi llegar poco después de que los señores Gelman se marcharan en el auto familiar, vestidos con ropa de coctel. Esta vez no acudían al bingo sino a la celebración de las bodas de plata de la tía Rosy.

Mija me había llamado en la tarde, como cada jueves, para recordarme que abriera la puerta del jardín apenas viera salir a sus padres. Desde que él había enfermado, cada jueves jugábamos a la ruleta rusa con esa reja de madera. Ela entraba y salía por mi jardín. Trepaba por la escalera de incendios hasta el techo de teja y se introducía al cuarto de Mija por la ventana abierta. Se marchaba a mitad de la noche replicando la ruta a la inversa. Por eso la cámara de seguridad de la puerta principal solamente guardaba registros de las facciones rechonchas de Ana, la voluminosa enfermera que los señores Gelman pagaban cada jueves para que cuidara de Mija mientras ellos acudían al bingo.

Los Gelman regresaban siempre minutos antes de las doce de la noche, como si temieran volverse calabazas. Yuta se asomaba al cuarto de Mija para verlo dormir, después se iba derecho a la cama. El señor Gelman llevaba a Ana a su casa en el coche compacto de Mija, decía que era importante caminar el auto una vez por semana para evitar que el motor se atrofie.

En una de tantas noches vi al señor Gelman tratar de besar a Ana. Corrí por los binoculares. El hombre se movía con la torpeza de un jovenzuelo que abraza a la chica hasta casi asfixiarla. Ana lo combatió con ambas manos. Cuando logró apartarlo le dio una cachetada. Creí que jamás regresaría a trabajar a esa casa después del incidente, pero lo hizo como si nada hubiera sucedido. Me mantuve atenta jueves tras jueves, jamás volví a

ver al señor Gelman cruzar esa delgada línea con ella. Pero una noche, estando solos en el coche de Mija, la vi posar su mano en el hombro del señor Gelman y consolarlo mientras él lloraba, con su preciado portafolios sobre las piernas.

—Llegas a cierta edad y ves que no lograste lo que más deseabas de joven —le decía él, entre sollozos—. Eso te empieza a afectar.

—¿Con qué soñabas de joven? —preguntó ella.

—Quería ser capitán de un buque pesquero —respondió él. Ana, que nunca se aguantaba las ganas de nada, soltó una carcajada ruidosa que hizo a la señora Gelman asomarse a la ventana de su recámara.

Con ese mismo descaro, Ana escupía cada vez que pronunciaba el nombre de Ela. Lo hago para alejar a los malos espíritus —me decía ruidosa —. Mi abuela era curandera. Me enseñó a ver cosas.

Quién iba a pensar que con todo y esos huesos anchos y una altura que rebasaba el metro ochenta, Ana le tendría tanto miedo a esa chica menudita de aspecto frágil y cara bonita, que gustaba vestir ropas de hombre y llevaba veintisiete años ocupando un lugar en el mundo.

Ana se salía del cuarto cada vez que Ela entraba. Ni Ana ni yo le contamos nunca a la señora Gelman sobre las visitas que Mija recibía los jueves. Cuando hablábamos de ella siempre quedaba flotando en el aire un dejo de inquietud. El respeto singular que le proferían los roedores a Ela, únicamente confirmaba que ella era una de esas raras entidades humanas que lo mismo cautivan que asustan, como tantos que hacen carrera en la farándula.

Si alguien podía darnos respuestas era ella. Mija me había descrito su casa muchas veces y seguido se mofaba del nombre de la calle: Pomona. Fue fácil encontrarla en el mapa satelital.

3

Abrió la puerta una sexagenaria vestida con suéter bicolor de rayas horizontales, cabello de algodón de azúcar teñido de rubio y un gesto de urgencia en la cara. Casi chocamos.

—Buenos días. ¿Se encuentra Ela? —pregunté.

—Pasa, pasa —respondió la mujer, un tanto apresurada—. Disculpa si no me quedo a platicar con ustedes, pero quiero llegar al supermercado antes de que se acaben los buenos jitomates.

Me dejó sola en el hall, una colección de seis platos coloreados con referencias a Hungría me dio la bienvenida. Cerré lento la puerta, con la sensación de estar invadiendo propiedad privada. Tal y como alguna vez me lo describiera Mija, el lugar era como una casa de muñecas decorada por un ciego. Te provocaba un inevitable desconcierto, pero uno muy placentero. Mis ojos se posaron de inmediato sobre la magnífica imitación de candil de cuentas de vidrio que colgaba del techo sobre el par de sillones aterciopelados color camello que se daban la espalda y no parecían en lo más mínimo importunados por ocupar la estancia que correspondía al comedor principal dispuesto en la única recámara de la planta baja, entre macetas colgantes y dos lámparas de piso.

Ela había movido de lugar los muebles de su casa a capricho, pese a las reservas de su madre, quien aceptó la remodelación a regañadientes con la condición de conservar su recámara intacta. A la señora todavía le pasaba que al entrar a tientas al cuarto de baño y dirigirse en automático a su derecha para sacar un rollo de papel higiénico del anaquel, su mano chocaba contra el toallero y le recordaba que ahora los adornos del baño chico decoraban el baño grande y el cobertor tejido que durante una década había reinado en la taza del escusado arropaba la vieja licuadora herencia de la abuela.

Ela había mudado su recámara al cuarto esquinado que su padre solía usar como bodega para archivar cientos de tiras con los resultados

semanales de la lotería, convencido de que un día descubriría en ellos un patrón que le revelara el número ganador del siguiente sorteo grande. Era la habitación más pequeña de la casa, sin embargo la única con tres ventanas.

La remodelación había dado excelentes resultados. O eso presumía Ela. Sus pesadillas más angustiosas solían tener como escenario la casa de su infancia, sólo que ahora éstas sucedían en una casa que era otra y no aquella que habitaba con su madre. Despertaba de un mal sueño y le bastaba con caminar los espacios reformados para tranquilizarse, convencida de que sus terrores jamás se materializarían, pues la vieja casa de su infancia ya únicamente existía al otro lado del mar de los recuerdos, cubierta día y noche por un denso manto de nubes.

Al final del pasillo, Ela salió de la cocina vistiendo una bata de baño amarilla y una toalla en combinación envolviéndole la cabeza. Me miró de reojo y se detuvo en seco.

—¿Sí? —dijo—. Después caminó a tientas hacia mí. La luz que entraba por las ventanas a mis espaldas me hacía lucir como una sombra. Ela y yo nunca nos habíamos encontrado fuera de casa de Mija.

—¿Nadia?

—Hola.

La expresión de agrado se le borró de la cara en menos de un segundo. Dio un paso atrás, luego dos. Corrió escaleras arriba. La seguí hasta el pasillo de las recámaras. La vi abrir una puerta, abrir otra. Finalmente entró en la última recámara, la de su madre. Al fondo había un clóset de puertas plegables que abarcaba toda una pared.

Ela se internó por el extremo izquierdo y corrió la puerta plegable hasta trabarla por dentro. La escuché remover ganchos de manera frenética, respirar aprisa como si jalara bocanadas de aire hirviendo para inflar en su vientre un zepelín. Luego se quedó quieta y comenzó a entonar la primera letra del abecedario, hasta que la vocal estalló en millones de meteoros microscópicos.

El estallido dio origen a otra dimensión en el mundo. Lágrimas rodaron por las mejillas de Ela hasta crecer debajo de ella una laguna tibia y salada. Flotaron los zapatos de suela de goma, se deslavaron las telas floreadas de las faldas y las mascadas. El agua teñida de colores reventó las bisagras de

las puertas y del interior del clóset de madera escapó una furiosa corriente colorida y cristalina que arrastró por igual muebles, plantas, adornos y cuadros de la recámara. Escapó por el pasillo, invadió el baño y las otras dos recámaras. Bajó las escaleras, colmó el comedor, la sala y la cocina. Se desbordó por las ventanas abiertas y levantó la casa de sus cimientos.

El viento de octubre arrastró la edificación lejos; más allá de las montañas, las nubes y la capa superior de la atmósfera. Fuera del planeta, la casa se mantuvo suspendida unos instantes, arrullada por la música del campo magnético terrestre. Ela se quedó dormida y un astronauta de la Estación Espacial Internacional le tomó una fotografía a su casa. Dos horas más tarde, Ela abrió los ojos y se asomó fuera del clóset: me encontró sentada en el sillón de terciopelo verde, esperándola.

—Hace días que salto cada vez que suena el teléfono. No sé si sucedió o si lo soñé.

—Yo —dije— creía que tú habías estado con él esa noche.

La madre de Ela entró de súbito a la recámara, venía hablando sola. Se calló de inmediato al vernos.

—Perdón —dijo. Después miró a su alrededor como para cerciorarse de no haber entrado en la recámara equivocada—. Compré molida de pollo para preparar albóndigas —enunció, todavía desorientada.

—Hazlas para ti, mamá —respondió Ela.

—¿Sólo para mí? No. ¿Tu amiga se quedará a comer?

Ambas me miraron. No supe qué responder. Me encogí de hombros.

—Si tú quieres comer albóndigas, prepáralas —dijo Ela.

—A ti también te gustan las albóndigas.

—Mamá, no como pollo desde hace meses.

—Ay, mijita, cada día te pones más especial con la comida —remató la mujer antes de salir de la habitación.

Ela me miraba urgida: ¿Cuántos días han pasado?

—Once.

Se cubrió los párpados con las manos. Traté de leer algún signo que la delatara. La miré como buscándole una ranura, una bisagra. Las personas somos como las cajitas musicales; guardamos dentro una melodía que revelamos sólo cuando alguien nos destapa.

Ela bajó las manos, sus pupilas centelleaban como dos cuerpos negros que absorben luz y emiten luz. Quizá recordaba tan bien como yo aquel jueves en la noche que yo subía con pasos agigantados las escaleras de casa de Mija, mientras ella las bajaba lentamente de camino a la cocina para rellenar la jarra con agua. Yo traía en la mano una barra de 150 gramos de ese chocolate belga mitad amargo mitad leche que era el favorito de Mija y conseguías en el supermercado solamente por temporadas.

La cara que pondría Mija cuando lo viera, en eso venía pensando al momento de cruzar trayectos con Ela, cuando miré como hipnotizada la mascada color magenta que le arropaba el cuello y le daba a su rostro un halo casi fantasmal. Perdí de vista el escalón; la punta de mi zapatilla resbaló en el borde y me fui de bruces contra las escaleras. Puse a tiempo la otra mano para conservar intactos mis dientes frontales, pero el crack de mi muñeca izquierda se oyó nítido como si alguien acabara de quebrar un huevo contra la orilla de una sartén.

Ela se agachó a auxiliarme y dijo que la barra de chocolate belga se había partido en nueve. Yo oprimía con fuerza mi muñeca. En la cocina la sumergí bajo el chorro de agua fría del fregadero, mientras Ela sacaba del congelador unos cubos de hielo y los envolvía en una toalla bordada con las iniciales de los señores Gelman.

Para confirmar nuestras sospechas traté de sostener una cucharita de té con la mano izquierda. Por supuesto que no pude; solté un alarido de lágrimas. Ela puso a un lado el bulto de hielos y envolvió mi muñeca entre sus manos frías. Sentí un tirón agudo bajo la piel y después un burbujeo cálido, parecido al que producen las pastillas para la migraña cuando por fin hacen efecto y desintegran el dolor macizo y sordo en un estallido alegre de millones de pequeñas pompas de jabón que van explotando en tu cabeza.

En la Sala de Urgencias del hospital, esa noche, me mostraron una radiografía que evidenciaba el trazo de una fisura en el escafoides, el hueso de la muñeca con mayor probabilidad de fracturarse en una caída a mano abierta. Sin embargo, pese a la incredulidad del médico de guardia, quien había repetido la ronda de radiografías, el pequeño hueso ubicado en el lado de la muñeca que corresponde al dedo pulgar lucía íntegro. No se había extraviado ni una sola de las nueve astillas trazadas en la imagen blanco y

negro. Cosa rarísima. Era como si luego de romperse, el hueso hubiera reagrupado sus partes.

En el estacionamiento del edificio, ya con una férula que habría de facilitar que la fractura sellara sin inconvenientes, miré a Ela sin ocultar ni pizca de mi asombro. Ella sonrió nerviosa y con falsa modestia me dijo hablando muy rápido: No siempre sé qué es lo que hago. Yo nada más imagino.

Ela restregó las manos contra la bata de baño amarilla y empezó a colisionar enunciados como si fueran partículas. Apliqué un poco de álgebra para dilucidar qué era lo que trataba de decirme: que a Mija lo había querido y odiado igual que a la injusticia del mundo esa diva malvada que por generaciones había fungido como madrina de su familia.

—Me lo contó por teléfono y los dos lloramos: *Algo se rompió en mí, Ela*, me dijo.

—Te ayudaré a repararlo —le contesté.

—Ya no se puede —insistió él.

—Claro que se puede. Por eso estamos recomponiendo juntos el mundo.

—Es justo eso, hermosa. Por fin estoy aportando a recomponer el mundo. Pero resultó algo distinto a lo que tú y yo imaginamos.

Sentí un nudo en el estómago al trasladar sus palabras a la voz de Mija. Ela torcía la boca, como en un intento de tragarse las palabras que esperaban en fila para salir.

—No dejo de preguntarme si yo provoqué lo que le pasó, Nadia. Mi abuela me lo repetía todo el tiempo: *Eres mala, Ela*. Según ella, yo no hacía otra cosa que torturar a mi madre y causarle cólicos; había nacido mala y eso *Se me notaba en la mirada*. Un día le reclamó a ése al que le rezaba que hubiera enviado a alguien como yo a su familia. Después le pidió que las protegiera, a ella y a mi madre, del demonio. Y yo, el demonio, a veces me olvido que puedo afectar a las personas.

—Una cosa es reparar un hueso y otra muy distinta dañar la secuencia molecular de un organismo.

—¿Qué distancia hay entre la una y la otra?

—Quizá ninguna —rectifiqué.

La madre de Ela se asomó eufórica a la recámara.

—¡A la mesa, que las albóndigas se enfrían!

Cuando la mujer de las rayas y el cabello de algodón cerró la puerta, presencié algo asombroso: Ela salió de su cuerpo y se posó en el techo. Su cuerpo, sin embargo, bajó conmigo a la cocina, incluso comió un par de albóndigas de pollo frente a la sonrisa de aprobación de su madre. Además de "Sí", "Disculpa", "Gracias", no pronunció otras palabras.

—Se le va a pasar en unos días —me dijo su madre—. ¿Te sirvo más?

—¿En cuántos días? —pregunté, un tanto alarmada.

—¿Qué?

—¿En cuántos días se le va a pasar?

—Eso sí que no lo sé, chula.

4

Era un martes 14 de junio, sonó mi teléfono a eso de las tres veinte de la tarde. Clavé el tenedor en la madera de la mesa y grité de camino al teléfono: ¡¿Es que la gente nunca come?! Acababa de ponerle la tapa a mi sándwich de aguacate con huevo. Respondí furiosa. Una voz que no reconocí pidió hablar con la señora Nadia. ¿Señora?, pregunté en automático. Luego dije que no estaba interesada en tramitar ninguna tarjeta de crédito ni en cambiar de compañía telefónica ni en dedicarle más tiempo a esa llamada. La persona al otro lado del auricular repitió íntegramente sus palabras. Era la voz de un hombre joven. Le pregunté a regañadientes qué quería. Tardó en darse a entender y, por las muletillas que usaba al hablar, adiviné que no habría cursado más allá de la primaria.

Me pidió con urgencia que fuera a recoger a Mija. ¡¿A *dónde?!* Cuando me indicó la dirección pensé que lo habían secuestrado, luego supuse que me estarían jugando una broma. Pedí hablar con Mija. El tiempo que tardó en tomar el teléfono, tranquilizar su respiración y responder con una voz medianamente audible me pareció tan largo que hubiera podido atestiguar la metamorfosis de un mariposón nocturno que pasa de huevo a larva, muda de tamaño varias veces, se desplaza para encontrar un lugar seguro donde secretar un capullo de seda, reduce el tamaño de su estómago, el de su mandíbula, forma en su tórax dos pares de alas y los extiende al momento de emerger de la crisálida.

—¿Nadia? —balbuceó Mija con voz frágil.

—¡¿Mija?! ¿Estás bien? ¿Aviso a la policía? —pregunté con voz entrecortada.

—¡No llames a nadie! Ven tu sola.

Ese día los empleados de la joyería familiar habían visto al hijo del patrón abandonar el local intempestivamente. El señor Gelman no se había dado cuenta de nada, pues se había encerrado en su oficina, como lo hacía casi todas las tardes durante una hora. Empleados, clientes y familiares

asumían que a esa hora el hombre tomaba una siesta. Aquello era una verdad a medias. La dichosa siesta duraba poco más de diez minutos, el resto del tiempo el señor Gelman lo pasaba explorando el interior de su portafolios con cerradura de combinación, ese pequeño cofre del tesoro que lo acompañaba a todas partes. Nadie en la joyería ni en su casa sabía qué guardaba (eran imágenes de una vacación en la playa en compañía de sus padres; él era un niño pecoso de siete años y lo que aparecía a sus espaldas decorando el horizonte era un imponente buque pesquero de nombre Queen Williams. Las fotos se las había mostrado únicamente a Ana y ella me lo había contado muerta de risa a mí).

Los empleados se asomaron por la vitrina y vieron a Mija caminar por la calle dando zancadas. Subió a su coche compacto y se marchó pisando a fondo el pedal del acelerador, dejando una estela de ruido.

Manejaba por la ciudad hecho un energúmeno. En su excursión errática se pasó de largo cuatro luces preventivas y dos semáforos en rojo. Bañado en sudor sentía cómo su corazón palpitaba desquiciado y un terror implacable lo invadía, se desbordaba por sus ojos y se extendía.

Giró con brusquedad el volante hacia la derecha, entró a la lateral de la avenida, tomó en sentido contrario una calle y se estacionó frente a un restaurante con el toldo pintado a rayas de color verde y rojo. Bajó del auto sin sacar las llaves del interruptor. Caminó escasos cien metros en dirección al puente peatonal que yacía a medio construir. Subió aprisa las escaleras de la única mitad edificada y avanzó decidido hasta el borde que colindaba con el precipicio. Se inclinó hacia adelante, miró hacia abajo; imaginó que su caída sería como volar unos cuantos segundos, luego fantaseó la manera en la que su cráneo estallaría al chocar contra el asfalto. La mano de un joven albañil de camiseta roja lo prensó del cuello de la camisa y no lo soltó hasta que yo llegué al lugar treinta minutos después.

Optamos por entrar al restaurante italiano de poca monta y toldo de rayas verdes y rojas frente al que se había estacionado Mija hacía menos de una hora sin depositar moneda alguna en el parquímetro, por lo que la llanta delantera del coche estaba inmovilizada con un candado de araña. Ustedes primero, yo detengo la puerta, dijo todavía con la voz adelgazada. Habló en plural porque venía con nosotros Cutberto, nuestro héroe del día, quien se

detuvo firme bajo el marco de la puerta. Dijo que a él podían llamarlo de todo menos mal agradecido, pero que prefería comer la torta de guisado que le había preparado su mujer. Mija sacó su cartera y extrajo todos los billetes. Cutberto dio un paso atrás y nada más le extendió la mano para despedirse. No me ofenda, güero, le dijo. Se dieron la mano. Mija, que parecía haber olvidado los tres idiomas que hablaba fluidamente, balbuceó algo ininteligible y lo abrazó fuerte.

5

Nos sentamos en la mesa más alejada de las ventanas para no ver hacia el puente. El cocinero era un italiano anémico que rentaba un cuarto en aquel edificio setentero de tres pisos, propiedad del dueño del restaurante —un treintañero con cuerpo de gimnasio, heredero de una cadena de tintorerías automáticas—. El tipo soñaba con tener la franquicia de restaurantes italianos más famosa de la ciudad. Al cocinero lo había conocido haciendo fila en el banco, un día de quincena que había ido a aclarar un cargo extra en la comisión anual de su tarjeta de crédito. Le bastó con saber que estaba recién llegado, que necesitaba un trabajo y que su madre le había enseñado a cocinar fideos en la vieja estufa de aquella casa modesta, en un poblado de la costa siciliana cuyo nombre sonaba a bebida caliente de las que venden en las cafeterías de franquicia. Todo eso me lo contó Mija cuando llevábamos unos cuantos minutos de habernos sentado a la mesa.

El propietario del restaurante nos tomó la orden. Mija lo saludó con familiaridad y él le devolvió el gesto. Si me permiten —dijo el dueño, fingiendo voz de hombre embarnecido— me gustaría enviarles un aperitivo de cortesía para abrir el apetito. Escuchamos cómo repiqueteaban las suelas de sus zapatos nuevos camino a la cocina; también el momento en el que ordenó al cocinero que preparara dos platos de fideos, especialidad de la casa.

—Es mi primera vez aquí. Ese tipo y yo nunca nos hemos visto antes. Pero tú me creíste lo que te acabo de contar, Nadia. ¿Por qué me cree la gente?

—¿Cómo por qué?

Mija untó la mitad de un bolillo con mantequilla y se la llevó casi entera a la boca, al tiempo que hilos delgadísimos de sudor le chorreaban por la frente como lluvia en una ventana.

—Voy a dejar todo esto de las consultas.

—¿Qué pasó?

—…

—Mija, cuéntame.

—El sábado alguien me preguntó qué tipo de consultas daba.

—¿Y?

—Me salí por la tangente. Le hice creer que era un asunto sofisticado; que ella no estaba del todo preparada para entenderlo. Sentí esa vergüenza de cuando en la escuela el maldito profesor de Deportes me hacía correr frente a todos en shorts, con las piernas flacas —hizo una pausa forzada para toser y escupir el pedazo de pan que se le atoraba en la garganta—. Ya sé que hay malos días, Nadia. Que seguido me azoto nomás porque sí. Pero el sábado no dejaba de preguntarme durante todo el camino a casa: ¿Por qué carajos hago lo que hago? Tengo casi treinta años y ¿qué he hecho de mi vida? ¿A dónde voy?

—¿*Ella* tiene nombre?

—El mundo está descompuesto, Nadia. Personas como yo somos el resultado de eso. Lo que un Cutberto cualquiera gana en tres semanas por trabajar en una construcción, a mí me lo pagan por una consulta de hora y media en la que alguien me resume su vida, me pregunta cosas que lo mortifican y yo le respondo orgulloso lo primero que me viene a la cabeza, lo que sea que se me ocurre en ese momento, porque mi madre —a quien le he creído toda la vida lo que me dice— asegura que establezco contacto con una inteligencia superior.

¿Sabes cuántas veces me he preguntado si no es que las respuestas siempre vienen integradas a las preguntas; si lo que hago no es otra cosa que inferir aquello que mi cliente se esfuerza tanto en no decir, que me lo dice casi a gritos? Es un ejercicio tan soso como entrar a un restaurante y observar aquello que no se acompaña de manera natural con el lugar. ¿Viste la cantidad de prendas con forro de tintorería que había colgadas en el guardarropa? Más de veinte. Son demasiadas para una sola persona. Mira la ropa de marca, perfectamente planchada, del dueño. Ve la pinta de prófugo de su cocinero. Todos los elementos de la historia están ahí, a la vista. Nada más hay que unirlos. ¿Cuál inteligencia superior?

—A las personas nos gustan las historias. ¡Somos historias!

Mija me miró como cuando a los once cruzaba corriendo el jardín luego de hacer una rabieta y me traía su videojuego destartalado para que se lo armara de vuelta y le confirmara que nada más se habían zafado algunas piezas; que el juguete no estaba roto. Pude haberle dicho que las personas nos pasamos la vida ordenando inútilmente los eventos aleatorios que nos suceden; construyendo una historia con la que sustentar la ilusión de que nuestra presencia en el mundo responde a un propósito; que nada nos complace tanto como el que los otros nos cuenten una versión mejorada de nuestra propia historia. Pero únicamente sonreí. A la hora de los dilemas existenciales, nadie puede beber por tu sed, ¿o sí?

—Soy una mala persona, Nadia. A veces me da miedo que Dios exista, te lo juro. Últimamente en las mañanas, a la hora de vestirme, siento que me calzo el disfraz de un personaje que entrará a escena en el set de televisión. Que si no lo hago defraudaré a esos dos a los que les debo todo lo que tengo en la vida. Como si su felicidad dependiera de mí.

—Son adultos, Mija. Son responsables de su felicidad. Parece que te diera culpa tu buena vida —bromeé.

—Nadia, hay veces que no me llega ni una sola palabra. Me hacen la pregunta y no me viene a la cabeza ni una letra. Yo improviso, invento, respondo cualquier cosa para ganar tiempo y mantener intacta la credibilidad del cliente. Mamá no puede saber nada de esto, promételo.

—Te lo prometo.

—Hace unos días me quedé en la nada frente al que fuera el mejor amigo de mi abuelo. En blanco. Mamá había ido a su casa a darle el pésame luego del entierro de su esposa, le habló de mí, por supuesto. Traverman me llamó al terminar la semana de luto, me citó en su casa, un cubo con pinta de caja fuerte, que seguro mandó construir teniendo en mente su propia caja fuerte. Lo primero que hizo al verme fue despotricar de su ex socio de la fábrica de telas y anticiparse a que yo le preguntara por qué había pasado una temporada en la cárcel acusado de fraude. Traverman duró preso dos meses. Su esposa conocía a las personas correctas, era la propietaria de Haus, la tienda mamona de decoración que había antes en la planta baja del centro comercial, ¿te acuerdas? Muchas de sus clientas eran esposas de políticos; mujeres que cargaban con una tarjeta bancaria cuyo límite de

crédito servía para comprar una bolsa de marca y de paso el local en el que ésta se encontraba exhibida. O eso me presumió Traverman.

Dijo que su esposa sabía cumplirles sus caprichos, salvo que éstos incluyeran importar tapetes de leopardo, porque ella era una mujer de principios; le parecía una crueldad matar a un animal tan majestuoso para convertirlo en un tapete. En todo caso, lucirlo en un abrigo a manera de tributo.

—En esa casa caja fuerte habían pasado treinta de los cuarenta y cinco años que duraron casados. Había tres salas y dos comedores grandes. La recámara principal era toda color coral y medía lo que algunos departamentos de clase media en el centro de la ciudad, te lo juro. Él y ella tenían sus propios cuartos de baño y vestidores. Lo sé porque el viejo me hizo entrar para ver si yo percibía adentro la presencia de su esposa.

Él había sobrevivido a dos infartos y a una intervención a corazón abierto. Ella había sido devastada por un cáncer de ovarios fulminante, única situación en su vida en la que de nada le valió conocer a las personas correctas.

El viejo se soltó a llorar. Yo quería salir volando por la ventana. Si lo hubieras visto: parecía un niño regordete hecho de harina de pan blanco inflado. Me contó que se había asomado al ataúd antes de que a su mujer la enterraran. Que se veía contenta. ¡Por qué se veía tan contenta! ¿Por qué lucía tan feliz de muerta?, me preguntó completamente desconsolado.

Ninguna palabra llegó a mi cabeza, Nadia. Y yo, a punto de entrar en pánico, le respondí: Ella no quiere que lo sepas.

Traverman saltó lejos del sillón: ¡Sabía que ella sigue aquí! —dijo—. ¡Dónde está! Dile que es una maldita bruja. ¡Que me diga qué hacer sin ella!

Mija y yo soltamos la carcajada. Él untó mantequilla en otro pedazo de bolillo, se lo llevó tan aprisa a la boca que se mordió la lengua.

—Sigues sin decirme cómo se llama esa "alguien" a la que no quieres explicarle de qué das consultas —sonreí.

—Ela: e, ele, a —Mija se inclinó hacia adelante para poder hablar en voz baja—: te lo juro por mi vida que puede pasear una azucarera sobre la mesa sin tocarla, nomás la guía con la mirada.

—…

— Lo hizo en mi cara, Nadia. Apuntó al blanco y lo movió con esas pupilas oscuras que brillan como… ¿has visto de cerca un zafiro? Se te queda mirando y es como si te atravesara; me tengo que estar moviendo todo el tiempo en la mesa o en el coche porque no aguanto la presión de volverme transparente para ella. Se va a decepcionar cuando descubra que a veces ni siquiera a mí me gusta ser quien soy.

—Eres el único Mija Gelman en el mundo. Eso no puede decepcionar a nadie.

Las manos con manicura del joven propietario del restaurante dejaron sobre la mesa dos vasos licoreros llenos a tope con un néctar verde; cortesía de la casa, según dijo el joven dueño con su sonrisa practicada para futuras entrevistas en televisión.

—Qué detalle —me apresuré a contestar antes de que se marchara—. ¿Cómo va el negocio de las tintorerías?

Mija se sonrojó hasta quedar del color de un jitomate. El joven propietario me miró como a la espera de que la mosca que habitaba su cabeza se detuviera en la pared craneal y dejara de distraerlo con su zumbido. Luego suspiró y dijo que ese negocio —las tintorerías automáticas— era el que verdaderamente pagaba los gastos del restaurante. Mija y yo asentimos con diplomacia. Nos guiñó un ojo y caminó de regreso a la cocina.

—A-di-vi-no —gesticulé sólo para Mija. Pero lejos de hacerlo reír, vi cómo su rostro se encogía en un rictus de angustia. Él estiró la mano y yo le arrebaté a tiempo el vaso licorero. Lo último que necesitábamos esa tarde era intoxicarnos con anticongelante.

6

El pequeño gurú, como lo apodaban algunos clientes, fue alguna vez un niño flacucho y la botana favorita de sus primos. Lo hacían llorar cada domingo de comida familiar. Eso lo atestiguaba desde la ventana de mi casa con los binoculares, odiaba tragármelo todo como a un mazacote de cereal que dejé remojando demasiado tiempo en la leche. Mija era lo más cercano que yo podía tener a un hermano. Pero temía que si le contaba algo a la señora Gelman, se pondría tan paranoica que cerraría las cortinas de su casa definitivamente. Y eso habría sido la muerte para mí.

Yo tenía prohibido practicar deportes en grupo o al aire libre y nunca acudía a jugar a la casa de otros niños. Lo que me salvaba era inventarme excursiones diarias por la casa y detenerme en las ventanas a observar lo que sucedía en la casa de enfrente. Dibujaba líneas, escribía notas y confirmaba patrones de *coevolución*: igual que un cambio en la morfología de una planta afecta la forma del herbívoro que come la planta, esta transformación del herbívoro afecta la evolución de la planta y, por consecuencia, la evolución del herbívoro. Sucede todo el tiempo en la interacción entre especies. Todo nos afecta y tenemos efecto sobre todo.

Yuta fue la única vecina en venir a tocar a nuestra puerta cuando recién nos mudamos a esta casa. En esa primera visita, no vino exactamente a darnos la bienvenida: se quejó amargamente de que yo me la pasara pegada a la ventana casi todo el día espiando lo que sucedía en su hogar. Mamá se sonrojó y llevó mi desayuno al cuarto de la tele, encendió el aparato y sintonizó el canal en el que transmitían las caricaturas que ella veía de niña. Me dejó a la mano el frasco de la miel de maple, a sabiendas de que lo volcaría completo sobre los waffles. A cambio, eso sí, me hizo prometerle que no saldría de la habitación. ¿Quién a la edad de siete años desperdiciaría una oportunidad como esa?

Nunca supe bien qué le contaron mis padres a Yuta. Tampoco se lo he preguntado. Lo cierto es que surtió efecto. La mujer regresó a mi casa

muchas otras veces, pero no para quejarse. En ocasiones incluso nos traía porciones de leicaj, ese pastel esponjoso de miel que su suegra le había enseñado a hornear y que ella religiosamente preparaba cada domingo para empachar a sus invitados a la comida familiar.

Los días en los que se peleaba con el señor Gelman abría únicamente las cortinas de la cocina y las del cuarto de Mija. Me hacía morir de aburrimiento. Aunque debo concederle que fue gracias a uno de esos días que descubrí en el librero de papá el *Diccionario de términos de biotecnología*. Con todo y que yo leía de manera fluida desde los cuatro años, me tomó varias horas memorizar los apellidos casi impronunciables de los autores del volumen. Me quedé con el libro sin decirle ni una palabra a nadie. Ignoro cuántas veces lo habré consultado, pero fueron muchas. Memoricé páginas completas que todavía recuerdo. Palabras como Antisentido, Cromosoma, Línea germinal, Mutación, Núcleo y Pronúcleo se convertirían más tarde en mis referencias de cabecera para explicarme mi presencia en el mundo.

Por fin un miércoles 9 de marzo, cinco meses y veinte días después de la muerte de mis padres, llegó a mí la oportunidad que había ansiado por años. Yuta vino a casa, y no para revisar que yo tuviera comida suficiente en el refrigerador, como acostumbraba hacer. Nos sentamos en el comedor de la cocina, le ofrecí café y galletas de piloncillo. En lugar de llevarse un par a la boca, me dijo muy seria: Tú sabes que mi hijo te quiere, ¿verdad? El próximo domingo, como siempre, habrá comida familiar. Te pagaré por contarme a detalle todo lo que veas.

—No tienes que pagarme.

—Esto no es un favor.

El lunes siguiente, Yuta recibió un reporte completo de unas cuarenta páginas, que incluía un diagrama detallado que usó de mantel para su café. Prefiero que me lo cuentes, dijo. Se enteró de que a las 12:38 de ese domingo 13, Mija recibió un puñetazo en la cara cortesía de Jonás, el hijo mayor de la tía Rosy. También de que su mejor amiga nunca supo de las actividades vandálicas de su vástago porque se pasó el día coqueteando con el marido de la prima Alicia, con quien se encontró en la cocina a las 15:52, minutos antes de que iniciara la partida de canasta (los encuentros llevaban

sucediendo cuatro meses). Él la enfrentó contra el fregadero y le acarició las nalgas, ella inclinó hacia atrás la cabeza y le lamió el lóbulo de la oreja derecha. Se encerraron en el cuarto de la alacena.

—¡¿En mi alacena?! —exclamó Yuta con la cara transformada en un retrato cubista. Se llevó una servilleta a la boca, parecía a punto de regurgitar la galleta que acababa de tragarse. Pasada la conmoción, engulló otra galleta y me preguntó por su marido.

El señor Gelman, con su cabello cenizo siempre relamido hacia atrás, se había limitado a beber un brandy con refresco de cola que le duró toda la comida.

Al señor Gelman jamás lo había visto fumar cigarrillos ni sonarse la nariz con un pañuelo que no tuviera sus iniciales bordadas. El único vicio que le conocíamos los habitantes de este planeta era el de las milanesas. Por voz de la propia Yuta, supe que el asunto de las milanesas era una adicción añeja de su marido. Me contó que la primera vez que salieron en una cita romántica, él la había llevado al Bondy, su restaurante favorito. Que sin hojear siquiera la carta, había ordenado milanesa para ambos. Eso hacía con todas las jovencitas en edad casadera con las que sus padres le arreglaban un encuentro; aquello era una especie de ritual y prueba. Yuta fue la única de la lista en dejar el plato limpio. Ella también tenía muy presente las palabras de su madre: aléjate de los donjuanes como tu padre; es un lujo toparse con un hombre casero, sin vicios y con una cuenta bancaria decente. No le hagas caso a tu hermano Avner; él nada sabe, es hombre. Los muy inteligentes tampoco son buen partido. No cometas mis errores, sé tú más inteligente. Hazlo sentir que lo aceptas con todas sus singularidades y luego lo haces a tu gusto.

El tema de las milanesas nunca fue motivo de discusión entre los Gelman, hasta que la idea de concebir un hijo se tornó en una obsesión para Yuta. Todas las mujeres a su alrededor se habían adelantado a cumplir el sueño de ser madres: la tía Rosy, las ex compañeras de la escuela, sus primas menores. La predicción que el inglés vidente, asesor de su padre, le había vaticinado en la adolescencia empezaba a pesarle una tonelada.

Yuta acudió a una nutrióloga especializada en dietas para favorecer la concepción. Con ello la vida del señor Gelman se tornó temporalmente en

un infierno: Yuta empezó a contabilizarle los alimentos, incluidas las milanesas, para asegurarse de que incluyera en su dieta suficiente vitamina C, ácido fólico y zinc. Se sentaban a la mesa y ella posaba su mirada en él, sin ver siquiera su propio plato al comer. Los días en los que su marido comía fuera de casa, lo llamaba por teléfono a la joyería y lo sometía a interrogatorios severos hasta llevarlo a confesar lo que realmente había ordenado en el restaurante a la hora de la comida.

Había tardes en las que el señor Gelman se marchaba de la joyería familiar cuarenta y cinco minutos antes de la hora del cierre. Acudía a la tienda departamental de la esquina a buscar los mimos de las mujeres setentonas detrás del mostrador de cosméticos, quienes lo conocían desde hacía más de treinta años, cuando él todavía visitaba el lugar en compañía de su madre. Y, al igual que entonces, lo aconsejaban a la hora de comprar calcetines y le hablaban en tono dulce, como buenas tías postizas.

—El señor Gelman pasó únicamente de la mesa al baño y de regreso —dije—. Pero la atención de la señora Gelman estaba puesta en otra parte.

—Los hijos de Rosy son unas bestias —sentenció—, en especial ese bruto de Jonás. Ya verás la zarandeada que le meto el próximo domingo. Cuando Mija crezca se los llevará a todos de corbata. Acuérdate de mis palabras, Nadia: Mija es un niño especial. Me lo dijo el señor Jacques cuando yo tenía más o menos tu edad. Y ese hombre nunca se equivoca.

7

Si a los ocho años te preguntas ¿cómo diablos ser un niño especial?, dos respuestas brotarán al instante. Primero: debo agradar de sobremanera a los adultos. Segundo: tengo que desarrollar súper-poderes.

Mija se encerraba en su recámara todas las tardes a practicar prestidigitaciones. Había visto en la televisión un reportaje sobre niños superdotados que vivían en un poblado rural: se encontraba entre ellos una niña de cabello muy corto, quien posaba la mano sobre naipes esparcidos de cabeza en una tabla y adivinaba de qué número y palo era cada baraja. Otro chico doblaba cucharas de acero como si éstas fueran de hule. El conductor del programa no ocultaba su asombro al hablar; se refería a ellos como niños extraordinarios. Por favor, Dios, déjame ser uno de ellos —suplicaba Mija.

Durante semanas intentó dar lectura a una docena de barajas dispuestas de cabeza sobre su escritorio. Posaba una mano encima, miraba fijamente la baraja y se concentraba. A veces dejaba de parpadear mientras los segundos corrían y él se convencía de haber visto algo: casi siempre un naipe rojo de diamantes. Al darle vuelta a la baraja la decepción venía de golpe: ni diamantes ni naipe rojo. La capacidad de traspasar objetos opacos era un talento que a él le estaba negado. Intentó entonces el truco de doblar las cucharas; el fracaso fue rotundo. Sin una cualidad excepcional, ¿con qué compensaría ser un flacucho con frenos en los dientes, que se enfermaba cada tres semanas de algo y nunca de los nuncas podía obtener un diez en los exámenes?

¿A qué había venido al mundo alguien como él, tan sin gracia y defectuoso? Era una responsabilidad abrumadora llevar puesto el nombre de su abuelo; todos siempre se referían a él como *Un gran tipo*. ¿Por qué Dios no lo había hecho talentoso? Ya mejor se aguantaba las ganas de llorar cuando los niños mayores se lo sonaban a escondidas en las comidas

familiares. Y es que sumar a la lista de defectos ser un chillón lo convertiría en una decepción rotunda para todos.

Mija se retorcía en su silla del comedor cada vez que el tío Avner o algún otro de los adultos de la mesa se refería a una persona como un "bueno para nada". ¡Para qué los necesita el mundo!, remataba tío Avner. ¡Para que tú sirvas de algo!, le respondía su hermana, la señora Gelman, provocando la risa condescendiente de los invitados, que sonaba tan ruidosa y artificial como aquel recurso de risas grabadas que empezaron a introducir los técnicos de sonido estadounidenses durante las grabaciones de comedias televisivas en los años cincuenta. El señor Gelman solía aprovechar esas pausas para levantarse al baño. Yuta siempre lo miraba de reojo con la sonrisa de la esposa perpleja que, luego de años, todavía se pregunta ¿por qué a su marido le da por usar los pantalones de brincacharcos cuando viste sus calcetines más coloridos? Mija se daba cuenta, Yuta lo notaba. Intercambiaban miradas. A él la angustia lo hacía desear que las cortinas del comedor y la sala se prendieran en llamas por culpa de algún cigarrillo olvidado. Ella se lamentaba porque su hijo hubiera atestiguado demasiadas veces la escena de sus padres discutiendo a solas en la mesa, hasta que el asunto llegara a su fin de manera abrupta con un señor Gelman que golpeaba con los puños la superficie de caoba, para luego gritar: ¡Entonces yo soy un bueno para nada!, en el que expresaba un desprecio por sí mismo que poco invitaba a la compasión y mucho a la rabia.

Fue durante una de tantas fiebres gripales que Mija por fin ideó un plan magistral que habría de ir perfeccionando con los años: los domingos de comida familiar empezó a sentarse en la mesa de los grandes, en lugar de hacerlo con sus primos en la mesa de latón de la cocina. Quizá si empezaba a entender mejor el mundo de los adultos eso lo convertiría en el hijo excepcional que alegraría a su madre y rescataría a su padre.

Los adultos del círculo familiar nunca se quejaban de su presencia en la mesa grande, ni siquiera durante conversaciones subidas de tono. Mija pasaba inadvertido, salvo cuando reía de alguna broma adulta que por supuesto no había entendido y eso hacía reír más a los adultos de la mesa.

Mija era disciplinado, escuchaba con atención a los mayores y observaba sus gestos, su manera de entrelazar las manos, la forma de

utilizar la servilleta. Memorizaba conversaciones completas.

Al principio era la burla de sus primos, quienes huían a toda costa de la convivencia con los adultos. Sin embargo, a mediano plazo el plan funcionó a la perfección. Las veces que Mija abría la boca en la mesa y escupía un comentario que sonaba como de adulto se hacía un pequeño silencio, los mayores parpadeaban nerviosos o intercambiaban sonrisitas bobas como preguntándose *¿De dónde saca este niño esas ideas?* Ellos eran su fuente continua de recursos, por supuesto. Pero pasa que cuando la gente habla todo el tiempo deja de escuchar lo que dice.

Después de once meses, chicos y grandes empezaron a rendirle a Mija sus respetos. Él no se había convertido prematuramente en su padre, sino en la suma de todos los adultos que atiborraban la mesa del comedor de su casa los domingos. Él era el principal sorprendido: los demás niños le temían igual que a las figuras de autoridad en sus hogares; los adultos le temían igual que se temían a sí mismos. Y la señora Gelman estaba encantada: a la primera oportunidad presumía de que el señor Jacques no se había equivocado al decirle que ella traería al mundo a un niño especial.

8

No había querido saber nada de él durante más de tres décadas. En sueños todavía lo llamaba “el asesino de su padre”. Pero fue el señor Jacques el primero en venir a su mente la mañana terrible en la que encontró a Mija llorando, postrado en su cama, bañado en orines y excremento.

Yuta acudió al fondo de inversión que su padre le había dejado de herencia para pagar una gigantesca suma de dinero a una agencia de investigadores privados. Pidió rastrear el paradero del señor Jacques por cielo, mar y tierra y traer a ese hombre de regreso a la ciudad.

—Me lo debes, Jacques —le disparó a la salida del aeropuerto, mientras el señor Gelman hacía las veces de chofer alquilado. Ella y el inglés iban sentados en el asiento trasero del coche. Él vestía una chamarra blanca impecable que soltaba pequeñas plumas a través del tejido y lo hacía lucir como un ave de penacho rojo con el cuello y las patas flacas.

El señor Jacques era un hombre pelirrojo y desabrido que sabía conducirse con el refinamiento de un noble y la astucia de un ladrón de secretos de cocina. Se había criado en el seno de una familia de clase obrera en un poblado industrial del norte de Inglaterra. Su padre trabajaba en la ensambladora de autos, igual que sus tíos. Su madre y tías se desempeñaban como empleadas domésticas en las casas de las familias ricas, razón por la cual a sus 62 años el señor Jacques seguía encargándose de las labores de limpieza de su casa, aun cuando contaba con seis cuentas bancarias que le permitirían pagar un ejército de mozos.

A la edad de quince había abandonado la escuela y entrado a trabajar a la ensambladora de coches. Realizaba jornadas dobles con ayuda de la cocaína que le compartía su compañero de máquina. En menos de dos años se había leído de manera compulsiva tres cuartas partes de la pequeñísima biblioteca pública del condado y no se cansaba de repetirle a sus familiares

que el mundo era mucho más grande que una cuadra de edificios idénticos, una taberna, una ensambladora de autos y un barrio de familias ricas.

No seas arrogante; sé feliz con lo que Dios provee —era el dogma celebrado en aquel microcosmos que conformaba su familia—. Nadie mostraba interés alguno por renovar su circunstancia y eso a Jacques le provocaba picazón en la piel; los brazos y las piernas se le llenaban de sarpullido cada vez que intentaba razonar con su padre o con sus hermanos. Su madre le sonreía con la sabiduría de los de espíritu inocente que suplican: déjanos ser felices en nuestra ignorancia.

Poco antes de cumplir los dieciocho años, Jacques redactó una carta que dejó doblada en cuatro sobre la sartén de los huevos. Se marchó de la ciudad y del país. Se mudó a otro continente, donde consiguió trabajo de planta en la casa de un viejo clérigo clasista, que había sido asesor del Vaticano en el tema de finanzas.

Jacques cargaba al viejo de la cama a la silla de ruedas, de ésta al sillón, de ahí al escusado y de regreso. Era un joven ambicioso con hambre de conocimiento, tenía la piel blanquísima, el cabello color zanahoria y un acento que entonaba con elegancia notable. El viejo le compartió casi todos sus trucos. Unos pocos se los llevó con él a la tumba, por pudor. Dejó conocidos regados por casi todo el continente y Jacques lo remplazó en sus labores de consultor con una eficacia que sorprendió hasta al más escéptico.

Prevenir escenarios era redituable, producirlos era un arte jugoso y lucrativo que requería de cabeza fría y ausencia de escrúpulos, dos cualidades que al inglés se le daban con naturalidad pasmosa. A más de uno de sus clientes lo hizo el doble de rico o le señaló el camino hacia la puerta trasera. Su centro de operaciones, en el corazón del continente, le había resultado cómodo y conveniente hasta la madrugada de ese primero de abril que despertó presa del pánico.

Seguro de saber lo que sabía, Jacques empacó una maleta pequeña con tres mudas de ropa, un neceser con artículos de higiene personal y se marchó del departamento minutos antes de que empezara a sonar la campana del teléfono con esa llamada de larga distancia que ya no tenía ningún caso contestar.

Le entregó a la portera un sobre cerrado dirigido al señor Rafael, arrendatario del inmueble. Ella lo abrió minutos más tarde, acudiendo a la vieja táctica de aplicar vapor sobre la costura hasta diluir el pegamento. Halló dentro la mitad de la renta del mes de abril y una nota en la que se leía: Estimada señora, confío en que no habrá demorado demasiado en abrir el sobre. Dígale al señor Rafael que estoy fastidiado del olor a pescado frito que emana del local de abajo del edificio. Haga usted lo que guste con los muebles (respondiendo a la pregunta que me formuló hace una semana, déjese de líos y tintes de rubia. ¡Salga a la calle de nuevo! Le reitero que en algún rincón del vecindario hay un hombre que se masturba pensando en usted).

De camino al aeropuerto, Jacques le pidió al taxista que se detuviera frente a un banco extranjero: envió a la dirección de su vieja morada en el norte de Inglaterra dinero suficiente para pagar el sepelio de su madre y varias docenas de flores. Ese mismo día, recargó la nuca en el respaldo del asiento 12A de un avión de aerolínea económica y no volvió a abrir los ojos hasta que aterrizó en el que sería su país de residencia por diecinueve años.

Jacques se convirtió en el asesor financiero de empresarios locales. Tenía fama de que sus predicciones se cumplían al pie de la letra. El padre de la señora Gelman no realizaba un solo movimiento financiero sin antes consultarlo. Aseguraba que Jacques era un vidente. Y no únicamente en el tema financiero.

El inglés fumaba a diario una cajetilla de cigarros sin filtro; tenía la barbilla, los dientes y las yemas de los dedos teñidos de amarillo, no así las uñas, las cuales masticaba hasta la cutícula. Era soltero. La señora Gelman había escrito en una servilleta de color amarillo la fecha en la que el señor Jacques repartió consejos y premoniciones a todos en su casa. Bueno, a casi todos. La madre de Yuta consideraba a Jacques un charlatán de cuarta que le sacaba a su marido el dinero con el que ella podría irse de compras. Al joven Avner, hermano mayor de Yuta, el hombre de la cabellera zanahoria le dijo que ya era tiempo de sentar cabeza; que dejara de comportarse como una Brasilia abollada y empezara a actuar como un Fiat deportivo. Al padre de Yuta le aconsejó invertir en la construcción de un hotel en el Caribe y deshacerse, en menos de un año, de su réplica de Jaguar E color verde de

colección. A la joven Yuta, de dieciséis años, le vaticinó que daría a luz a un hijo especial, el cual llegaría a hacer cosas importantes. La Yuta de entonces, intempestiva y bastante indignada con el comentario, se crispó:

—¿A usted quién le dijo que yo quiero tener hijos? —increpó con dos cañones de revólver en lugar de pupilas. Después, en ese tono cínico habitual de las hijas consentidas, remató con la pregunta—: ¿Es que su imaginación no le da para pensar en algún modelo de auto deportivo que se adecue a una chica?

El padre de Yuta, que los escuchaba conversar con un codo recargado en su pequeña cantina, bamboleaba sus noventa kilos risueño, tras servir un par de ginebras para los caballeros, un oporto para su hijo Avner y un amaretto para su adorada hija Yuta, a quien amaba casi tanto como a su réplica de Jaguar E verde.

El padre de la señora Gelman se tomó en serio lo de invertir en la construcción de aquel hotel en el Caribe, pero ignoró la recomendación de separarse del coche de sus amores antes de un año. Se estrelló en él un domingo de invierno, al salir a carretera con una onza de ginebra en la sangre, deseoso de escuchar rugir a su bestia salvaje.

Yuta nunca dejó de culpar al señor Jacques por la muerte de su padre. ¡Por qué tenía que decirle lo del coche! Ella sabía en lo más hondo de su corazón que ese domingo en la tarde su padre había salido a carretera con un propósito definido en la mente. Y lo había cumplido al pie de la letra, sin temor a fallar, como era su costumbre.

La madre de Yuta mostró los primeros indicios de demencia precoz a tres meses de ocurrida la tragedia. Avner, furioso y con un pie en la Facultad de Economía, se inclinó por el camino religioso para convertirse en la versión opuesta de su padre. Yuta, a cuatro semestres de culminar sus estudios en la academia de idiomas, cambió la percepción audaz que tenía de sí misma por la aspiración de convertirse en una camioneta tipo guayín y vivir bajo el resguardo de una nueva familia.

El señor Jacques no acudió al entierro del padre de la señora Gelman. Ese mismo día se mudó a vivir a una ciudad con forma de avión en Sudamérica. Llevaba consigo una maleta pequeña con tres mudas de ropa, un neceser con artículos de higiene personal y una factura por un auto color

verde, que le sería enviado a su domicilio tan pronto fuera restaurado; un cupé importado que el señor Jacques rescató del deshuesadero al que la mayoría de las compañías de seguros del país enviaban los automóviles clasificados como pérdida total. Jacques hubiera podido comprarse cualquier otro coche de colección. Pero ningún otro vehículo en el mundo como aquella réplica de Jaguar E color verde lo habría hecho sentir tan poderoso; capacitado para predecir y *producir* el futuro.

9

A bordo del automóvil familiar de los Gelman, el señor Jacques miraba por la ventana del vehículo intentando reconocer las calles de aquella ciudad que había sido su hogar durante diecinueve años y también su compañera de idilio retorcido; desde el primer día que puso un pie en ella, tras ser atacado a quemarropa por una ráfaga de claxonazos, la detestó.

Le parecía una ciudad vulgar, desordenada y sucia. Se había hospedado en un hotel de medio pelo y sacado de la maleta únicamente su cepillo de dientes. Con un hambre furiosa había entrado a una cafetería de azulejos azules en la que servían el desayuno típico del lugar. Los meseros se desvivían por atenderlo y cumplir sus demandas, sin importar el tono golpeado en el que éstas fueran expresadas. La comida tenía una apariencia engañosa; los platillos calientes se servían bañados de salsas que incendiaban la boca y gratines que luego de dos horas habrían de ponerlo a levitar. Algunos de los comensales en las otras mesas sumergían panes de dulce en el café hirviendo con el riesgo de pulverizarlos.

El señor Jacques pagó directo en la caja, dejando lo mínimo de propina. Salió a dar un paseo por el vecindario con la esperanza de que su estómago parara de regurgitar. Pasó por fuera de una iglesia, se detuvo. Entró a prender una veladora por su madre y comprar una imagen de la santa patrona. No vio en qué momento sucedió. Fue hasta regresar a su habitación del hotel que se descubrió con la santa patrona en una mano y un puñado de aire en la bolsa trasera del pantalón, donde antes había guardado su cartera.

Hojeó el directorio telefónico sin hallar pistas de algún número al que llamar para reportar el robo. En la recepción le pidieron disculpas en nombre de los habitantes de la ciudad y tuvieron el buen gesto de no nutrir en él ningún tipo de esperanza de recuperar su billetera. Eso sí, lo comunicaron directamente con el consulado de su país natal, sin cobrarle ningún cargo adicional. Aquella ciudad era, sin lugar a dudas, el lugar perfecto para vivir la penitencia correspondiente por haber abandonado a

sus padres al otro lado del mundo sin mayor aviso que una carta arrojada sobre la sartén de los huevos, en la que se leía: Gracias por el desayuno. Que dios los cuide siempre.

—Quiero que saques a mi hijo de esa cama terapéutica, Jacques. Mija no conoció a su abuelo por tu culpa. De haberlo conocido, quizá ésta ni siquiera sería su vida.

—Ni él estaría en este mundo —dijo Jacques, entre dientes, torciendo los labios en una mueca de pedantería. Él nunca había acatado las órdenes de nadie. Lo cierto era que estaba ahí, tal cual se lo había demandado Yuta, dispuesto a subir las escaleras y hacerle una visita privada al más joven de la familia Gelman; aquel chico del que se contaban historias extraordinarias, igual que alguna vez se habían contado de él cuando aún vivía en casa de sus padres, en el norte de Inglaterra.

Jacques aceptó la taza de café que le ofreció el señor Gelman; sorbió un par de tragos mientras subía las escaleras. Era un perfecto café lungo, de tostado oscuro. Extrañó de golpe el aroma del café soluble que preparaba diario en su casa con agua de la llave. Dejó la taza a medio beber sobre la repisa que alojaba los retratos familiares.

El señor Jacques y Mija conversaron durante poco más de una hora. Cuando Yuta escuchó al inglés salir de la recámara y lo vio bajar las escaleras con esa expresión ambigua de siempre, sintió pánico. ¿Qué era preferible, la tortura producto de una predicción o aquella producto de la incertidumbre? Una vez que los pies de Jacques tocaron el piso de madera de la planta baja, Yuta abrió los ojos con tremendo dramatismo y con señas bruscas le hizo saber a Jacques que no quería escuchar ni una sola palabra que saliera de su boca sobre el porvenir de su hijo. Corrió a encerrarse en la alacena de la cocina. El señor Gelman fue tras sus pasos, desconcertado.

El señor Jacques torció los labios con su mueca habitual de desprecio al mundo, después se asomó al interior de la cocina: vio al señor Gelman intentando destrabar la puerta de la alacena con la punta de un cuchillo para untar mantequilla.

Jacques agarró una de las galletas de canela que alguien había servido en un plato sobre la barra del desayunador. La partió en dos, se llevó la mitad a la boca y la masticó con parsimonia.

—¿Alguien me llevará de regreso al aeropuerto o debo pedir un taxi? —preguntó.

El señor Gelman se detuvo en el acto y lo miró como si le hubiera hablado en un idioma extraterrestre. Yuta abrió de golpe la puerta de la alacena. Sus ojos parecían un par de rehiletes y los labios le temblaban.

—¡¿Le dijiste que tiene que pararse de esa cama?!

—Justo eso le dije.

—¿Le hablaste de tus predicciones? ¿Le dijiste que hará cosas importantes?

—No —dijo Jacques, encogido de hombros—. Hablamos de otras cosas.

Ella se puso colorada como si fuera el recipiente transparente de una salsa de tomate para pasta casera. Apuntó hacia Jacques con un dedo:

—¿Ni siquiera por respeto a mi padre pudiste ser algo generoso? Yo te creí. Me dijiste que daría a luz a un niño especial. Me he pasado veintinueve años dedicada a cuidar esa vida especial que tú vaticinaste para mi hijo.

—No te mentí, Yuta. ¿Acaso él no ha sido especial para ti?

La señora Gelman balanceó el cuerpo hacia adelante. Su esposo la detuvo del brazo.

—¡Yuta!

—Maldito seas, Jacques. ¡Lárgate de mi casa!

Jacques miró arrogante en dirección a la puerta.

Voló esa misma noche de regreso a su hogar en Sudamérica. No había dormido ni diez minutos en el avión, sin embargo de camino a su departamento le pidió al taxista que se desviara de la ruta. El taxi por fin se detuvo frente a la reja amarilla de la pensión de automóviles en la que el señor Jacques guardaba su coche verde; aquel que, de todos los autos pensionados del lugar, acumulaba en sus cristales el mayor número de huellas dactilares en un día.

Jacques subió al auto, cerró la puerta y acarició el volante. Abrió la ventana de su lado. Nunca antes había prendido un cigarro adentro del automóvil. Esa noche lo hizo.

No podía sacarse de la mente la imagen premonitoria que había incendiado un rincón de su cabeza. Al momento de estrechar entre sus manos la mano raquítica de aquel chico que tenía la mitad de su edad, se preguntó qué Dios sádico aprobaría esa postura caprichosa con la que el cuerpo de Mija yacería engarrotado en el jardín. Era una visión nítida e inquietante. Una certeza incómoda. El chico le había caído bien, había heredado algo del carisma de su abuelo Mijael.

El señor Jacques perdió de vista por un momento la ceniza del cigarrillo y ésta fue a dar entre sus piernas, sobre la vestidura color crema del asiento, hasta ese día impecable.

10

Los tobillos de Yuta seguían creciendo como una bomba de tiempo, el médico le había diagnosticado un fallo cardiaco congestivo. Y esa tos crónica que la acompañaba desde hacía días era un síntoma preocupante de acumulación de agua en los pulmones. Era una mujer obstinada y estaba decidida a cumplir con su promesa de no expulsar una sola lágrima hasta averiguar quién socorrió a Mija para saltar por la ventana esa madrugada terrible.

Yo había fracasado en todos mis intentos por contactar a algún roedor aliado, de los que vivían en los cimientos de la casa de la familia Gelman, para que me relatara lo atestiguado con sus propios ojos la madrugada de la muerte de Mija. Al parecer, ninguno había sobrevivido al nuevo fumigador.

Regresé a casa de Ela, las cosas poco habían cambiado: las albóndigas eran de atún en lugar de pollo. Ela seguía fugada de sí misma. Su cuerpo era una carcasa que respondía en automático a las instrucciones coordinadas por su cerebro. Es imposible entablar algún tipo de comunicación con un cuerpo sin memoria. Comimos frente a la televisión. Antes de regresar a sus labores en el expendio de lotería que su padre le había heredado en vida, Ela se lavó los dientes. Su madre le recordó guardar en la bolsa un paraguas. Me despedí de ambas, aunque no regresé de inmediato a mi casa. Di una vuelta a la cuadra mientras en el cielo se acumulaban nubes de tormenta. Daba la impresión de que el planeta empezaba a contraerse. Oscureció por completo a las cuatro de la tarde, las condiciones eran de lo más propicias para lo que yo necesitaba: a plena luz del día es difícil hablar con los roedores.

Me senté en el escalón al pie de la reja de la casa de Ela, a unos cuantos centímetros de esa fisura en el cemento que de noche habría de funcionar como zaguán de una madriguera de roedores. Contacté a cuatro. Uno de ellos se volvió enseguida, las nueces pecanas que saqué de mi bolsa no despertaron en él ningún interés. A los otros tres les supliqué compartieran

conmigo algún fragmento de información sustanciosa para poder traer a Ela de regreso. Al principio me observaban desconfiados. Rompimos el hielo con una conversación accidentada que nos condujo a presagiar una racha de vientos fuertes, que habría de disipar la tormenta de esa tarde en cosa de media hora. Compartimos un puñado de nueces y al fin respondieron cómplices: con su idioma de imágenes me ayudaron a construir un relato bidimensional de la historia de Ela. Me faltaban todavía muchas palabras clave que produjeran una resonancia significativa en ella.

En un acto desesperado, al día siguiente acompañé a la madre de Ela al supermercado. Nos sentamos en los banquillos de la barra del expendio de café y donas de afuera de la tienda y no en alguna mesa del área de comida, porque a la mujer del suéter a rayas y cabello de algodón le gustaba ver cuando la encargada del mandil de cuadros rojos acomodaba las donas recién horneadas sobre la charola de la vitrina.

No era la única aficionada al espectáculo; tan pronto se abrió la puerta del horno, nos vimos cercadas por un tipo trajeado de unos cien kilos y dos cajeras del supermercado resueltas a disolver su media hora de descanso en la leche hirviendo de un par de capuchinos.

—Últimamente me da por pensar que hice muy mal en pasarme la vida diciéndole a Ela que se curara *eso*.

—*Eso* —repetí.

La madre de Ela me habló en voz baja, temerosa de que nuestros vecinos de barra la escucharan.

—Cuando era una niña no sabes la angustia que me daba salir con ella a la calle; yo rogaba que no se le ocurriera mover los adornitos del escritorio del gerente del banco. Y, por Dios, que soltara ya de una buena vez esa manía de rodar la cuchara en el plato mientras comíamos en una cafetería. ¿Cómo se supone que le explicaría a la gente de alrededor lo que pasaba? *No se fije. Mi hija puede mover cosas sin tocarlas, pero no es contagioso*.

Mi madre me decía todo el tiempo que esa niña no tendría que haber llegado al mundo. ¡El miedo que le tenía! No aguantaba quedarse a solas con ella ni media tarde.

Tampoco te voy a mentir; hubo una época en la que me contagió su miedo y yo tampoco quería tener a Ela cerca. Fui tan mala que hoy me da

vergüenza. Una vez a la salida del kínder estuve a punto de dejarla. Ella corría detrás de mí y yo me le perdía entre las demás señoras lo más rápido que podía. Ela se abrazó de pronto a la pierna de otra señora que también vestía pantalones de mezclilla. Vi eso y rogué porque esa mujer se la llevara a su casa, le diera de comer y la adoptara. Pero Ela empezó a llorar cuando se dio cuenta de que me había confundido con otra señora. Se me hizo un nudo en el estómago y no pude irme sin ella. La agarré de la mano y caminamos hasta el coche. En ese momento le hice jurar que nunca me haría daño, ni siquiera cuando se enojara conmigo. Que a su padre y a mí nos cuidaría siempre. O me lo juraba o yo no la dejaría subir al coche. Se soltó a llorar otra vez. Pero yo no abrí las puertas del coche hasta oírla decir *Te lo juro*.

Nunca más, lo que se dice nunca jamás, me volvió a buscar para que le diera un abrazo. Yo era la que a veces la estrechaba cuando volvía de la escuela; le daba besos en la mejilla pero ella echaba atrás la cabeza. Me rompió no sé cuántos jarrones, platos y figuritas, pero nunca —ni de niña ni de más grande— nos aventó un objeto a mí o a su padre, ni nos dejó fuera de casa.

—¿Cómo fuera de casa?

—Ay, chula, te lo juro, yo misma lo vi: una tarde no dejó entrar a un tipo al elevador del edificio donde vivía mi madre. Era uno de esos tipos con la nariz inflamada y roja, yo creo que venía borracho. Me puse muy nerviosa. Yo le había contado a Ela que cuando estaba embarazada de ella un tipo me había asaltado en el elevador de ese edificio. El hombre se quedó parado frente a las puertas, como engarrotado, hasta que las puertas se cerraron.

—¿Ela podría cargar a una persona adulta sin tocarla? —pregunté imaginando a Ela conducir a Mija hasta la ventana.

—No quiero saber. Te digo que con todo lo que se ve ahora en la televisión, si yo hubiera sido más inteligente hoy Ela tendría su propio show, sería una celebridad y viviríamos como millonarias. Es mi culpa que ahora viva así. ¿Te parece normal que una muchachita de su edad sea tan solitaria? Es amiga de una loca que siempre viste de colores y turbante y que podría ser su abuela. Ve tú a saber de qué hablan. Luego me dice que

irá a visitar a un viejo conocido, yo no tengo idea quién sea. Ella debería estar haciendo lo que hacen las jovencitas de su edad; ir a fiestas, salir con pretendientes, comprarse ropa. Tú deberías decirle algo.

Ay, cómo me gustaba ese muchacho para ella. Tan inteligente y culto. Tan exitoso y de buena familia. No me preguntes qué le veía él a ella. La muy mula de mi hija hacía todo lo posible para desencantarlo; lo había traído a casa en los peores momentos. A mí él me conoció en chanclas y bata, con la mesa del comedor repleta de platos sucios. Pero ya ves la calentura de los jóvenes, a él no le importaba nada, yo creo que ni siquiera le pasó por la mente que en unos años a Ela la vería igualita que a mí. Porque, déjame decirte, chula, que yo ahora soy el vivo retrato de mi madre.

Aprovecha, hija, estás joven —le decía yo—. Tienes buen cuerpo. No como yo que ya me cuelga todo, que nada más me voltean a ver en la calle cuando voy contigo. Y eso que te vistes como un chamaquito.

De niña, ni creas que me robaba a mí la ropa; se ponía los chalecos y las chamarras de su papá. Y vieras cómo le funcionaba. Digo, tiene cara de muñequita. Yo creo que a los hombres les despierta curiosidad. A mí nunca me contó de sus novios. Pero muchas veces la oí regresar a casa en las noches, encerrarse en su recámara y echar de gritos.

Lo que sí te digo, chula, yo jamás la había visto llorar por nadie como ha llorado por ese muchacho desde que lo conoció. Ni siquiera lloró así por su papá el día que lo llevamos al asilo. Cuando enterramos a mi mamá no soltó ni una lágrima. Digo, tampoco es que se quisieran mucho. Ela fue la última persona con la que estuvo mi madre antes de morir. Yo me había salido del cuarto porque no aguantaba ver a la pobre mujer con la boca chueca y los ojos que se le iban de un lado al otro. A los doctores ya los tenía locos, uno de plano me dio tranquilizantes. Ve tú a saber qué se dijeron Ela y mi madre, pero cuando regresé al cuarto, mamá tenía en la cara esa mueca que ponía cada vez que desmoldaba un pastel y éste le salía parejito. Así se fue.

Yo a Ela le contaba todas mis cosas desde que ella era una bebita; que si me sentía enferma, que si me había peleado con su papá o con Agnes, mi cuñada —que en paz descanse y que cocinaba horrible—. Pero teníamos que comer con ella y mi suegro todos los viernes. La hermana de mi marido

no tocaba la carne de cerdo, por eso cada vez que ella y mi suegro venían a mi casa yo ponía en el centro de la mesa un platón con rollitos de jamón. Mamá me decía que yo era una mula, pero cuánto nos reíamos después de que la bruja y mi suegro se marchaban. Mi marido los llevaba a su casa y todas las veces regresaba furioso a reclamarme. Yo me hacía la loca: ¿Qué?, le preguntaba. A ti te gusta el jamón.

Ay, chula, de joven una tiene la cabeza llena de tonterías y sueños bobos. Lo malo es que me vine a dar cuenta de eso ya grande. En mi época no se sabía lo que se sabe ahora, ni hablabas de las cosas que hoy hablan ustedes.

Yo con Ela jugaba como si fuera mi muñequita. Le ponía vestidos y le decía que de grande se casaría con un muchacho muy varonil y rico que le daría una vida de lujos. Nos invitaría a su padre, a su abuela y a mí a cenar a ese restaurante que parece castillo, al que nada más van los políticos y los artistas. Nos llevaría a conocer París. Tendrían dos hijos hermosos, yo hubiera querido tener dos hijos pero el doctor me quitó los ovarios cuatro meses después de nacer Ela.

¿Te parece criminal lo que deseaba para mi hija? Tú pregúntale y seguro te dirá que yo fui la peor madre del mundo. ¿Dónde estuvo mi gran pecado? Tal vez yo no sea tan inteligente como ella. Pero todo lo que hice siempre fue para que ella tuviera una vida mejor que la mía; para que viviera como una princesa en lugar de pasársela como ahora: encerrada en un local de la calle, vendiendo billetes de lotería que nunca van a dar un mugroso premio. Al menos no a nosotras.

Mi marido se pasó la vida soñando con ganarse el premio mayor de la lotería. ¿Te imaginas? Siendo el dueño de un expendio de billetes. Había noches en las que se sentaba en el comedor de la casa a mirar por horas las tiras de números, como si pudiera leer en ellas alguna receta mágica. A mí me chocaba verlo así, encerrado en sí mismo, como un viejito sordo. Y entonces le gritaba ¿Por qué te trajiste eso a la casa? ¡Esta es mi casa y no un expendio! ¡Quiero tener un marido! ¡Quiero un comedor sin papeles como la gente decente! Pero él alzaba la mano y la sacudía en el aire como quien abanica lejos una mosca. Yo lo manoteaba furiosa. Después me iba a

la cama y cerraba la puerta del cuarto con llave para que él se tuviera que dormir en el sillón de la tele.

Pobrecito, tantas noches que se pasó en vela tratando de adivinar algo y sólo atinó una vez a pronosticar qué número daría reintegro en el próximo sorteo. Yo cómo iba a decirle que era mi culpa —que yo era la de la mala suerte—: me hubiera dejado.

11

Según los roedores, el padre de Ela nunca se lo contó a su esposa, pero sí a su hija. Lo hizo un viernes en la noche que se fueron a cenar a una cafetería, mientras la madre de Ela manejaba rumbo a casa de su madre con una maleta descansando en el asiento trasero, dentro guardaba un traje de baño, sus dos vestidos de coctel, zapatos y joyería de fantasía. Se había marchado de casa jurando —una vez más— nunca más regresar.

Esa noche, Ela y su padre compartieron confidencias: ella le contó que fumaba un cigarrillo cada tanto (en el rostro de su padre no apareció ninguna mueca de alarma y eso la decepcionó). Él, en cambio, la dejó boquiabierta al contarle que a los veintiún años se había ganado el premio gordo de la lotería.

Tristemente sólo había comprado uno de los veinte boletos de la serie. El vendedor le había ofrecido la serie completa del 25596 mientras cenaba un caldo de gallina en aquella fonda que quedaba a mitad de camino entre su casa y la ferretería en la que trabajaba. El dinero que traía en la bolsa, descontando lo del caldo, le alcanzaba únicamente para comprar un boleto.

Aquel año extraordinario, el padre de Ela se compró por primera y única vez en su vida un auto nuevo. A su hermana le regaló un juego de cacerolas finísimas. Juntos convencieron a su padre de viajar a la antigua patria para visitar la tumba de su esposa y reencontrarse con los integrantes de la familia que hubiesen sobrevivido a la guerra.

La casona en la que habían vivido en aquel pueblo provinciano ya no existía, ahora en su lugar se alzaba una pequeña fábrica de reciclaje de basura. Sus otros parientes habían desaparecido del pueblo sin dejar más rastro que un recuerdo borroso en la cabeza de algún anciano.

Afortunadamente, el cementerio en el que yacían los restos de su esposa todavía existía. De aquel viaje de tres regresaron únicamente dos y una vieja maleta raída.

Ela conocía bien esa parte de la historia: su abuelo había tropezado con el escalón a la salida del cementerio y su cabeza había ido a parar contra el cemento, partiéndose en cuatro. Lo recogió una ambulancia sin faro delantero esa tarde y al día siguiente lo devolvió al mismo lugar haciendo las veces de carroza fúnebre.

El hombre quedó sepultado a una persona de distancia de su esposa. El padre de Ela y su hermana jamás dejaron de fabricar chascarrillos en torno a la tragedia: que si sus padres le pedirían al muertito intercambiar lugares con alguno de ellos a la hora de querer intimidad; que si lo utilizarían de intermediario para comunicarse durante sus riñas. Ambos hermanos habían sentido un extraño alivio luego de haber sepultado a su padre en aquel lugar. El viejo nunca había superado la pérdida de su esposa; en su nuevo continente se había dedicado a trabajar en una zapatería y a cuidar de sus dos hijos. Hubo más de un transeúnte que al verlo caminar en la calle pensó que aquel era el hombre más triste del mundo.

—¿Qué hiciste con el dinero que te quedaba? —preguntó Ela, intentando jalar a su padre fuera del hoyo negro de melancolía que crecía en el fondo de su taza de café y que amenazaba con tragárselo. Por un momento pareció que lograba rescatarlo; su padre alzó la mirada y le contó que el dinero restante ni siquiera lo metió al banco; lo guardaba en un sobre sellado con masking tape detrás del cajón de la cómoda.

—Una vez me llevé a cenar a la novia de un boxeador famoso —le dijo con sonrisa pícara—. El tipo andaba borracho y la tenía llorando. Lo tumbé de un derechazo a la salida del Club. Luego todos mis amigos me dijeron que estaba loco, que ni regresara, porque el sujeto ese me andaba buscando para matarme. Era de los que peleaban en la televisión.

Ela reía a carcajadas de sólo imaginar a su padre en la escena. Por fin entendía de dónde provenía esa paranoia de siempre caminar en la calle con las llaves de su casa enroscadas entre los dedos. *Con esto los puedes vencer de un solo golpe, mijita* —le había dicho su padre una noche de camino a casa, luego de haber cerrado el expendio. Ela quiso traer a la mesa de la cafetería aquella anécdota y confirmar su sospecha, pero ya no obtuvo respuesta: a su padre se lo había tragado el hoyo negro en el fondo de su taza de café.

Ela vio a su tía Agnes invertir su herencia familiar de tristeza en las rondas nocturnas que efectuaba como trabajadora voluntaria de un hospital infantil. La mujer jamás se casó ni portó una bufanda colorida ni compró flores para su casa. Un sábado en la mañana murió de una neumonía.

El padre de Ela, quizá el tipo más popular de la cuadra por saberse de memoria el nombre y los números predilectos de cada uno de los clientes del expendio, invirtió hasta la última pizca de su parte de la herencia en llenar con posibilidades imposibles cientos y miles de maletas de viaje raídas: los roedores de su casa atestiguaron cómo el hombre, después de tres décadas, todavía recordaba los detalles de la noche en la que le ofrecieron la serie completa del número 25596 como si esto acabara de suceder. Todas las noches ensoñaba que hacía las cosas de manera diferente: ya sea que se topara con el vendedor ambulante de lotería en la entrada de la vieja fonda de los caldos y ahí mismo empeñara hasta los zapatos con tal de comprar la mitad de la serie de billetes, o que le pedía fiado al señor de los caldos para poder comprar completa la serie del 25596 y que días después regresaba a pagar su deuda, acompañado de un camión cargado de muebles y vajillas nuevas.

Eran más de once mil las posibilidades que el padre de Ela había imaginado en los muchos años que habían pasado desde aquel suceso. Cada día una posibilidad y cada noche un mismo reclamo a Dios por haberle enviado el premio mayor de la lotería, una noche en la que sólo cargaba consigo dinero suficiente para pagar un caldo de gallina y comprar un boleto.

Los niños que perciben cosas pueden explicárselas a sí mismos con una claridad pasmosa, aun si el suyo es un vocabulario reducido. Ela seguido despertaba de súbito a mitad de la noche sabiendo que era capital pararse de la cama, pese a que hubiera escuela el día siguiente.

Caminaba a tientas por el pasillo de recámaras hasta ver en el fondo la luz del comedor encendida. Ela aparecía de entre las sombras y se sentaba en su lugar habitual de la mesa, a la izquierda de su padre, quien, embebido en su intento por hallar alguna secuencia lógica de números en la lista de resultados de la lotería de ese día, ni siquiera se percataba de su llegada.

—Hola.

Su padre sacudía el cuerpo y avispaba la mirada en un esfuerzo por reconocer de dónde provenía la voz que le hablaba.

—¿Ela? ¿Qué haces despierta?

—Tuve un sueño feo.

Esa oración era como una cuerda que se enredaba en el brazo de su padre y lo jalaba de regreso al mundo, poco a poco.

—¿Qué soñaste?

—Que el parque era un cementerio de animales.

—Tú sabes que eso no es cierto. Mira lo alto que crecen ahí los árboles…

Y mientras Ela escuchaba hablar a su padre, podía percibir cómo sus ganas de morir se reducían y las piezas en su interior se acomodaban de manera armónica; el hombre volvía a descubrir que no era una presencia insignificante en el mundo, que esa niña que vestía un piyama idéntico al suyo lo necesitaba más que a nadie. Que él era el único que podía consolarla y protegerla de la hostilidad de las pesadillas. Su deber era permanecer en el mundo hasta el día en que ella dejara de tener malos sueños.

Ela siguió empleando el recurso de las pesadillas hasta hace tres años, que un billete de lotería con terminación en dos le propinó a su padre un gancho al sistema límbico y lo dejó fuera de combate de manera definitiva.

12

La irrupción de Ela en la vida de Mija fue el único evento en veintinueve años capaz de incitar a la desobediencia civil en el hogar de la familia Gelman. Tras un historial perfecto de más de mil cuatrocientos domingos ocupando el mismo asiento del comedor grande, desde donde veía desfilar frente a sus ojos charolas con docenas de huevos cocidos rellenos de sardinas con mayonesa, bocadillos de hígado picado, platones hondos con sopa de fideos, de verdura o de lenteja, fuentes con sharcoie de ternera, klops de res, papas al horno, pepinos en conserva, compota de frutas, blintzes de mermelada y rebanadas esponjosas de leicaj, un domingo 24 de agosto Mija dejó la silla vacía y por primera vez en veintinueve años faltó al sagrado ritual de la comida familiar.

Poco antes de las nueve de la mañana le había notificado a su padre que se ausentaría, le dijo que se trataba de algo importante y que por cuestiones de seguridad prefería no compartir con él los detalles. El señor Gelman infirió que se trataba de un asunto relacionado con algún cliente pez gordo, de los que a veces acudían a consultar a su hijo. Para engañar a la señora Gelman se necesitaba mucho más pericia. Ella lo supo de inmediato y lo confirmó al digitar el número del teléfono móvil de su hijo y no obtener respuesta. Se trataba de una chica, no había duda; solamente una revuelta hormonal sería capaz de nublar la mente sensata de su hijo. Yuta sintió que una espina se le enterraba en la boca del estómago.

¿Qué era esa sensación novedosa de ir por las calles y topar con ese rostro de ojos negros grandes y brillantes en casi cualquier esquina? Sentir el cuerpo ligero y una vitalidad adolescente que otra vez lo despertaba pegajoso en las madrugadas y le impedía volver a conciliar el sueño. Ese ánimo cambiante que se columpiaba de la dicha al pánico y de regreso. Mija, que sabía de obsesiones, nunca había deseado algo tanto como deseaba a Ela. Deseaba ser el propietario de sus miradas, de su risa, sus

manos, sus pechos, su sexo, sus pasos, su atención toda. Escucharla repetir su nombre: Mija, Mija, Mija.

Fue electrocución a primera vista; Mija recordaba con detalles la tarde aquella en el boliche. Él vestía un traje fino que no le importaba manchar con la grasa que sudaba la bola número once que había elegido para esa noche. Jugaba unas líneas con el tío Avner, luego de haberse marchado intempestivamente de casa del rabino Esteban. Había protagonizado junto con el religioso una acalorada discusión tras poner en entredicho las restricciones de la ley judía en torno a la incineración de cuerpos. Mija había preguntado desafiante si acaso aquellos que habían perecido calcinados en un avionazo no habrían también de resucitar el día en el que se mostrara el Mesías.

Palabras más, palabras menos, el asunto derivó en disparos de panecillos de mermelada a quemarropa frente a sesenta invitados distinguidos. A la pobre chica, hija del rabino, la pusieron entre la espada y la pared: ahí mismo, enfrente de los invitados, la obligaron a elegir entre su padre y su novio. Ella escogió a su padre y Mija se marchó enseguida.

Tiró un promedio de doscientos cincuenta puntos. Hacía tiempo que no jugaba tan bien. El tío Avner se fue al baño, cosa que habitualmente le tomaba unos veinte minutos. Mija aprovechó para acercarse a la barra y pedir una cerveza. Echó un vistazo a la concurrencia de la cafetería; en el cuarto gabinete una chica fingía escuchar el parloteo incesante de su madre mientras se entretenía paseando la azucarera por la superficie de la mesa sin tocar el utensilio con las manos.

La joven se sintió observada, sus grandes ojos negros se encontraron con los de Mija. A él le temblaron las piernas y para no flaquear tuvo que recordarse a sí mismo quién era, quiénes conformaban su selecta lista de clientes, repasar uno a uno los elogios recibidos en los últimos nueve años y alimentarse de ellos. La azucarera trazó una línea errática, chocó contra el plato en el que yacía una tarta de limón a medio comer y ambos fueron a parar al piso. La madre de Ela saltó en su lugar con un grito, luego frunció la frente y con un gesto severo le recitó a su hija lo que parecía una dura sentencia.

El tío Avner regresó del baño antes de lo previsto. Acababa de recibir una llamada de la madre de Mija; lo sucedido en la casa del rabino Esteban ya era un escándalo propagándose en las redes sociales más aprisa que la varicela en un jardín de niños. El tío Avner le preguntó muy serio a Mija si era cierto que había estrellado un bollo relleno de mermelada en la calva del rabino Esteban.

—¡Él empezó! —respondió Mija.

El tío Avner rió hasta las lágrimas.

Ese domingo 24, que Mija recordaría después como el segundo mejor día de su vida, un sobresalto húmedo lo había levantado de la cama a las seis veintitrés de la mañana. No conseguía concentrarse en otra cosa que no fuera diseñar la ruta más corta para llegar a casa de Ela: quería visitarla nada más para verle la cara de recién despertada, guardar la imagen en su banco de memoria y poder acudir a ésta cada vez que recreara en su cabeza la fantasía de costumbre; la de ver a Ela despertar a su lado por el resto de las mañanas de su vida (verla dormir sobre su costado derecho; Mija sólo sabía dormir sobre su costado izquierdo).

Ela abrió la puerta y, para dicha de Mija, conservaba todavía las marcas de la almohada en su cara hinchada y éstas ocupaban el lado derecho de su rostro. Aquella era una señal divina, pensó Mija. Ella lo miraba con esos ojos oscuros y profundos que irradiaban más luz que las primeras estrellas formadas tras el Big Bang.

—¿Eres testigo de Jehová o qué? —disparó ella con ese cinismo suyo de las diez de la mañana.

—Vamos a desayunar —contraatacó él. Y antes de que ella rumiara en su cabeza algún pretexto para zafarse del compromiso, él insistió—: me hablaron de una cafetería medio escondida por aquí cerca. Dicen que la dueña mueve objetos con la mente. ¿Vamos?

Ela sonrió divertida, cualquiera diría que le creyó. Cuentan los roedores de la casa que se miró la piyama de franela y probablemente recordó que hacía nueve días que dormía con la misma ropa. Lo invitó a pasar en lo que subía a cambiarse de atuendo.

La cocina era un microcosmos de platos y cubiertos pegajosos, reservado para el entretenimiento de aquella mujer santa que acudía cada

lunes a limpiar la casa.

La madre de Ela vestía camisón y bata de color turquesa. Con los cabellos reunidos en un penacho poco artístico, bebía café y masticaba una tostada de pan untada con queso crema y mermelada de zarzamoras. Se puso verde al ver a Mija entrar a la cocina. El joven la saludó con un educado Buenos días, señora. Provecho. Por favor no se levante. La mujer no sabía si invitarlo a sentarse, si ofrecerle una tostada, si esconderse debajo de la mesa. Pensaba en todo eso al mismo tiempo mientras Ela atravesaba la cocina, salía al patio, caminaba al cuarto de lavado, hurgaba en el interior de la caja de los cachivaches y regresaba triunfante a la cocina, cargando consigo su par de patines de blancos.

—¿Creíste que no me daría cuenta? —cuestionó a su madre.

Las mujeres se mostraron los dientes y se gritaron algunos improperios. Ela tomó del brazo a Mija y lo llevó fuera de la cocina. Lo situó en el hall, frente a la colección de platos húngaros que había pertenecido a su abuela.

—Para que te entretengas en lo que me cambio de ropa, ahí tienes; descifra el legado de mi "querida" abuela y quizá entiendas un poco de dónde viene lo que acabas de presenciar —le dijo.

—¿Qué le haces a los platos? —gritó alarmada su madre, desde la puerta de la cocina.

—¡No les hago nada! Pero si quieres les hago algo.

—No sé qué le pasa a esta chica —le sonrió la mujer a Mija—. Hay mañanas en las que se levanta de un genio, que mejor ni hablarle.

—Ahora resulta que me levanté de malas nomás porque sí. Que los patines se fueron a esconder solitos mientras yo dormía.

¿Qué era todo ese asunto de los patines? Mija asentía encantado cada que alguna de las dos mujeres le compartía una confidencia; aquello no podía ser otra cosa que una muestra de confianza, Ela por fin lo había dejado asomarse a un momento íntimo de familia. Y lo mejor aún estaba por venir: el intercambio de dimes y diretes entre ambas mujeres culminó en una catarsis espectacular: Ela puso a girar los platos de la pared del hall. Su madre se llevó las manos a la cara.

Mija acarició la cabeza de Ela con tremenda dulzura; ella perdió la concentración y el plato decorado con el retrato de un conejo entacuchado

fue a dar al piso. Se hizo añicos. Mija intervino enseguida: le conseguiré una réplica, le dijo a la señora, para su consuelo. Ella se aguantó las ganas de gritar y le sonrió lacrimosa.

Ela subió a su recámara a cambiarse. Mija aprovechó el tiempo a solas con su *futura suegra*, para convencerla de que con esa belleza natural que ella poseía se podía dar el lujo de caminar en camisón y bata por su casa o por las calles más elegantes de la ciudad y aun así partiría plaza. (Cuatro días después le consiguió una réplica del plato.)

Ela bajó vistiendo mezclillas rotas y una vieja sudadera blanca. Camino al coche le preguntó a Mija dónde quedaba el café de la mujer que podía mover cosas con la mente.

—Me dijeron que es por esta zona, en una callecita pequeña. Tiene toldo y está casi en una esquina —respondió él para salir del paso. Su único plan era manejar por el laberinto de calles que caracterizaba la colonia, hasta que se le ocurriera una forma honrosa de salir bien librado de la mentira. Ela se le adelantó:

—Creo que ya sé de qué lugar hablas.

13

Ela lo guió a una pequeña cafetería ubicada casi en una esquina. Era color leche Carnation del piso al techo, los muebles de estilo victoriano y el juego de té Royal Staffordshire. Las paredes barnizadas parecía que se derretirían en un día de calor, recubrirían el piso con una espesa capa dulce y arrastrarían consigo el espejo de marco dorado y la colección de treinta y tres relojes de pared, cada uno detenido en una hora distinta, que decoraban el lugar. Los pasteles eran de lo más coloridos.

La dueña, una mujer mayor de turbante morado y ropas ajustadas, se llamaba Yhadira y había sido la primera amiga de la infancia del padre de Ela, recién desembarcado en el continente. Vivían en la misma cuadra y a ambos les gustaba sentarse en las escaleras del edificio Metropoli a ver mujeres con sombrero y señores trajeados que caminaban distraídos y rara vez esquivaban la cagada del perro misántropo de la señora del puesto de periódicos, experto en elegir ubicaciones estratégicas para defecar por las mañanas.

El padre de Ela nunca las había presentado formalmente, pese a las súplicas de su hija, quien veía a la mujer del turbante pasar frente al expendio de lotería tres veces por semana, camino al gimnasio cercano en el que impartía clases de gimnasia rítmica a personas de la tercera edad. En muchos hogares de la colonia, la conversación de la hora de la cena había girado alguna vez en torno al enigma de ¿por qué a esa mujer de personalidad radiante —quien había ostentado el cuerpo más bello de su generación años atrás, según el padre de Ela—, jamás se le había visto por la colonia en compañía de un hombre, otra mujer, o siquiera un pez en una bolsa con agua?

Ela escogió la silla con vista al refrigerador de pasteles y tomó asiento con un movimiento veloz de cadera. La vieja sudadera blanca, con el cuello ensanchado por el uso, dejó asomar las pecas de su hombro izquierdo.

Había una magia especial en la forma de coquetear de esa chica que no había memorizado nunca el manual de los buenos modales que toda mujer educada "debía" conocer. Era como un animalito salvaje, una fémina en bruto. Pura. Ela desayunó una tarta de higo, frambuesas y nueces con un par de capuchinos; Mija, un bizcocho rojo relleno de chocolate, acompañado de un café americano y un exprés largo.

Como si hubieran olvidado el rumor de que la dueña de la cafetería poseía el don de la telequinesia, hablaron de los insectos que en las noches registran amorosamente nuestro sueño, de los niños que juegan a la guerra y los adultos que se compran muñecas, de las octogenarias que manejan autos deportivos y son un peligro, esto último dio pie a que Ela le contara a Mija el sueño que revivió en ella su afición de la infancia por los patines.

Se había visto a sí misma en un parque, octogenaria y acompañada de otras dos veteranas de edad semejante, realizando una rutina de ejercicios al aire libre. La que lideraba la práctica había sorprendido a las otras dos al romper de súbito la rutina y vociferar una palabra en un idioma desconocido: ¡Shprot! Después había dado de saltos hasta sacarle ruedas a sus zapatillas deportivas y transformarlas en patines. Ela y la otra anciana no dudaron en hacer lo mismo. Sobre ruedas las tres octogenarias le dieron la vuelta al circuito de corredores del parque, disfrutando cómo el viento les agitaba los cabellos. Una sensación incomparable, aquella. Ela buscó la palabra shprot en distintos diccionarios hasta dar con su origen. Significa sardina en ruso.

Antes de Ela, Mija nunca había conocido a otra persona tan deseosa de envejecer. ¿A qué especie desconocida pertenecía esta chica que movía objetos sin rozarlos y tenía una visión tan particular de la vida?

La mujer del turbante los miraba con discreción desde el otro lado del refrigerador de pasteles. Cada tanto sonreía como quien rememora un evento grato en su vida. Ela lo advirtió en el espejo de marco dorado que decoraba la pared a su izquierda. ¿En cuál de los treinta tres relojes colgados estaría pensando en ese momento su amiga? Yhadira le había contado que cada uno de los relojes preservaba en su carátula la hora exacta de un buen recuerdo. La sonrisa de la mujer del turbante le hizo albergar de súbito el deseo de acortar la distancia entre ella y Mija. Se llevó un cigarro

a la boca; Mija se adelantó a prender el encendedor como buen caballero del siglo pasado. Ela le ofreció una fumada. Por la cara que él puso, ella dedujo al instante que Mija nunca había sostenido un cigarrillo entre los labios.

—Si te paso un poco de humo de boca a boca no creo que te ahogues, ¿o sí? —lo retó, coqueta.

Mija se sonrojó al principio. Luego desplegó su sonrisa de un millón de billetes, esa con la que habría podido auspiciar el alumbrado público de la avenida más larga de la ciudad. Hizo lo de costumbre: tomar desprevenida a Ela; la cogió del rostro con ambas manos y le plantó un beso. La que se atragantó con el humo fue ella. Rió muchísimo. Lo retó a hacerlo de nuevo. Esta vez el beso fue correspondido.

Antes de marcharse, Ela pasó al baño. Mija pidió la cuenta. La mujer del turbante morado le llevó a la mesa la terminal de las tarjetas de crédito. A la firma del recibo le siguió un intercambio de gestos amistosos y movimientos de cabeza.

Mija estaba por guardarse la cartera en la bolsa del pantalón, cuando la taza vacía de su expreso largo se alzó en el aire y flotó caprichosa. Mija echó el cuerpo hacia atrás. Miró a la mujer del turbante, quien había retornado a su lugar detrás del refrigerador de pasteles.

Ela, oculta detrás de ese muro que escondía con elegancia la entrada del baño, reía silenciosa a carcajadas.

14

Ela deseaba tanto que Mija fuera real. Quería sacarse de la cabeza la sentencia que le había lanzado encima su abuela el día que tiró el marco tallado con la fotografía de boda de sus padres: *Eres mala, Ela. A ti nadie te va querer*, le había gritado, dejándola marcada a la edad de siete años.

Ela empezó a vestir los chalecos de tweed y los sacos de pana que a su papá ya no le cerraban; así podía mimetizarse en la casa con los sillones de la sala y diferenciarse de las mujeres de su familia.

No volvió a asomar la cabeza en la cocina a la hora en la que su mamá horneaba galletas, ni siquiera para robar los sobrantes de masa y escribir con ellos su nombre. Guardó en el clóset todas las muñecas que le habían regalado, todas menos una, Elizabeth, la del vestido azul de terciopelo. Esa la dejó en su caja, debajo de la cama. Había sido un regalo de su tía Agnes, la hermana de su padre.

La aparición de Mija provocó un cambio estacionario en su mundo interior. Ela fue la primera sorprendida al descubrir que había dejado de usar buena parte de las prendas de hombre que ocupaban la mitad de su clóset para remplazarlas por blusas de tela ligera o faldas coloridas. Seguido fantaseaba con la posibilidad de que la maldición del infortunio que desde hacía años flotaba sobre su cabeza y la de su familia, por fin se había marchado a otra parte con sus nubes negras.

Esa última conversación que mantuvo con su abuela en el hospital quizá había sido el único buen regalo que la mujer le hiciera en su vida.

El doctor de guardia le había permitido entrar diez minutos al cuarto en el que languidecía su abuela, mientras su madre, luego de un café con leche y dos sedantes, dormía plácidamente en uno de los sillones de la sala de espera de Terapia Intensiva.

Cuando Ela se acercó a la cama, su abuela la miró con los ojos desorbitados; le bailaban de un lado a otro a causa del fallo neuronal en su cabeza. Ela respiró hondo y pegó su frente contra la de su abuela. Después

de unos minutos logró estabilizar su condición momentáneamente, todo para decirle a los ojos: Púdrete en el infierno, vieja miserable. La mujer explotó en una carcajada y rió hasta las lágrimas, desarmando por completo a su nieta, más sabe el diablo por viejo que por diablo. Después le pidió que agarrara su mano. La mujer nunca había querido tomar la mano de Ela. Qué asustada has de estar, mugre vieja, pensó Ela en ese momento. Pero no le dio el corazón para darse la vuelta y dejar a su abuela moribunda con la mano estirada.

La mujer abrió la boca, su voz sonaba a una rama delgadísima de hielo. Le contó a su nieta que estando casada con el abuelo se había enamorado de otro hombre. Un romance telefónico que inició con la marcación de un número equivocado, un día en el que dos personas desdichadas tenían tiempo para hablar y necesidad de ser escuchados. La equivocación pasó de ser un juego a convertirse en una codependencia brutal. Él tenía una voz tan varonil. *Y se notaba que leía mucho, al principio creí que era extranjero porque usaba palabras que yo no conocía. ¿Qué me vas a cocinar hoy?, me preguntaba todos los días.*

Luego de siete meses de llamadas diarias, él la había citado en una cafetería para que se marcharan juntos a vivir a otra provincia. Ella había empacado en un neceser sus cepillos de cabello, la bolsita de cosméticos, dos perfumes, un cambio de ropa interior y un vestido ligero de repuesto.

El día de la cita con su amante, la mujer calzaba sus sandalias favoritas y las piernas le temblaban al caminar. Pero conforme se alejaba de la calle de su casa no miró hacia atrás ni una sola vez. Llegó puntual a la hora convenida pero no entró a la cafetería. En lugar de cruzar la puerta, se recargó en el ventanal y miró discreta hacia el interior del local.

Lo vio a él, aguardándola en la mesa de junto a la barra, tal y como habían acordado en su última llamada. Se soltó a llorar como una niña. Lágrimas largas y continuas que amenazaban con no parar. Un señor mayor se detuvo a auxiliarla. Le alcanzó un pañuelo. ¿Qué le pasa? ¿Quiere que llame a alguien? Ella negaba con la cabeza. Intentaba hablar pero las palabras se le ahogaban en la garganta antes de salir a flote. No me gustan los hombres rubios, intentaba decir.

—¿No entraste a la cafetería? —le preguntó Ela.

—No —contestó su abuela—. Regresé a casa y de camino compré en el mercado un pollo entero, para hacerlo relleno a la hora de la comida. Escúchame bien, Ela, te puedes pelear con ella, pero nunca le ganarás a la mala fortuna. Tu madre y tú son el fruto de algo que no estaba destinado a suceder. A mí me casaron por la fuerza. Mis padres dijeron que era lo mejor para mí. Lo creían y yo les creí.

La mujer fijó la vista en la pared a espaldas de Ela. ¡Todos están aquí!, gritó, como si acabara de entrar al cuarto una concurrencia. Puso esa misma cara que hacía cuando desmoldaba un pastel y éste se desprendía del molde en una sola pieza perfecta.

Ela sintió que le pulsaba la mano con la que había sostenido la de su abuela aquel día. Eligió creer que ella no era mala y que el infortunio que había reinado sobre su familia sólo tenía que ver con la ausencia de afecto, no de gracia.

Se alegró al recrear en su cabeza una y otra vez lo sucedido esa tarde que discutió con Mija en el teléfono, justo un mes después del entierro de su abuela. Él había sugerido que ella debía cerrar el expendio de lotería y hacer vida; que *si estuviera casada le iría mejor*.

—¡Casarme con quién! —le gritó Ela, furiosa—, ¿tú crees que alguien me ha pedido matrimonio alguna vez?

Con los ojos inyectados de frustración, Ela dejó descolgado el teléfono del expendio durante más de dos horas. Cuando agarró la bocina de nuevo para llamarle a su madre y avisarle que esa noche se iría sola al cine, no pudo marcar el número de su casa: oyó en la bocina la voz de Mija, quien no había colgado en todo ese tiempo. Él le cantó en el teléfono hasta hacerla reír. Luego pasó por ella. En lugar de llevarla a su casa manejó hasta el aeropuerto.

Frente a los monitores de llegadas y salidas le pidió que eligiera un destino, cualquier parte del mundo. Dijo que compraría los boletos en ese momento. Y también que le regalaría un guardarropa nuevo. ¡Que podían hacer lo que les diera la gana! Como si el mundo fuera suyo, todo suyo.

Cuánto deseó Ela que su abuela pudiera verlos ahí, para gritarle ¡Mija Gelman me eligió a mí de entre todas las mujeres del mundo! ¡A mí!

¿A dónde viajaron? A ninguna parte. ¿Por qué? Eso mismo le pregunté a Ela cuando me contó el episodio en su casa.

—¿Te dio miedo?

—No.

—¿Entonces?

—…

—¿Mija no te gustaba?

—¡Cómo iba a gustarme si era todo lo que mi madre y mi abuela siempre habían querido para mí! El día menos pensado me miraría al espejo y vería en el reflejo a mi madre y hablaría con la voz de mi abuela.

—No respondiste a mi pregunta, Ela.

15

Así que Mija finalmente lo había conseguido. Luego de meses de intentos fallidos, en los que en más de una ocasión se había descubierto a sí mismo sepultado bajo la tierra arrastrando su frustración como un gusano, por fin acariciaba el don temporal de la levitación: podía elevarse más allá del primer piso de su casa, del puente peatonal a medio construir, del edificio del reloj y de aquel considerado el más alto de la ciudad, con su ostentoso anuncio de un banco. Atravesaba las nubes y resonaba con las auroras boreales, ahora que Ela había puesto su atención en él.

Ella lo llamaba por teléfono, le tomaba la mano al cruzar la calle, le escribía pequeños mensajes de amor en la parte interna de los brazos, reía océanos con sus payasadas espontáneas como la de registrarse en los libros de los restaurantes con seudónimos que incluyeran el dígrafo “ch”: Señor Techo, Señor Cuchara, Señor China.

Su automóvil permanecía estacionado frente a la casa de ella mucho más tiempo que los diez minutos reglamentarios de antes. Ela en lugar de aferrar su mano a la manija de la puerta, levantar aprisa el seguro y saltar fuera como si protagonizara un acto de escapismo televisado, ahora giraba coqueta su cuerpo en el asiento y lo miraba a los ojos con una media sonrisa por la que salían disparadas serpentinas.

A veces ella simulaba ser un felino, ronroneaba a ochenta decibeles y se acercaba a oler su cara para incitarlo a besarla. Si él se tardaba en hacerlo, ella se adelantaba. Gemía, lo rasguñaba, se dejaba tocar y se retorcía de gozo. Un tipo de gozo que por años había cultivado a solas tocándose a sí misma o presenciando cómo abría el botón de una gardenia o lamiendo una cucharada de miel de abeja a mitad de la noche. Un gozo que él jamás había conocido y que le producía una envidia maldita que le calaba hasta los huesos.

A sus ojos, esa chica parecía el resultado de un descuido en la línea de producción humana; la habían equipado con más de una habilidad

extraordinaria al momento de la gestación. ¿Por qué tanta condescendencia de Dios hacia ella? Seguro que desde niña se sabía bonita, inteligente y buena persona; que había crecido acostumbrada a que la cortejaran y le cumplieran sus caprichos. Carajo, mujeres así la tenían *demasiado* sencilla. ¿Por qué Dios le demandaba tanto más a los hombres, y en particular a él?

Era un lunes 15 en la noche, Mija se había machucado tres dedos al cerrar el cajón de las medicinas. Masturbarse no le había funcionado como otras veces para calmar la ansiedad. El cuarto de baño era una zona de guerra y no encontraba la tira de Diazepam de cinco miligramos que guardaba para casos de emergencia. Rabioso se tragó un grito, envolvió la mano en la toalla húmeda que había dejado sobre la taza del escusado y golpeó la pared de azulejos blancos hasta sentir una pulsación ardiente y dolorosa en los nudillos. Ese día su padre se había marchado temprano a casa debilitado por una gripa. Mija había cerrado la joyería a las siete en punto y en lugar de manejar a casa había decidido sorprender a Ela. Ella no estaba en el expendio, los lunes cerraba. Mija sintió algo parecido a albergar una piedra en la garganta; conforme pasaban los minutos la roca crecía y le impedía respirar tranquilamente. Se estacionó frente a casa de Ela, corrió a la puerta de reja y tocó el timbre. Ella abrió la puerta y le sonrió con esos ojos brillantes que lo trastornaban, él la abrazó como si a unos metros de distancia estuviera por estallar un explosivo que los aniquilaría a ambos. La estrujó tan fuerte que casi la dejó sin aliento. Ella apenas se recuperaba cuando él ya había subido a su coche, lo había puesto en marcha y se alejaba sin saludarla siquiera con la mano. Odiaba despedirse de ella y sentir que le arrancaban del cuerpo un pedazo de materia.

Excedió todos los límites de velocidad de camino a su casa. Al entrar por la puerta de la cocina gritó un Ya llegué, subió a zancadillas las escaleras, se encerró en su cuarto y después en el baño. En su batalla de un solo round contra la pared se vio a sí mismo indefenso y absurdo; una mosca intentando romper el vidrio que la separa del campo abierto. ¿Es que nada en el mundo serviría para fulminar el maldito sentimiento de insignificancia y vulnerabilidad que sentía cuando no estaba junto a ella?

Primero fueron las palpitaciones. Después irrumpió en su pecho el pánico: ¡Me voy a morir, Dios mío, *si me deja me voy a morir!* Incapaz de

llevar aire a sus pulmones, sintiendo en carne propia la angustia de los peces recién capturados, hizo caso a los consejos del médico de la familia y se repitió a modo de oración para apaciguar el ataque de ansiedad: *Soy Mijael, estoy aquí, estoy bien*. Lloró asustado hasta que vislumbró su teléfono encima de la cómoda. Marcó el número de Ela. Esperó. No obtuvo respuesta. Marcó de nuevo. Y de nuevo. Estrelló el aparato contra el mueble y anheló con todas sus fuerzas que esa misma noche, mientras ella dormía, sus manos la desconocieran y la estrangularan.

La ira elevó la temperatura en su cuerpo, el océano que albergaba en sus adentros comenzó a evaporarse aceleradamente, a condensarse en nubes y liberar la energía necesaria para generar vientos fuertes y lluvia. La evaporación ascendió arrastrando el aire en forma de espiral hacia su cabeza. El sistema comenzó a girar y desplazarse como un inmenso trompo en sentido contrario al de las manecillas del reloj en el hemisferio Norte. Se había formado en él un huracán de magnitud cuatro: Mija se rindió ante el deseo de venganza.

La lluvia inundó las calles y habitaciones de su mundo interior, arrasó con juguetes de colección, libros, cortinas y electrodomésticos, automóviles y perros, dejó pantanos en casi todos los rincones; agua estancada que emanaba un aroma putrefacto. La intensidad de la descomposición lo nutrió de fuerzas, Mija se sintió vigoroso y omnipotente como nunca hasta entonces. Alentado por ese marchito doble que lo miraba desde el otro lado del espejo, resolvió hacer caso a los consejos del tío Avner: actuar como un *hombre de mundo* y unirse al equipo nacional del deporte masculino por excelencia: el de batear a la mujer conquistada y salir corriendo a imprimir su huella en el cojincillo de cada una de las bases del campo hasta llegar triunfante a *home*. Demostrarse a sí mismo que él *era*, pese a ella.

En los días sucesivos, Mija empezó a pretextar una carga de compromisos inverosímil que Ela jamás ponía en duda. Entre semana casi no la llamaba por teléfono. Si acaso lo hacía era por un lapso muy breve. *Estoy a punto de iniciar una sesión con un cliente*, le decía. *Te llamo cuando salga*. Cosa que no hacía.

Acudía a las reuniones secretas del clan de tío Avner tres veces por semana. En ellas alardeaba a la par del resto de los afiliados y se llenaba la

boca con frituras; aquel era un pequeño círculo de apoyo que no admitía mujeres; la única vez que lo habían hecho la mujer invitada no había mostrado empacho alguno al momento de contradecir a su marido frente a todos.

Mija se intoxicaba con el sonido de sus propias palabras, aspiraba polvos de grandeza que le inflamaban el pundonor, miraba su reflejo en el fondo de los vasos, en los cristales de las ventanas, en las carátulas de los relojes caros; veía al ser especial y privilegiado que había llegado al mundo a consumar grandes hazañas, tal y como se lo había vaticinado el señor Jacques a su madre hacía años. Él era un elegido, un iluminado.

Excluir de la agenda los espacios que solía dedicar a Ela le produjo un alivio temporal. Con los días saturados de actividades, sobraba poco tiempo para prestar atención al cuerpo y notar que el cansancio repentino era una forma de resentir las ausencias o temer a los juicios. El soberano se vanagloriaba de haber disipado cualquier amenaza de maltrato de parte de su reina; se contaba la historia de que ella podía ser eliminada del tablero y aún quedarían alfiles, caballos y torres que mantendrían erigido el reino.

A Yuta poco le agradaba la idea de que su hijo pasara tanto tiempo con el tío Avner; hizo lo que mejor sabía hacer en la vida, además de hornear pasteles de miel: realizar llamadas. Preparó el terreno para convencer a su hijo de orbitar alrededor de otras dos chicas; la sobrina nieta del señor Traverman y una ex compañera de la escuela. Mija no opuso ninguna resistencia; se sentía carismático, un semental de excelente calidad que no tenía por qué limitarse a atraer la admiración de sólo una chica.

En más de una ocasión Mija pasó en su auto frente al expendio de lotería, redujo la velocidad y acarició la cara de su acompañante, como si algo parecido a un deseo de muerte lo comandara. Odiaba tanto que Ela fuera paciente, que confiara en él sin titubeos, que nunca le reclamara sus pretextos, ni lo insultara, ni amenazara con sacarlo de su vida.

Ela no mentía, tampoco es que fuera indiferente o cínica. Había elegido creerle. Mija la había perseguido durante meses, sin dejarse intimidar por sus desaires. Era el hombre que mejor sabía combinar las palabras para hacerla sentir especial y bonita. Lucía íntegro, muy distinto a los otros hombres que luego de poseerla desaparecían sin dejar de recuerdo ni un

cabello, un dibujo garabateado, un caramelo sabor menta o una palabra. A su lado se sentía valorada, cómoda en su piel. Quería tanto ser esa mujer extraordinaria que él veía.

Ela se curaba el extrañamiento con paseos aleatorios sobre ocho ruedas, en los que reproducía en su mente la película de su vida y recreaba con repetición instantánea las escenas protagonizadas con Mija, para sentir de nuevo esa crisálida que pulsaba en sus entrañas, se transformaba en mariposa, volaba en sus adentros y después retornaba al estado primigenio.

Conforme pasaban los días y desaparecían las semanas del calendario, los paseos aleatorios dejaron de servir al propósito original; se convirtieron en una vía para destilar la frustración, la tristeza, la incomprensión total de lo que estaba sucediendo. Seguido en el expendio la asaltaba un mal presentimiento y asomaba la cabeza a la calle para tomar aire y mirar en todas direcciones, deseosa de encontrar el rostro de Mija entre el cardumen de peatones que transitaba por la banqueta, como había sucedido tantas otras veces cuando él todavía la cortejaba.

Ela pensó en ir a espiarlo a la joyería familiar. Se atrevió únicamente a llamar desde un teléfono público y colgar al momento de escucharlo. En las redes sociales lo veía conectado durante las horas en las que se suponía estaba ocupado con algún cliente. Era como un niño que se escondía detrás de la cortina con los pies a la vista. Ela no soportó más la incertidumbre y un miércoles festivo lo citó en la cafetería de la mujer del turbante.

No era dada a leer literatura del corazón, pero sí a analizar con agudeza las tramas de las películas románticas. En la mayoría de los filmes rusos que había visto recientemente, se repetía sin excepción el mismo fenómeno: los hombres dudaban de la autenticidad del amor que les profesaba su compañera, como si no se creyeran merecedores de que ella, su mujer soñada a la que habían cortejado por largo tiempo, quisiera estar con ellos por la mejor razón de todas: encantamiento.

Ela se propuso esa tarde entonar cuantos Te quiero fueran necesarios para fulminar en Mija cualquier asomo de duda, inquietud o miedo. Se llevó una tremenda sorpresa, apenas expulsó el primer Te quiero.

—Dime la verdad, Ela, ¿a ti te hace bien esto? Tú te mereces mucho más que el poquito tiempo que yo te dedico.

Al resto de las palabras se las tragó la aspiradora voraz del vacío, como sucede cada vez que el mundo se guarda la respiración. Ela veía la boca de Mija articular más palabras, pero ni siquiera escuchaba el sonido de la máquina de café al producir una descarga de vapor.

Miró hacia arriba como preguntándose ¿en qué momento se rompió el techo?, ¿de dónde viene el agua helada que cae ahora mismo sobre mi cabeza y me tiene tiritando? Buscó en la mirada de Mija, pero no halló a nadie conocido en sus ojos como para preguntarle ¿Me estás pidiendo que termine contigo, Mija Gelman? *¿Quieres que te responda un No me hace bien esto, para tú poder contestarme un Ahí la dejamos? ¿Tú ya te preguntaste si a ti te hace bien esto?*

Ela llamó a la mujer del turbante y le pidió que le recalentara su capuchino. La mujer se llevó la taza. Mija no se percató siquiera; su atención estaba puesta en la calle: miraba divertido la maniobra errática del conductor de un auto color azul plata, quien pretendía estacionarse en el estrecho lugar vacío que había quedado libre frente a la cafetería. La mujer del turbante regresó a la mesa con el café de Ela servido en un vaso desechable con tapa.

—Así no se te enfriará tan rápido —le dijo con un guiño.

Ela, que se estaba aguantando las ganas de desbaratarse en lágrimas, le sonrió un gracias con los ojos cristalinos. Se levantó del asiento rumbo a la salida, llevándose consigo su capuchino. No supo si era el chirrido de las bisagras de la puerta o si era Mija exclamando su nombre: ¡Ela!

La sensación era la misma que todavía le producía aquella herida de la infancia. Entonces, como ahora, Ela había confiado en alguien y ese alguien la había traicionado.

16

El timbre de la campana había resonado en sus entrañas como si toda ella fuera la campana. Ela recogió sus cosas y salió corriendo del salón con el resto de los niños de la clase. Los alumnos de los seis grados de la escuela, vestidos con su uniforme rayado, se arremolinaron en el patio de la escuela como un enjambre de abejas, después se repartieron en filas desordenadas. Una caravana de autobuses escolares color ladrillo los aguardaba para llevarlos de regreso a sus casas.

Ela se formó en una fila distinta a la de costumbre: subió al camión número doce y no al acostumbrado seis. Se sentó en la penúltima fila, detrás de dos niñas de su misma edad que vestían un uniforme tan estropeado como el de ella. Ni el prefecto del camión ni nadie más a bordo le exigió alguna explicación por ocupar, junto con su mochila, un asiento para dos. El par de niñas sentadas delante suyo reían en voz baja y cada tanto la miraban de reojo.

Tan pronto arrancó el autobús, Ela pegó su frente a la ventanilla para ver el edificio de la escuela alejarse y celebrar su travesura con la media sonrisa inconfundible de quien se sabe cometiendo una falta mínima. Ir sin permiso a casa de una amiga parecía tan insignificante como salir de clase pretextando ir al baño y, en lugar de internarse en ese cuarto de techos altos, espejo opaco y paredes amarillas, dar un largo paseo por el camino de arbustos que bordeaban el patio.

Tenían nueve años y se habían conocido apenas al entrar a cuarto grado. No se parecían físicamente, ni vivían en la misma colonia, ni usaban la misma marca de calzado deportivo, pero a las tres les gustaba jugar fuerte: corrían sobre la grava de la pista de atletismo levantando tolvaneras y se empujaban hasta que alguien cayera al suelo. Se bombardeaban entre ellas con proyectiles de papel de baño mojado, se teñían el cabello con pintura de agua que robaban de la clase de Arte. En los recreos se disparaban refresco a la cara, agitando las latas antes de abrirlas. Cuando alguien de su misma

clase les prestaba una pluma, tan pronto devolvían el bolígrafo su dueño lo guardaba con premura en su estuche, no fuera a ser contagiosa la irreverencia de la que estaban enfermas esas tres niñas. A lo largo del período escolar habían sido como un trío de animalitos salvajes con la facultad de entregar a tiempo las tareas y pasar los exámenes con una calificación superior a seis.

Viajaban a bordo del camión número doce envueltas en un halo angelical que apenas y podía creerse. La madre de una de ellas se había pegado un tiro hacía unos meses. A su hija, la del cabello con peinado de príncipe valiente, le habían explicado aquel evento como un desafortunado accidente. La niña que iba sentada a su lado usaba frenos correctivos en la boca y solía encerrarse en el clóset de visitas de su casa cada vez que sus papás discutían hasta llegar a los golpes. La de los cabellos revueltos y el chaleco de hombre que le llegaba casi hasta las rodillas, viajaba sentada detrás de las otras dos y en su casa la apodaban *Eres-mala-Ela*.

La expedición de aquella tarde había sido una de las mejores del año escolar; el trío de intrépidas había conquistado en un tiempo récord la isla que conformaba el piso superior de la casa de la niña príncipe, saltando de sillón en sillón y después deslizándose en calcetines sobre la superficie larguísima de la mesa del comedor, hasta llegar al florero gigante y clavar ahí la bandera roja de su patria imaginaria.

Luego habían bajado las escaleras corriendo, pero sin detenerse en el piso intermedio que albergaba las recámaras y el cuarto de juegos. Continuaron el descenso, un piso más abajo, para llegar a *las entrañas de la Tierra* y dar con ese lugar prohibido, al que la niña príncipe siempre quería entrar cuando era la única en casa, pero nunca se atrevía a hacerlo.

Juntas reunieron valor y fuerzas para empujar la puerta negra y entrar a ese sótano misterioso, habitado por más de cuarenta televisores que le pertenecían al creador todopoderoso de aquel mundo subterráneo, el padre de la niña príncipe, quien era afecto a coleccionar modelos antiguos de televisores.

Los aparatos languidecían silenciosos pero no estaban muertos, únicamente dormidos. Uno se encendió de pronto y las tres saltaron con el ruido. Luego se prendió otro y otro más.

La niña de los frenos en la boca empezó a llorar muy asustada. No se atrevía a separarse de las otras dos y regresar sola a la isla que habían dejado dos pisos arriba. Les suplicó a sus camaradas que se marcharan las tres juntas. La niña príncipe rió burlona, parecía un soberano chimuelo sacado de algún cuento de la edad media. Ela intervino para calmar los ánimos y explicarles que todo era un juego: en un acto de camaradería sin precedentes, hizo una demostración frente a su pequeña audiencia y con las manos pegadas al cuerpo, encendió a distancia otro más de los televisores.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó la niña príncipe. La otra, atónita, ni lloraba ni conseguía pronunciar palabra.

Las tres palidecieron al oír que se abría la puerta negra. Las luces del sótano se encendieron de golpe. En el umbral de la entrada estaba parado el dios inclemente de aquel mundo subterráneo y lucía furioso.

—¡Perdón, papá! —gritó la niña príncipe—. ¡Te prometo que no volvemos a entrar aquí nunca!

Pero el propietario de aquel mundo ni siquiera miró a su hija. Clavó sus pupilas encendidas sobre la niña de los cabellos revueltos y chaleco de hombre, a quien apodaban en su casa *Eres-mala-Ela*.

—Tu mamá acaba de llegar. ¿Sabes el tamaño de susto que le metiste cuando llegó el camión y no te vio bajar? —dijo a modo de reproche—. Si fueras mi hija te castigaría un año entero.

Ela buscó la mirada solidaria de alguna de sus camaradas inseparables, pero ninguna de ellas la miró de vuelta. Se volvió a sentir una campana y vibró hasta agrietarse en pedazos. Un calor incendiario le subió por las venas hasta la coronilla.

—¡Todas arriba! —ordenó el señor omnipotente de la casa. Su hija y la niña de los frenos caminaron hasta la puerta muy obedientes, con los hombros encogidos. Ela no se movió de su lugar. Ninguna de sus camaradas volteó de reojo siquiera.

Se encendió un televisor y después otro y otro más.

—¡¿Qué diablos?! —preguntó el padre de la niña príncipe, echando el cuerpo hacia atrás.

—¡Fue Ela! —dijo la niña príncipe, señalando a su invitada—. Las prende sin tocarlas.

—¡Todas arriba! ¡Ahora! —gritó el hombre poniendo a cimbrar los cristales de los monitores.

Aquella fue la última vez que Ela puso un pie en esa casa. También el último juego que compartió con esas dos niñas. La madre de la chiquilla de los frenos —quien no pegó un ojo la noche de la travesura por la impresión de lo que su hija le había contado— le prohibió a la niña volver a acercarse a ese par de compañeras y a la tarde siguiente la llevó con el ortodoncista para que le apretaran los frenos; con eso seguro que su hija se olvidaría de contar esas historias de brujería, que a ella le provocaban pesadillas. A la niña príncipe la cambiaron de salón a mitad del período escolar. En los recreos ignoraba a Ela con la misma inclemencia con la que su padre, el día de la travesura, había negado cualquier posibilidad de que una niña de nueve años pudiera encender un televisor a la distancia con sólo mirarlo. En esa casa no se volvió a hablar de Ela, ni de la muerte "accidental" de la madre de la niña príncipe, quien había muerto de un tiro en la cabeza luego de que la pistola que limpiaba se disparara "sola".

De aquella travesura de infancia, Ela todavía recordaba cómo su madre se había pasado todo el camino de regreso a su casa sollozando calculadamente y sorbiéndose los mocos. Lo peor vino al cruzar la puerta de casa y topar con un olor penetrante a cebolla y salchicha frita que envolvía el cuerpo robusto de su abuela. La mujer aguardaba estoica, de brazos cruzados y mandil café, para acercar su cara a la de la niña y pronunciar las palabras mágicas que habrían de robarle a su nieta de nueve años muchas horas de sueño: "Te vas a pudrir en el infierno, niña mala".

17

Para conservar la cordura, pensó, tendré que hacer con Mija lo mismo que hice con el expendio de lotería de mi padre: convencerme de que la Lotería Nacional es un engaño.

Las nueve cuadras que Ela había caminado al hilo al abandonar la cafetería de la mujer del turbante no habían tenido en ella el efecto deseado. Le estaba doliendo un montón estar viva y su cuerpo parecía imposibilitado para transpirar la desolación. Ela miraba a su alrededor en busca de consuelo y todo lo que capturaba con la vista le parecía triste: la señora del blusón azul arrastrando a su hijo de la muñeca y el niño que no podía caminar a la misma velocidad que su madre; el vendedor ambulante de merengues y palanquetas aferrando sus manos curtidas y artríticas a la canasta de dulces como a un bote salvavidas; la barda del terreno baldío donde vivían más de cincuenta perros callejeros; el sujeto de la chamarra deportiva arrimando el teléfono a su oreja como si en ello se jugara la casa de sus padres.

Estaba cansada de concebir ilusiones para luego soltarlas. En ese momento le parecía que el mundo podía estar bien sin ella. Su madre viviría del dinero que había en la cuenta del banco. Los clientes del expendio hallarían un nuevo local en el que depositar sus añoranzas. Las plantas de la jardinera se habituarían a otras manos que aprendieran a amarlas. Los gatos vagos de la colonia se encontrarían con otra persona que les ronroneara de regreso. ¿Era mucho pedir que alguien en el mundo la quisiera? Esa tarde no bastaba con que el sol la arropara por la espalda, con que una gardenia recién abierta le regalara su aroma ni con que ella se repitiera a sí misma una y otra vez: sé valiente, ya pasará.

Pudo haber caminado una, dos o tres horas más. Avanzaba furiosa como la corriente de un canal desbordado que lo mismo detenía en seco a ciclistas y conductores que a hormigas e invertebrados, para cederle el paso.

Detestaba sentirse una tonta, ningún sentimiento la revolvía tanto por dentro. En las últimas semanas se la había pasado fabricando en su cabeza un sinnúmero de fantasías en torno a una vida posible con Mija. Incluso había doblado las manos y hecho paz con la idea de que las recomendaciones que su madre y su abuela le habían hecho tragar por la fuerza en cada plato de sopa durante la adolescencia, quizá no eran del todo erradas y ella había pecado de terca.

Pero no. Los hechos confirmaban de un modo lastimoso su premonición original: Mija personificaba ese mundo que a ella le era ajeno y que la había despreciado desde niña. Cuida de ti, Ela. Baja del coche, corre a casa y no vuelvas a contestar sus llamadas, había sido el cántico que la voz en su cabeza entonó tantas veces en sus primeras citas con Mija, como una sirena de bomberos adelantándose al incendio. Pero Ela había dejado de hacer caso a la alerta. Pese a los riesgos potenciales que esa *voz villana* enumeraba noche tras noche, ella había aceptado con bravura no desear otra cosa en el mundo que contarse una historia bonita sobre su vida, para variar.

Ilusa. Ridícula. Estúpida. En el largo trayecto laberíntico de la cafetería a su casa, no paró de reprocharse la jugarreta que se había hecho a sí misma; el haberse dejado engañar por el embrujo de las apariencias y haber caído redonda en la gran trampa: él le había mentido desde un principio. Para Mija Gelman ella no había sido más que un antojo pasajero, una mera golosina de temporada, un divertimento; la anécdota exótica que añadir a su colección de historias para pavonearse en un futuro frente a sus hijos y nietos. A ella nadie la contemplaría jamás para ser la madre de sus hijos: *Nadie la iba querer*. Era como un par de zapatillas color rojo que no combinaba con el abrigo ni el sombrero de nadie.

Al llegar a casa se encerró en su cuarto. Le dolían los núcleos de cada una de las células de su cuerpo, ella toda se transformó en un dolor punzante. Tembló la ciudad cuando el gran cuerpo del mundo sintió el espasmo. Después llovió durante cuatro días seguidos, en los que Ela no quiso levantarse de la cama. Su madre le diagnosticó un virus de verano y le preparó caldo de pescado con verduras y cuadritos de aguacate: su sopa favorita. Ni siquiera con eso la vio recuperar las fuerzas.

La mujer se paraba cada tanto detrás de la puerta, deseosa de escuchar a su hija decir algo; hablar sola, como era su costumbre desde niña. Durante la procesión de comerciales que sucedía entre programas de televisión, aguardaba paciente con el ojo pegado a la cerradura. Perdía su tiempo; Ela se había marchado a un bosque de secuoyas gigantes donde podía gritar a sus anchas, sabiendo que sus palabras quedarían atrapadas en las copas de los árboles. ¡Yo a él ni siquiera lo busqué! ¡Él me buscó a mí!

Se iba desvaneciendo letra por letra la máxima que aquel viejo alpinista, su cliente favorito del expendio de lotería desde que era una niña, le había regalado tres días antes de morir: *Los otros, ellos quizá no entiendan. Avienta tus semillas a la tierra y crece el jardín que tú quieras, chica lista*. Se lo dijo con una de sus sonrisas de oro la última vez que la vio, lo cual coincidió con el tiempo en el que ella era cortejada por Mija. Eso Ela lo había tomado como una señal divina que la nutría de un tipo raro de esperanza que no había conocido hasta entonces. ¿Sería que por fin se le había presentado la oportunidad de reorientar su destino?

La respuesta era No. El rechazo repentino de Mija venía a romper sus ilusiones cristalinas de manera irreparable; a mostrarle que aunque ella sembrara semillas inmejorables y regara la tierra con disciplina y amor, un buen día se presentaría un evento climatológico llegado de quién sabe dónde y arrasaría con la cosecha. La calidad de las semillas, de la tierra o los esfuerzos de la agricultora valdrían de nada. El mundo tenía alma y ésta palpitaba intranquila; en un mal día, sabiendo que podía, lo destruía todo. Aquel era el destino inevitable de los que habían nacido amadrinados por la mala fortuna.

18

Los días sucesivos, Ela atestiguó con sorpresa cómo podía permanecer en un extremo del techo de la recámara, mientras su cuerpo disciplinado se levantaba de la cama a las siete con cinco de la mañana para seguir al pie de la letra las instrucciones de rutina: cepillar dientes, abrir las llaves de la regadera —primero la del agua caliente—, untar con mermelada de chabacano la cara oscura del pan tostado, insertar la llave en la cerradura de la puerta, dar los buenos días al bolero y al vigilante de la tienda de abarrotes, insertar la otra llave en el candado de la cortina metálica del expendio, acomodar las tiras de billetes en la vitrina, sonreír a los clientes, ubicar los números solicitados y completar la transacción de venta. Salir a la calle, comprar una ensalada de huevo duro con mayonesa, sentarse a comer en una banca del parque. Regresar al expendio, regresar a casa, saludar a mamá y cenar con ella frente a la televisión. Encerrarse en su cuarto, acostarse boca arriba, fijar la mirada en el techo y saludarse a sí misma: "Hola, Ela", "Hola cuerpo. ¿Cómo te fue hoy?" "Nada excepcional, Ela. Lo de costumbre. Bueno, me distrajo un claxonazo al momento de bajar la cortina metálica del expendio y me raspé el brazo. ¿Tú qué hiciste?", "Le pedí a tres voces distintas que me narraran desde su punto de vista lo sucedido en los últimos días. Lloré tres veces, pero por una razón diferente cada vez. Concluí que las personas somos el resultado de las sumas y restas de todas las vidas que nos han precedido; por eso el mundo es como un cajón desordenado." "Yo lo veo bastante ordenado", habría de responder indiferente su cuerpo. "Ahora, si me permites, cerraré los párpados. Estoy molida".

La noche de un domingo, previo a su único día de descanso en la semana, Ela contempló seriamente la posibilidad de nunca más regresar a su cuerpo. A dos recámaras de distancia, su madre lo supo. A la mañana siguiente, la mujer tuvo una epifanía mientras desayunaba a solas en la cocina. Dejó a la mitad su pan con queso y mermelada de zarzamoras, se

acomodó el cabello de algodón de azúcar, se anudó la bata y se calzó bien las chanclas. Salió a la calle por la puerta trasera para que Ela no la escuchara. Regresó a los cuarenta minutos con ambas manos ocupadas.

La mujer subió a la recámara de su hija, quien desde el techo la observó repartir por el cuarto tres manojos de gardenias sumergidas en agua en tres pequeños recipientes vacíos de mayonesa. Luego de dejar encima de la cama una bolsa de caramelos sabor miel y el teléfono móvil de su hija, apagado como ella lo había dejado, pero con la carga de batería llena.

Tenía prisa por abandonar la recámara, su programa favorito de chismes de la farándula estaba por comenzar. Recordó en voz alta la anécdota de Audrey Hepburn, cuando le preguntaron si le daba miedo envejecer y dejar de ser bonita, a lo que ella respondió que no, *porque ella siempre se vería en los ojos de sus amigos y éstos nunca dejarían de verla bonita*.

—Siempre me dices que tú no eres como yo, que diario en la calle hablas con gente, que algunas personas te quieren mucho —dijo la madre de Ela, con un pie en el pasillo—. Llama a alguien. Sal a dar una vuelta.

Tres horas más tarde, Ela bajó vestida a la cocina. Calentó dos tazas de sopa. Vio con su madre la repetición del programa de chismes de la farándula. Después se calzó esos patines que su mamá consideraba un peligro y se marchó sobre ocho ruedas a visitar al más antiguo de sus conocidos.

Atravesar parte de la ciudad sobre ocho ruedas diminutas parecía un acto suicida, quizá lo era un poco. Lo cierto es que las fuerzas le habían regresado. Ni siquiera la ciudad parecía ser la misma. Toda esa energía que Ela había volcado en Mija los días anteriores regresó a ella, multiplicada.

En ese preciso momento, al otro lado de la ciudad, Mija atendía a un cliente de la joyería. Sintió de súbito que algo le era arrancado del pecho. Recargó ambas manos en el mostrador para sostenerse, mientras una tristeza inclemente rellenaba el agujero profundo que se había formado a un costado de su corazón. En cosa de segundos se descubrió con la camisa empapada, le costaba trabajo respirar. Llamó con un grito a uno de los viejos que reparaban piezas de oro en la parte trasera del local y le pidió que se encargara de la venta en el mostrador.

Mija se encerró en la oficina de su padre, sin dar explicaciones a nadie ni ser capaz de controlar el temblor de su mano al digitar el número telefónico de Ela. No obtuvo respuesta.

Mija marcó de nuevo. Y de nuevo.

Ela ni siquiera escuchaba el repiqueteo del timbre de su teléfono. Estaba ocupada llenando la Forma de Visitante para poder entrar al asilo en el que vivía ese señor que años atrás había sido su padre de tiempo completo.

Lo encontró sentado a solas en una de las treinta mesas del comedor comunal, mientras los demás moradores de la casa disfrutaban del día soleado en el jardín. Con la barbilla recargada en la palma de su mano, el hombre tenía la mirada extraviada en un punto entre el bebedero de agua y la entrada de la cocina.

Ela se acercó de puntillas. El piso estaba helado y había tenido que dejar sus patines en la recepción.

—Buenas tardes. ¿Cómo le va? —le dijo al hombre con una sonrisa. Éste giró la cabeza, intrigado. Luego suavizó el gesto en un puchero infantil.

—Agnes, diles por favor que pongan algo de música. Me están volviendo loco. Por eso ya nadie viene a bailar al salón.

—Ahora busco al gerente y se lo pido.

—Son unos buenos para nada. Olvídalo. Me voy a traer de la casa los discos y el aparato. Tú igual nunca estás ahí.

—¿Qué disco vas a poner?

—Andy Russell; ¿te acuerdas cuando nos colamos al teatro a verlo y papá casi nos mata? —su padre entrecerró los párpados y empezó a tararear *Lindos ojos en tu cara y mirar de tentación. Reina mía, si me miras, se me sale el corazón. Muchachita primorosa… qué alegría es tenerte para mí nomás*. En ese punto se atragantó con su propia saliva y Ela tuvo que correr a la cocina para traerle un vaso de agua. El hombre bebió un par de tragos y le devolvió el vaso a su hija—. ¿Cómo están los niños? —le preguntó.

—En la escuela.

—Tráelos un día. Pueden jugar afuera en el jardín.

Un joven enfermero de uniforme amarillo se acercó a ellos con un platón de sopa en las manos.

—Ya le traigo su comida, don. Ahora sí viene bien calientita.

El padre de Ela lo alejó con un ademán.

—Soy Sergio, don. El enfermero —insistió el joven de amarillo—. Ya le calentaron la sopa como le gusta.

—No seas majadero, cómo voy a comer enfrente de… la señorita.

—Por mí no hay problema —espetó Ela.

—No se puede trabajar y comer al mismo tiempo. Hay un momento para todo. Hasta cuando trabajaba en el laboratorio, la hora de comer era la hora de comer —el padre de Ela se giró para dirigirse al enfermero—. ¿Te conté que a mí y a otros dos nos mandaron en enero del ochenta y seis a Rusia para capacitarnos? Iban a construir aquí un reactor idéntico al de Chernobyl. Luego vino el triste accidente y se canceló el proyecto. Me quedé sin puesto. Así como me ves, de químico nuclear pasé a fabricar helados caseros. Al menos me fue bastante bien.

Ela se levantó de la silla, sacudió la cabeza.

—Lo dejo comer tranquilo, señor.

—No me lo tome a mal, linda. No quiero ser grosero —le dijo el hombre con una sonrisa infantil.

—Pierda cuidado —respondió Ela. Le extendió la mano a su padre para despedirse—. Quédese tranquilo, que todo en el negocio marcha bien —le dijo.

El hombre le estrechó la mano. Se le quedó mirando fijo sin soltarla.

—¿Ya salió ganador el tres? —preguntó.

—No papá. No ha salido en lo que va del año.

—Cómprame una serie, mijita. Es el número que viene. Ahora que me den de alta yo te lo pago.

—Está bien.

El hombre soltó la mano de Ela y le pidió al enfermero que le trajera un babero para tomar la sopa sin ensuciarse.

Ela y el enfermero caminaron juntos hasta la puerta del comedor.

—¿Cuántos años tienes, Sergio? —le preguntó ella.

—Veintitrés —respondió él.

—¿Y qué haces aquí? Renuncia. Ver a diario esto deprimiría a cualquiera.

Sergio se encogió de hombros.

Ela se calzó los patines en la banqueta de enfrente de la casa de retiro. Patinó de regreso a casa sin ocuparse siquiera de limpiarse los pensamientos que resbalaban por sus mejillas: *los hombres se dan el lujo de olvidarse de todo y vivir ensimismados, al fin que de igual manera las mujeres los seguiremos queriendo y perdonando.* Hay algo mal en eso —se repetía Ela —. Unas cuadras antes de llegar a su casa, se detuvo en el expendio de lotería pegado a la churrería y compró una serie con terminación en tres.

A la salida hundió la mano en el interior de su bolso para guardar la serie de billetes, cuando escuchó sonar el timbre de su teléfono. Sacó el aparato y éste fue a parar en automático junto a su oreja izquierda. Escuchó: Estoy a unos pocos metros de la puerta de tu casa.

Dicen los roedores que las personas nos pasamos la vida buscando la fórmula perfecta, aquella en la que cuidar de ti no hiera al otro y cuidar del otro no te hiera a ti. Que nos empeñamos en pasar de largo el dolor y la incertidumbre como si se pudiera jugar a las escondidillas con ellos, como si el abrazarlos no fuera la única manera de perderles el miedo. Eso dicen los roedores. Y yo les creo. En el transcurso de los siglos han escuchado millones de soliloquios de niños y ancianos, de mujeres y hombres necesitados de que alguna forma de vida los reconozca y dote de existencia. Pasar sus conocimientos de generación en generación —ser los guardianes de la memoria humana— les ha permitido sobrevivir como especie, volverse cuasi inextinguibles y admirar en su esplendor las contradicciones humanas.

Ela se imaginó descalza y sin ropa, deslizando a la izquierda el cerrojo de la puerta de su casa. Asomaría la cabeza, Mija la vería a la distancia y caminaría hacia ella. Ela le mostraría una hoja blanca garabateada con tinta blanca, le diría que es una carta para él. Se la leería en silencio, renglón por renglón. Cada tanto haría una pausa para cerrar los párpados, tragar saliva o respirar hondo.

Serían doce renglones y medio que declamaría con sus pupilas de color negro radiante, aunque su cuerpo todo tiritara de frío y le suplicara detenerse. Mija y ella se mirarían a los ojos faltos de aliento durante un minuto que parecería durar lo que la vida de un monje. Del ojo derecho de

ella brotaría una lágrima, hermosa y cristalina, que al tocar el suelo crecería en una vigorosa corriente incolora que a él lo arrastraría varias calles atrás hacia el interior del océano de cosas revueltas que conformaban el mundo en ese momento.

Mija bracearía inútilmente, viendo la tierra firme alejarse más y más hasta desaparecer detrás de la reja, al otro lado de la puerta cerrada de casa de Ela.

Pero entonces, cuentan los roedores, él la interrumpió: Por favor, perdóname, le dijo. Nada quiero más que recomponer el mundo contigo.

19

Ela decía que a su padre había que llevarlo con un psiquiatra. ¡Tú eres la que tiene que ir con uno de esos!, le decía yo. *A papá le estalló algo en la cabeza, mamá. Deja de taparte los ojos*, me insistía. Y a mí me ganaba la risa nerviosa, esa que siempre me delataba con mi marido cuando él me preguntaba si le puse sal a la comida y yo le mentía. Ela me lo repetía y me lo repetía para que yo hiciera algo. La de cosas que le grité a mi hija. Pero odiaba oírla hablar de eso. Mi marido no podía estar enfermo. ¿Sabes el miedo que me daba pensar en eso? Toda mi vida giraba alrededor suyo. ¿Qué iba hacer yo sin él? ¡¿Por qué los maridos siempre tienen que morirse primero?!

Te juro que yo nada más le pedía a Diosito que me trajera de regreso al hombre de antes; al explosivo que le echaba bronca a los taxistas y que me había hecho pasar tantas vergüenzas bajándose del coche para darse de golpes con alguno.

Mi cuñada decía que lo de vivir a la defensiva lo había aprendido mi marido en el barco que los trajo a este continente. En esa época la única manera costeable para ellos de salir de Europa era por mar. Se subieron a un barco de carga donde había que estar con los puños en guardia todo el tiempo. Viajaban junto con otras veintitrés familias y una pandilla de vagos que huían ve tú a saber de qué.

A mi marido no le gustaba hablar de esa época. De novios yo siempre le pedía que me contara cosas de cuando era niño. Me decía que no se acordaba de nada. Su hermana, en cambio, hablaba hasta por los codos. Y te contaba una y otra vez la historia, con tanto dramatismo que parecía un pasaje de la Biblia; olas gigantescas que mecían el barco como si un niño malvado pateara una cuna. Maletas, sillas y cuerdas que salían volando. Había que tener cuidado o cualquier día te descalabrabas. Según Agnes, mi marido tenía esa rajada en la mejilla derecha porque el muy tonto se le quedaba mirando fijo a las cosas en el aire, convencido de que tenía súper

poderes y podía desviarlas con la pura vista. Hasta que la bota de uno de los tripulantes se le estrelló en la cara y tuvieron que coserle la herida en caliente. Ahí se acabó el juego.

Mi marido no se acordaba de nada de eso. Según él, a su hermana le gustaba inventar historias y luego se las creía. Ay, las cosas que te cuento. ¿Te das cuenta? Tal vez a mi marido se le zafó un tornillo desde que viajaba en aquel barco y aun así me casé con él. Yo nada más quería una casita y una familia.

—Perdóneme, señora, que la interrumpa —le dije—. ¿Su marido también podía mover cosas como Ela?

—¿Mi marido? ¡Qué va! Usaba las dos manitas para levantar su plato de la mesa y aventarlo contra la pared. Cuando enfermó no sabes cómo estaba la casa. Él ya no quería comer nada, decía que lo estábamos envenenando.

A veces se ponía a gritar ¡Auxilio! ¡Me tienen secuestrado! La vergüenza que me daba que alguien lo escuchara desde la calle. Por más de que yo le decía: Tu hija está en la casa y nos está esperando para cenar. Él me respondía muy confiado: Es mi hija. Mi hija me entiende y me puede esperar.

Después dejó de reconocer a su hija. La saludaba de mano, muy respetuoso. Y ella nada más le seguía la corriente. Hablaban del clima o de noticias que habían sucedido hacía veinte o treinta años.

Yo le gritaba ¡Es tu hija! ¡Ela! ¡Estamos en el siglo veintiuno! Y él me miraba con rencor y se disculpaba con ella por el mal temperamento de su señora.

Después también me desconoció a mí. ¿Y quieres oír la mejor parte? Cuando ya no supo quién era yo empezó a comer todo lo que le servía. ¡El hombre tenía el apetito de un crío en edad de crecimiento! Cada semana le practicaban estudios de laboratorio y aparecía sanísimo. Con la demencia desaparecieron todas sus frustraciones. Ya ni siquiera mencionaba el tema de la lotería. Se pasaba el día con la mirada perdida en alguna parte y una sonrisa que te daban ganas de cachetearlo y gritarle ¡¿Dónde estás?! ¡Si no me vas a llevar contigo tampoco me dejes aquí sola!

Y fue Ela quien me dijo una noche: Mamá, ¿quieres mi permiso para internarlo en una casa de retiro? Te doy permiso. Nada puedes hacer para que él mejore. Sal a la calle y recupera un poco de tu vida.

¡Sola no!, le grité y me fui a llorar a la cocina, como mi madre me inculcó de niña: la mujer que llora a solas es una dama, la que lo hace en público es una actriz. Mi marido nunca me vio llorar, ni siquiera la vez que él se sentó a llorar en el comedor. ¡Se quedó a un número, a un mugroso número del premio grande de fin de año!

—¿Cuándo fue eso?

—Hará tres años. Eso fue lo que lo enfermó. ¡Todo lo que hubiéramos podido hacer con ese dinero! Él se habría retirado de trabajar estando todavía sano. Habríamos podido viajar y conocer París.

Nuestra genealogía está maldita. Mi madre siempre me lo decía y ahora yo siempre se lo digo a Ela para que no se haga ilusiones que después le duelan demasiado —la mujer se masajeó la frente y respiró profundo para aguantarse las lágrimas—. Te lo juro que yo a esa niña le quise ahorrar todo el sufrimiento. Por eso siempre le decía que actuara como si fuera una niña normal. Que si tenía que mentir, mintiera. ¡Todos mentimos! Y mírala cómo está ahora. Igual de sola que yo. Pero yo al menos tuve una vida, un matrimonio y una hija. ¿Ella qué tiene?

La madre de Ela partió con el cuchillo de plástico su dona en tres, luego en seis. A punto de llevarse un pedazo a la boca, lo devolvió al plato con cara de asco:

—¿Qué es eso negro en mi dona? —me preguntó—. No me digas que es una mosca. ¿Ves lo que te digo? De todas las donas del mundo, me toca a mí la que tiene una mosca.

—No es una mosca. Es una chispa de chocolate. ¿Quiere que le pida otra dona?

Ya únicamente quedábamos nosotras en la barra. Las cajeras del supermercado habían dejado un rastro de migajas y granos de azúcar en el piso. El tipo de los cien kilos se había marchado llevándose otras seis donas guardadas en una bolsa de estraza blanca. Al momento de pedir la cuenta, la encargada nos comunicó que el hombre de los cien kilos había pagado nuestra cuenta y la de las cajeras del supermercado.

20

Yuta me ha repetido muchas veces que todos los padres aman a sus hijos; que los adultos cometen errores pero hacen hasta lo imposible por procurarle bien a sus hijos. Creerle siempre me ha reconfortado. Sigo viviendo en esta casa enorme porque fue amueblada a imagen y semejanza de mis padres.

Pensar en mi niñez me conduce siempre a dos cosas: los roedores y la sobreprotección de mis padres. Los días que mamá trabajaba en casa, no me perdía de vista ni un segundo. A donde sea que yo fuera me seguía con un cuaderno en las manos. Haz de cuenta que no estoy aquí, me decía. De haber existido entonces los dispositivos de ahora me habría tenido monitoreada las veinticuatro horas. Al menos en mi infancia podía escabullirme debajo de algún sillón. Nunca pudo darme alcance. Yo podía escuchar sus pasos desde muy lejos.

No la perturbaban mis andadas por las habitaciones ni ver esos dibujos de mis mapas mentales que a la psicóloga de la escuela le parecían tan inquietantes; lo que la ponía verdaderamente nerviosa era que yo no viera caricaturas, sino los programas de la televisión sin volumen. Muchas veces se sentó a mi lado deseosa de entender qué era eso que tanto me cautivaba. Yo me reía con los chistes o hacía muecas cuando alguien mencionaba algo asqueroso. Pero ella cómo iba a saberlo si la televisión estaba en "modo silencio". La vez que me preguntó por qué lo hacía me guardé la respuesta. No por malvada, era una forma de juego. Mi juego.

Me retiró el habla dos días. Lo hubiera prolongado más tiempo de no ser porque papá intervino para que me levantara el castigo. En agradecimiento recité una hoja completa del *Diccionario de términos de biotecnología* a la hora de la cena. Papá aplaudió complacido. A mamá se le subió el color al rostro.

—¿Te das cuenta de lo afortunada que eres, Nadia? —dijo—. Con esa mente prodigiosa podrás vivir en cualquier parte del mundo, hacer de tu

futuro lo que te dé la gana.

—No le des ideas o se irá de la casa antes de cumplir los diez años —rebatió papá riendo, mientras se servía otra cucharada de puré de papa.

Fue iniciativa de ella concertar la visita a la escuela de alto rendimiento. Supuse que la idea de enviarme a un colegio con horarios extendidos le procuraría cierta paz; que mamá nada deseaba más en el mundo que deshacerse de mí el mayor tiempo posible. Tenía razón y no.

La mujer que nos dio el recorrido se llamaba Dalina y usaba un perfume de fragancia dulce que te ponía a girar la cabeza. Ella estaba muy atenta a mis reacciones. Decía que en aquel sitio yo me relacionaría con otros niños súper dotados; que podría aprovechar mi potencial, en lugar de retrasar mi desarrollo.

—Así ya no jugarás sola, Nadia —me decía mamá. Vas a estar con otros niños que puedan ver lo mismo que tú.

—A mí me gusta jugar sola. Y tú pasas mucho tiempo en casa.

—Pero conmigo te guardas los secretos. Yo no entiendo tu mundo.

—Yo tampoco el tuyo. ¿Y?

Papá nos abrazó a ambas y continuamos el recorrido.

Mamá asentía con la cabeza a todo lo que la señora perfumada decía. Papá, en cambio, no pronunciaba ni media palabra, cosa rara en él.

Luego de explicarnos en qué consistía el sistema de horarios extendidos, la señora perfumada nos habló de su equipo de profesores políglotas. Solté la carcajada. Me pareció una palabra graciosísima. Papá se encargó de explicarme su significado. La mujer perfumada no dejó pasar la oportunidad y me preguntó qué otras lenguas me gustaría hablar. Yo me aferré a la mano de papá, respondí que en el mundo hacían falta personas que pudieran traducir lo que murmuran los vientos, los roedores y las chicharras. La mujer forzó una sonrisa. Mamá miró a papá como reclamándole algo. Él se encogió de hombros: *Es una respuesta válida,* dijo. Quién iba imaginar en ese momento que yo, lejos de fantasear, estaba expresando en voz alta una premonición; algo que sabía, sin saber todavía que lo sabía.

Somos sistemas complejos al crecer. Ese día de la visita al instituto recorrimos casi completas las instalaciones. Los niños en los salones nos

miraban con una curiosidad corrosiva. No era engreimiento, aunque eso parecía. Era algo semejante al rencor. Papá lo percibió también. Él y mamá discutieron en el coche de regreso a casa. A ella le parecía un lugar adecuado para mí. Papá, la autoridad científica de la familia, opinaba otra cosa: decía que le había bastado con asomarse a un par de aulas para notar que los profesores estaban poco interesados en transmitir conocimientos y más enfocados en demostrarle a sus alumnos que ellos, los profesores asignados que impartían las lecciones, también gozaban de un coeficiente intelectual superior al promedio y sabían cosas que la mayoría de sus alumnos todavía ignoraban.

—A veces me confundes tanto —le dijo mamá, muy molesta.

—¿No viste? ¡La trató como si fuera un adulto! —remató él.

Mamá negó con la cabeza.

—Es casi un adulto —dijo, en uno de sus arranques de cólera—. ¡Eres tan contradictorio!

Luego vino lo inevitable: papá preguntó mi opinión. Contesté que la nueva escuela no me gustaba nada y que la actual escuela tampoco. Mamá abrió la ventana y encendió un cigarro. Papá y yo intercambiamos miradas por el espejo retrovisor.

Detestaba ir a la escuela. Era odioso vestir debajo del uniforme ese traje térmico que me cubría de los talones al cuello. No era un traje de buzo propiamente, pero a los niños del colegio les acomodaba pensar que sí. Seguido me preguntaban si vivía bajo el agua, si tenía escamas, si mi piel era azul. Yo respondía que mi piel era como la de cualquiera de ellos. Pero cómo iban a creerme si jamás mostraba ni una mínima porción de brazo. La piel es tu primer escudo contra la hostilidad del mundo y yo, por supuesto, tenía una dermatitis nerviosa de concurso, pese a que mamá se pasaba todas las noches frotándome los brazos y las piernas con una crema de almendras que olía el doble de rico cuando tostábamos pan para la cena.

Los maestros me reprendían seguido porque me daba por fijar la mirada en algún punto del techo del salón en lugar de mirar la pizarra. Lo hacía, pero sin dejar de escuchar la clase. Cada vez que un maestro me solicitaba repetir lo último que él había explicado, yo lo hacía. Los niños del salón se

reían y al profesor le cambiaba el color de la cara. Más de uno me dijo: Si te parece tan aburrido el material de la clase, salte y regresa el día del examen.

No comprendía qué los enfurecía tanto. Yo no tenía nada en contra de ellos ni de sus materias, sino la cabeza repleta de definiciones del *Diccionario de términos de biotecnología*, que tampoco me servían de mucho para responder a las preguntas que verdaderamente me interesaban en ese momento: ¿Cómo es que puedo pensar y sentir? ¿Quién diablos diseñó las flores? ¿Es que hay en el mundo cosas invisibles o es que soy yo la que me empeño en percibirlas? ¿Si la Tierra dejara de girar un instante, se detendría toda la vida?

En las fiestas de cumpleaños que se organizaban en los juegos del patio escolar, yo tenía la instrucción de quedarme sentada en un columpio o en una viga. La primera y única vez que me caí de un pasamanos, papá, mamá y yo terminamos en el hospital y fui sometida a una larga jornada de reproches y tomografías. Papá estaba obsesionado con protegerme, me hacía sentir la niña más frágil del mundo.

De los recuerdos más vívidos que conservo de la infancia está el de esa noche de sábado, que regresábamos de cenar en El Rosa Duque. La especialidad de la casa era la ensalada de jitomates, de los que crecían en las jardineras de sus ventanas, gracias a un discreto sistema de riego por goteo.

Papá conocía bien al dueño, un grandulón que siempre traía la barba hecha un lío. Almacenaba en ella los restos de comida que caían de su boca al masticar. Una noche conté una fracción de pan, una ralladura de salchicha, tres semillas de jitomate y una fina tira de mango. Él y papá habían trabajado juntos, luego el tipo dejó el laboratorio por la cocina. Cada tanto se sentaba un rato con nosotros en la mesa. Me sobornaba con servirme doble postre si le describía los sonidos que, se supone, mi oído súper sensible podía escuchar en el lugar.

Yo le transcribía intactas las conversaciones que sucedían en las otras mesas, después le hablaba del aleteo de las moscas o de algún mesero tarareando una canción en voz baja; aquello sí era invención pura, de igual manera me lo creía.

—Cuéntame el secreto, Nadia. ¿Es magia o brujería? —me preguntaba el amigo de mi padre.

—Es la dualidad onda-partícula de la materia —completaba yo, para complacer al par de señores sentados frente a mí en esa mesa.

Las palabras rimbombantes que habitaban la cabeza de papá, yo las memorizaba disciplinadamente. No había nada más bonito que la mirada de mi padre sonriéndome con los ojos. Sólo frente a su lápida me atreví a confesarle que mi habilidad para "escuchar" las conversaciones que sucedían en las mesas de los restaurantes, poco tenía que ver con su ciencia y mucho con la razón por la que me gustaba mirar los programas de televisión sin volumen: el discreto encanto de leer los labios, una más de mis aficiones elegidas para matar el aburrimiento durante mis días de infancia en casa. Suena sofisticado, pero en realidad es algo tan sencillo como el juego de ilusión óptica del tablero de ajedrez de Adelson o como los ejercicios en los que te muestran una palabra con las letras intermedias revueltas y aun así tu cerebro recompone e identifica de qué palabra se trata.

Me pone triste que nunca le compartí a mamá el secreto. Nos hubiéramos divertido juntas en los restaurantes. Pero yo era tan feliz en mi propio mundo. Todavía lo soy.

Esa noche al volver de El Rosa Duque nos topamos en la entrada de la casa con un grupo de personas que vestían chalecos abultados. Tan pronto papá detuvo el auto frente a la cochera, varios de ellos nos abordaron: pegaron sus rostros a los vidrios del coche y sacaron fotos con flash. Recuerdo a un tipo de lentes que golpeaba despacito la ventana trasera de mi lado y me pedía que bajara el vidrio. Papá metió la reversa y aceleró. De milagro no arrolló a nadie.

Nos hospedamos en un hotel de largos pasillos alfombrados. De camino al comedor nos cruzábamos siempre con hombres trajeados que se comunicaban entre ellos con pequeños micrófonos inalámbricos.

Tres semanas después nos mudamos a la casa de al lado de la familia Gelman. Sé que fueron tres semanas porque mamá llevaba la cuenta de los días. Recuerdo lo mucho que me sorprendió llegar a la casa nueva y notar que todo estaba dispuesto exactamente igual como lo habíamos dejado en la

otra casa. Papá había contratado un servicio especializado de mudanza. Tomó tres semanas porque primero guardaron los muebles en un contenedor que fue llevado al muelle, entró en una bodega y permaneció ahí casi veinte días, después salió de la misma bodega y fue a parar a nuestra nueva casa. Un arenque rojo, como le llamaba papá.

Llevábamos casi un mes de vivir en la casa cuando vino de visita el barbón de El Rosa Duque. Él y papá se salieron a hablar al jardín. Les seguí la pista a todo lo largo del ventanal. Hablaban de mí.

—Deja que conozcan a Nadia —decía—. ¡Que lo vean! He aquí una niña perfectamente sana y normal, con un material genético combinado y unos padres felices —eso dijo el encantador de jitomates, en un intento por convencer a mi padre de aceptar la oferta que le hacía un noticiero de la televisión para realizar un reportaje sobre nuestra pequeña familia.

Jamás había visto a papá zarandear de las ropas a alguien. El par de hombres se jalonearon, mamá salió corriendo a separarlos. El sujeto nunca más volvió a venir a casa. Tampoco regresamos a cenar a El Rosa Duque. Y yo, la niña sana y normal con un par de padres felices, fui transferida a una escuela nueva.

Pregunté muchas veces los detalles detrás de esa conversación. Papá siempre hallaba una manera de salirse por la tangente, decía que toda persona en el mundo tiene material genético combinado. Pero yo podía notar la severidad con la que después miraba a mi madre, como prohibiéndole en silencio revelarme cualquier otro dato.

En mi cumpleaños once la hice enojar como nunca: bajé a cenar disfrazada con sus botas azul marino y ese abrigo dorado que vivía olvidado en el closet del cuarto de visitas. En lugar de montar una parodia divertida con mi traje de extraterrestre, pasó que le prendí fuego a la casa. Mamá me cogió fuerte de la muñeca y con una brusquedad que no le conocía me sacudió con un ¡No vuelvas a tocar mi ropa! Yo no sabía que ese abrigo era lo único que conservaba de mi abuela, a quien nunca conocí. Fue la única vez que oí a papá levantarle la voz y llamarla loca.

Explotaron fuegos pirotécnicos en sus pupilas; mamá sucumbió ante uno de sus horribles brotes de ira y me regaló la revelación que habría de trastocar mi vida de manera definitiva: me enteré de que mis ojos eran de

color grisáceo porque mi padre así lo había elegido, lo mismo mi cabello castaño, mi nula propensión a la diabetes o la calvicie, un coeficiente intelectual muy por encima del promedio, un oído extra sensible y un tono pálido casi transparente en la piel. Yo no era como cualquier niña: mamá me llamó Quimera.

Después me abrazó fuerte. Me pidió perdón. Me llenó de besos, pero yo no aguantaba la picazón en los brazos y en las piernas.

Fui una de las veintitrés criaturas que nacimos del proyecto Arenque Rojo y ningún diccionario de términos me sirvió de algo para responder a las preguntas que me brotaban en ese momento: ¿Qué te hace persona? ¿De dónde diablos viene mi alma? ¿Soy la semilla de una nueva especie?

Una angustia colosal les provoqué la semana de mi "huida". A tal grado que papá, que era un hombre pragmático, materialista declarado, aficionado a las tablas de comparativos y a las estadísticas, fue también la primera persona en mi infancia a la que vi operar con métodos ilógicos: acudir a una *solución mágica*.

Era viernes, la lluvia no cesaba desde la madrugada y el frío calaba hasta los huesos. Aun así, desde el día de mi cumpleaños once yo permanecía oculta en mi escondite del jardín: el hoyo que habían dejado los trabajadores encargados de cambiar el motor de la fuente. Llevaba cinco días resistiendo con esa misma ingenuidad de los niños suicidas que se animan a saltar del balcón de su casa, convencidos de que en vez de caer al suelo volarán. Que en cosa de días se sentirán otra vez fuertes, incluso felices, y al regresar a casa les darán la bienvenida unos padres dispuestos a abrazarlos y a perdonarlos por haber saltado del balcón sin su permiso.

En aquel hoyo me había construido un pequeño refugio con los forros de plástico que mamá usaba para proteger los edredones en el clóset de blancos durante la temporada de calor. Enterrado, como un tesoro pirata, tenía un botín de galletas, latas de sardinas y chabacanos deshidratados. Era asombroso lo rápido que se me habían pasado los días. Al principio dormitaba mucho, sin perder el estado de alerta. Comencé a escuchar los sonidos del entorno de forma increíblemente nítida; podía reconocer las pisadas de una procesión de hormigas, distinguir el aleteo de un gorrión inglés del de un estornino, un zorzal o una tórtola. Oía rastros de las

conversaciones de mamá y papá en la cocina o el canto de la señora Gelman cada vez que activaba la licuadora. Luego empecé a distinguir los patrones y las otras voces.

En un principio celebré tener una imaginación portentosa, capaz de fabricar una multitud de acompañantes para el exilio. Después descubrí que aquellas voces que me hablaban de un universo en el que todo está interconectado, de la sensibilidad de las piedras, de los árboles, de los insectos, de los millones de formas de vida que habitan esta y esa otra realidad sutil, no eran una invención de mi mente, sino las expresiones de los otros seres con los que convivía en la existencia palpable. Me llevó algún tiempo procesar la información y enterarme de que todas las formas de vida en el universo tienen voz y conciencia.

Ese viernes papá regresó a casa a una hora inusual: las doce del día. Lo que cargaba consigo no era el maletín con sus instrumentos de trabajo, sino una transportadora con tres roedores dentro. Roedores modificados genéticamente para ser portadores de mutaciones controladas, igual que yo. Cada uno poseía un certificado de autenticidad, un *acta de nacimiento*.

Resguardado por ese paraguas naranja y verde que era su favorito, el hombre se fue a sentar a un lado de mi escondite, en el hoyo de la fuente. Se ahorró el saludo a sabiendas de que no sería correspondido. Fue directo al asunto que a ambos nos competía. Me preguntó qué consideraba prudente hacer con los roedores de la transportadora; aquel trío, junto con una docena de sus hermanos, había sido la pieza clave de los experimentos de mutagénesis dirigida por los cuales una instancia federal acababa de entregarle a su laboratorio un incentivo económico para continuar con las investigaciones.

Era una transportadora de color gris y magullada que me remitía de inmediato a la clase de Historia en la escuela; a las imágenes de aquellos vagones de carga abollados, que en su momento habían transportado a cientos de personas rumbo al exilio o a la cámara de gas en algún campo de concentración. Tres inocentes roedores a los que papá estaba dispuesto a otorgarles el indulto ese día, con la esperanza de oír mi voz de nuevo y verme dormir nuevamente en mi recámara.

—No puedo devolverlos a su lugar de origen porque ya están contaminados. Dime, Nadia, ¿crees que el mundo se desequilibrará si los alojas en tu cuarto, o te parece que deberíamos sacrificarlos?

—¿Matarlos? No —fueron las primeras palabras que pronuncié luego de cinco días de silencio.

A papá se le escurrieron las lágrimas, me arrastró fuera del hoyo y me abrazó muy fuerte, al tiempo que en mi cabeza se disparaban simultáneamente cientos de palabras que apuntaban a interpretar la epifanía que me era comunicada en ese momento. Todas mis nociones de cultura televisiva, de matemática y de religión se condensaron en una sola teoría reveladora, que mi pequeña profeta interior expresó de esta manera: Yo, al igual que esos tres roedores, era un producto desesperado del instinto de supervivencia humano; así como el universo había creado una raza consciente para poder dialogar consigo mismo, los humanos necesitaban de las quimeras como yo para poder hablar consigo mismos.

Más tarde, en mi habitación, papá daba de comer a los roedores, mientras mamá me curaba ese par de rajadas grotescas que me decoraban las piernas. Yo escuchaba su respiración, la mía, y ese sonido sordo que producía tallar un algodón bañado en antiséptico sobre mi pantorrilla. Lo oía con la misma claridad con la que podía escuchar al mayor de los tres roedores explicarle a las otras dos quimeras: Se llama Nadia y también comprende todos los idiomas.

21

¡Cuántos padres soñarían con tener nuestra suerte!, me repitieron en casa hasta el cansancio, acompañado en ocasiones de un Te quiero y otras de un abrazo. De igual manera muchas veces pegué la frente a la ventana de mi recámara y fantaseé con ser la hija de los señores Gelman. Eso me pesó toneladas después, cuando, a catorce días de haber cumplido los dieciséis años, estalló la pipa de gas que circulaba delante del coche de mis padres en la avenida. Murieron calcinados junto con los pasajeros de otros seis autos.

Que no fue mi culpa, que —aun existiendo la coevolución— la muerte de mis padres no fue mi culpa, me reiteró P. Kolteniuk, el médico de cabecera de la familia Gelman. Yuta lo llamó con urgencia un 3 de febrero, dieciocho días después del fallecimiento de mis padres, día de invierno que yo desperté con una certeza inusual en la cabeza: *Primero atravesar una jungla, después transformarme en granizo. Consumar la hazaña llevando puesto únicamente mi nombre.* Faltaban escasos minutos para dar las siete de la mañana. Algo estaba mal. No se oía el murmullo de los roedores, pero sí el ruido de los motores de los coches que transitaban la avenida. ¿Cuál avenida, si yo vivo en una calle cerrada? Abrí los ojos de nuevo; los roedores cuchicheaban a coro con la bomba de agua de la casa de los Gelman. Me senté en la orilla de la cama sin poder sacarme de la cabeza la idea soñada. ¿Cómo era eso? ¿Cómo se podía vestir únicamente un nombre?

Dejé la cama de un salto, me puse las pantuflas y bajé corriendo las escaleras. Salí por la puerta principal de la casa. Caminé hasta el parque cercano, que era lo más parecido a una jungla.

Las lagartijas, los insectos, los árboles, las ratas y los pájaros habituales estaban ahí. Pero las personas alrededor me miraban sobresaltadas, sin dejar que se me acercaran sus perros. El frío transformaba en escarcha los fluidos que me brotaban del cuerpo. Entendí. Regresé satisfecha a casa, vestida

únicamente con mi nombre. La señora Gelman, Yuta, me aguardaba en la puerta, me miró de pies a cabeza con los ojos cuadrados.

—¡Te va dar una pulmonía! —me gritó.

Entramos a su casa, me introdujo por la fuerza en la regadera y dejó correr agua tibia que quemaba como si fuera agua-fuego. Me cubrió con una cobija de borrego y me reprochó que pasara la mayor parte de mis días sola en casa.

—Yo la paso muy bien —dije.

—¡Dime a quién llamar! —me gritó desesperada— ¡No me importa si es en Rusia!

Ella sabía que yo no mentía al decirle que jamás supe de abuelos, tíos ni parientes lejanos. Tan sólo dos días atrás, en una de mis habituales visitas a la biblioteca universitaria, me había entretenido leyendo sobre el ratopín rasurado, un roedor sin pelo que vive bajo la tierra en las sabanas de África, mismo que se había convertido en la última obsesión de mi padre. Un mamífero rarísimo que se organiza en colonias y sirve a una reina, como hacen las hormigas. Vive diez veces más que los roedores comunes, nunca bebe agua y es el único mamífero inmune al cáncer que se conoce. El secreto radica en el ácido hialurónico que produce; una sustancia prodigiosa que controla el crecimiento de los órganos y le confiere al animal una elasticidad envidiable. De modo que a más de un investigador de renombre, como a mi padre en su momento, le ha dado por afirmar que esta salchicha con dientes será la clave para que en un futuro los humanos vivamos más de cien años, y sin cáncer.

Fue leyendo aquel reporte redactado por mi padre que di con otro documento en el que se explicaba detalladamente el funcionamiento del Protocolo 14, una implementación de seguridad que hacían efectiva ciertos laboratorios dedicados a desarrollar experimentos controversiales. Acorde a este protocolo, los investigadores operaban con seudónimo. Recuerdo que en ese momento sentí que se me volcaba el estómago. Comencé a sudar frío y me temblaron las manos. Me pregunté si acaso conocía yo los verdaderos nombres de mis padres. Regresé a casa a inspeccionar hasta el último de los rincones. Todavía me descubro cada tanto fantaseando con hallar un ladrillo

suelto en la pared, extraerlo y encontrar detrás una caja de seguridad escondida que contenga las actas de nacimiento originales de mis padres.

—¿Cómo vas a vivir sola en una casa tan grande? ¿Quién te pagará la escuela y la comida? —me preguntó Yuta ese 3 de febrero, luego de obligarme a vestir uno de sus camisones largos al salir de la regadera.

—Tengo dieciséis años, Yuta —le respondí soberbia—. Tú sabes que lo memorizo casi todo. Vi tantas veces a papá realizar movimientos bancarios en la computadora, que los fondos ya los trasladé a tres cuentas de banco distintas. Tengo suficiente capital para vivir holgadamente hasta los ciento ochenta y seis años. No pienso regresar nunca más a la escuela. No la necesito.

—¿Cómo que no la necesitas?

—No tiene nada bueno para mí.

—¿¡Qué harás entonces!?

Me encogí de hombros.

—Tú solita contra el mundo.

—Qué otra.

Yuta me abrazó fuerte.

—Estás más dura que una sartén —dijo—. ¿Qué nunca lloras, niña?

Esa ecuación de palabras consiguió el milagro. Por fin supe en carne propia lo que era albergar en los adentros una fosa de agua subterránea, sufrir una fisura en la capa tectónica y romper en un borbotón de llanto hirviente.

22

Estás más dura que una sartén, Yuta. ¿Qué nunca llorarás, mujer? Si no lloras te vas a morir, y yo te necesito, le dije abrazándola fuerte, mientras se agolpaban en mi mente un centenar de relatos que me habían contado los roedores; que si Mija pidió una guitarra con pedal de efectos en su cumpleaños nueve, unos libros de cocina asiática al cumplir los diez, dos rompecabezas traídos de Checoslovaquia a los once, un laboratorio miniatura de química (con el que le prendió fuego a la cortina de su recámara) a los doce.

Le solaparon casi todas sus ocurrencias de infancia; le compraron una computadora edición especial con el cascarón del monitor en color naranja, incluso un buscador de metales, luego de que una noche soñara con una valija retacada de centenarios que yacía enterrada en el jardín de su casa.

Pero el precio a pagar por esos privilegios fue igual de alto. Mija estaba obligado a hacer con todo aquello algo grande, notorio, importante. Los niños no debieran dejar a diario cientos de cabellos en sus peines, ¿o sí?

A las palabras se les debe tratar con respeto y cuidado. Sub-microscópicas y con apariencia inerte, son como agentes infecciosos que se multiplican en las células vivas de otros organismos. Hay palabras que nutren a su huésped y otras que mastican sus recursos metabólicos hasta destruirlo. Ningún peligro se compara con minimizar el peligro; con bajar la guardia y subestimar el envío de palabras de parte de un ser querido: recibir los vocablos sin usar ningún tipo de filtro, con un exceso de confianza letal.

Toda palabra, sin excepción, produce transformaciones en su huésped. Casi ninguna reversible. Cuando el sistema inmunitario sucumbe ante el desconcierto y no desencadena a tiempo una respuesta defensiva para neutralizar la acción patógena, las palabras en cuestión invaden otras células, se apropian del territorio y la infección se manifiesta.

El sábado 26 de septiembre de este año, el silencio húmedo puso a temblar a todos y cada uno de los moradores de la cocina de la familia

Gelman. El reloj fue el primero en reventar frente a la presión y expulsó una campanada ruidosa al cumplirse las 11 de la mañana. El horno tostador titilaba sin ritmo, dado que nadie había retirado de su interior el trío de panes que descansaban sobre su hornilla, calcinados. Aquella mano familiar, de tacto brusco, que pertenecía a la mujer de los camisones largos, no se había ocupado de dar vuelta a la perilla del temporizador; solamente vertía más azúcar en una taza de café tibio y revolvía la mezcla. Eran las 9:08 de la mañana y Mija seguía sin bajar a desayunar.

Yuta repasaba en su cabeza la discusión que había mantenido con su hijo la madrugada de ese día. Si pudiera borrar unas cuantas palabras, se decía a sí misma en su cabeza. Le prepararé un leicaj, resolvió. Era el pastel favorito de Mija desde que tenía cinco años. Si fuera necesario, insistió ella, juraré por mi vida, la de su padre y la de su tío, con tal de convencerlo de que cuanto le dije es mentira.

Los roedores fueron testigos de cómo Yuta se había pasado buena parte de la noche en vela, esperando la llegada de su hijo. Los Gelman nunca habían restringido las salidas nocturnas de Mija; éste cumplía religiosamente con su parte del acuerdo: llamar por teléfono para avisarles que llegaría tarde. Pero esa noche el teléfono de casa no había emitido ruido alguno. En cierto momento el señor Gelman sugirió llamar a los hospitales y las jefaturas de policía. Yuta lo mandó a la cama en compañía de un vaso de agua y su somnífero favorito.

Llevaba el cabello enredado en un chongo y caminaba por la cocina como un insecto atrapado bajo un vaso. En un punto se oyó a sí misma llamando entre susurros a su madre. Cuánto deseaba que estuviera viva para incitarla a tararear alguna polka polaca picándole las costillas; hacerla olvidar por un instante, como tantas otras veces había sucedido en su adolescencia, la sensación horrenda de albergar en el vientre un enjambre de abejas furiosas. La angustia de esa noche en vela era casi idéntica a la que había padecido aquella tarde invernal de domingo, cuando su padre no volvía a casa luego de haber salido a carretera y el sermón que Jacques había predicado frente a todos en el corazón de ese hogar meses atrás flotaba en el ambiente con la intermitencia ruidosa de los letreros que anuncian un desvío en el camino. La esperanza de ser estrechada esa noche

por los brazos corpulentos de quien era su mayor benefactor en el mundo se enfriaba lentamente junto con la merienda, mientras ella y su madre canturreaban desafinadas.

No, se dijo. Yo no voy a perder a otro Mijael. Esta vez soy la madre, no la hija. Él está bien. Nada malo le ha sucedido.

Se bebió completa una jarra de café azucarado, para que le confiriera la complexión de una intimidante vaca celestial a la hora de encarar a su hijo y darle una buena reprimenda. Lo que le produjo el brebaje se parecía más al desasosiego y la taquicardia que al estado de iluminación.

Cortó en cuadritos una cebolla y seis jitomates. Sacó la vajilla sucia de la lavadora de trastes y enjabonó a mano los platos y las tazas. La azucarera de porcelana se le resbaló de los dedos y fue a parar a la basura. Yuta golpeó furiosa la barra de cortar hasta que la mano se le puso purpúrea.

Entre la una y las dos de la mañana, maldijo en voz alta que su padre hubiera conocido al señor Jacques y que su madre no hubiera hecho lo suficiente por sacar fuera de la casa todas las botellas de ginebra. Se prometió a sí misma que ella, Yuta Gelman, defendería con dientes y uñas esa porción de justicia divina que le había sido conferida, veintinueve años atrás, en compensación por la pérdida temprana de la confianza en el amor incondicional. Tomaría las acciones necesarias sin tentarse el corazón. Era su derecho; merecía que su hijo la necesitara siempre.

—¿Irte a vivir a otra parte? ¿A dónde? Ni tú ni tu padre sobrevivirían más de dos días solos. ¿Qué harás para mantenerte? Cuéntame, hijo. Anda.

—Hablamos al rato, mamá. Son las cuatro de la mañana.

—Yo no tengo sueño. Dime, me muero de ganas de saber qué harás.

—Lo mismo que hago ahora: trabajar en la joyería.

—No, hijito. Si te vas de la casa te despides de tus privilegios. Que te empleen en otra joyería por el salario mínimo.

—Quédate con tu joyería.

—¿Ah, sí?

—No necesito que ustedes me mantengan. Puedo vivir de las consultas.

—¡No me digas! ¿Y de dónde saldrán tus clientes? Con que yo les diga a mis amistades que tú ya dejaste de dar consultas, se acabaron las llamadas.

—¿Y por qué harías eso?

—¡Tú me lo estás pidiendo! ¿No dices que quieres arreglártelas por ti mismo?

—¡Eres mi madre, carajo! ¿Por qué quieres perjudicarme?

—¡Cuida esa boquita y no me alces la voz!

—Yo ya tengo una clientela cautiva, ellos pueden recomendarme.

—¿Quién va recomendarte? ¿Quién va andar presumiendo que su pequeño gurú es un niño mimado de veintinueve años? ¿Qué respuestas le puedes dar tú a un hombre que podría ser tu abuelo, que ha vivido tres veces más años que tú y que ha dado treinta veces más vueltas al mundo que tú? No, hijo, ya estás grandecito para darte cuenta de que las personas nos contamos historias. Tú sirves para lo mismo que esos colguijes de niño santo que se venden por montón en la joyería: eres pura superstición.

—¡No es cierto!

—Te hablan a ti como le hablarían a una estampita. Con la diferencia de que tú sí les respondes y los miras.

—¡Tú has sido la primera en decirme que tengo un don!

—¡Eres mi hijo! ¡Qué esperabas que te dijera! Tu papá y yo te vamos a amar siempre por quien realmente eres, no por quien le digamos al mundo que eres. Pero esa muchachita que te trae convertido en un idiota descubrirá la verdad y, a menos que le prometas el oro y el moro, te romperá el corazón en mil pedacitos. Claro, si mami y papi seguimos vivos, iremos con la escoba y el recogedor a levantarte. Pero no estaremos aquí toda la vida. En algún momento te las tendrás que arreglar por ti solo y más vale que antes hayas hecho fortuna o madures.

Mija, con la respiración ahogada en lágrimas y saliva, apenas podía hablar.

—Me iré a casa de tío Avner. Un día tendré mi propia congregación, como él dice. Y a ver qué opinas entonces.

—Tu héroe, tío Avner, es un mariguano. Desde los dieciocho años fuma yerba todas las noches. ¿No te ha dicho? Llámale ahora mismo y pregúntale. Quiero escuchar qué te contesta.

Yuta no esperó más y sin importarle que fueran las cuatro con quince de la mañana le llamó a su hermano; con el teléfono puesto en altavoz lo

confrontó en presencia de Mija. Tío Avner aceptó los cargos sin oponer resistencia.

Los roedores únicamente habían visto a Mija llorar de ese modo a la edad de seis años, cuando un martes 11, veintitrés años atrás, volvió del campamento escolar y corrió a la cocina a saludar a su loro; no encontró al perico en la jaula, pues ni siquiera había jaula. El señor Gelman se culpó de inmediato; dijo que el día anterior había dejado la jaula abierta y en un descuido el pájaro se había escapado. Le aseguró a su hijo que ahora el perico era libre y se encontraría en algún árbol con más loros. Mija no terminaba de creerle; había sido el propio señor Gelman quien le había explicado en aquella boda, en la que los pericos enjaulados eran los adornos de centro de las mesas, que a ese loro que acababa de ganarse en la rifa le habían cortado las alas para que pudiera vivir tranquilo en cautiverio y no sufriera por estar en una jaula. La señora Gelman, quien detestaba las mentiras, interrumpió a su marido para decirle a su hijo la verdad: que el día anterior le habían dado al perico una rodaja de sandía, sin saber que ésta lo indigestaría. *Lo enterramos ayer mismo en el jardín. ¿Quieres que te muestre dónde? Puedes escribirle una carta y enterrarla a un lado para que lo acompañe.*

—Te has pasado toda la vida diciéndome que soy especial; que haré cosas importantes. Que un vidente inglés te lo dijo.

—Ahí lo tienes; esa fue la historia que me conté para darle un poco de realce a mi vida. ¡Qué vidente ni qué ocho cuartos! Creí que te había hecho un bien, pero mírate: un hombre de casi treinta años y te pones a llorar como un niño porque mami te dijo una verdad.

El señor Gelman irrumpió sonámbulo en la cocina: ¿Dónde puse el martillo, Yuta?, preguntó. ¡Cómo voy a saberlo!, le respondió ella en un arranque de furia. ¡Mija y tú me van a matar un día! ¡Y luego van a llorar todo un año mi partida! Ya lo encontré, gracias, dijo entre sueños el señor Gelman, luego de cerrar un cajón. Salió de la cocina con la espátula de madera en la mano.

Yuta enumeró los segundos hasta que el reloj marcó las doce de la mañana con cuarenta y tres minutos. El leicaj yacía caliente en el plato. Lo tocó con la yema de los dedos y respiró hondo, resuelta a subir al cuarto de

Mija. Las piernas no le respondieron al momento. Sentía el pecho congestionado con un miedo inclemente a lo desconocido.

Con la rebanada de pastel humeante haciendo las veces de escudo anti-misiles entró a la recámara de Mija. Lo halló postrado en la cama, las sábanas estaban mojadas y olía a excremento.

—Mamá, no me puedo mover —le dijo Mija, entre sollozos.

Yuta dejó caer el plato y corrió a la cama.

Necesito saber cómo hizo, Nadia. Necesito ver en mi cabeza la película: cómo mi hijo, con el cuerpo atrofiado, se pudo levantar de la cama, llegar hasta la ventana y saltar. Necesito una explicación creíble o me va a pasar como a mi madre: empezaré a hablar sola buena parte del día, olvidar dónde puse el control remoto de la televisión o ese par de calcetines recién salidos de la secadora que hace tan sólo un minuto doblé. Luego confundiré los días; el martes con el jueves y el domingo con el viernes. Cada tanto preguntaré la hora. Un día me encontrarán sentada en una banca de la calle, tratando desesperada de detener a alguien del brazo para que me diga qué día es, el mes y el año.

Yuta soltó un sollozo y me habló al oído.

—Por favor, Nadia. Te daré la dirección de Jacques. Tienes que ir a buscarlo y hablar con él. A mí no me da el cuerpo.

23

De acuerdo con las indicaciones garabateadas en el mapa por el concierge del hotel, la dirección que yo buscaba la encontraría en la periferia del Barrio Bohemio, aquel que agrupaba el mayor número de edificios de los años cuarenta restaurados caprichosamente, cuyos departamentos se cotizaban en una pequeña gran fortuna. Por lo que Yuta me había contado, si alguien podía pagar una propiedad con esas características era el señor Jacques. De cada operación financiera que asesoraba se llevaba un porcentaje. Y estas operaciones, en su mayoría, involucraban sumas de más de seis cifras.

Mapa en mano recorrí aquel triángulo marcado con plumón azul por el concierge. Si te gusta husmear hacia el interior de las casas —me había dicho a eso de las diez de la mañana con aliento a refresco de cola y ron—, llévate unos buenos binoculares. Nada más no te quedes por ahí demasiado tiempo, o te sentirás ordinaria e insignificante.

Me aseguró que el barrio estaba habitado por exhibicionistas de primera línea, gustosos de que los mirones se detuvieran a analizar cómo es que habían dispuesto los muebles y adornos en las habitaciones. Decía que algunos de los moradores incluso colocaban los cuadros de tal manera que fuera más fácil apreciar las obras desde afuera del departamento que desde adentro. Y esa misma norma aplicaba también para una porción considerable del mobiliario vintage, los retratos enmarcados, los adornos del librero, los libros arrumbados estratégicamente sobre las mesas de centro y el vaso de whisky "olvidado" junto a la lámpara de lectura.

Según el concierge, muchos de los inquilinos de esos departamentos se pasaban buena parte del día ocultos detrás de alguna cortina o mueble, mirando los gestos en las caras de los mirones que se detenían frente a sus casas.

—Dios inventó la excentricidad humana para divertirse en los días de tedio. Sólo él sabe cuántas veces le he preguntado por qué carajos les da

pañuelos a los que no tienen narices —añadió el concierge, con medio cuerpo oculto detrás del escritorio de caoba y la mano izquierda manchada de tinta azul—. Algo de excentricidad siempre se agradece. Pero combinar lujo y mal gusto debería castigarse con cárcel —tras ese veredicto sacó la anforita negra que guardaba en el cajón del escritorio y sirvió un trago en su taza.

Tomé el subterráneo y, luego de seis estaciones, un trasbordo y otras dos paradas, llegué a la estación Gibraltar, la indicada con una equis en el mapa. Mientras subía las escaleras de salida procuré desprenderme de cualquier expectativa, convencida de que el concierge había exagerado con sus descripciones. Me adentré en el barrio con el ánimo de quien atraviesa un pasaje comercial sin intención de comprar algo, pero luego de cuadra y media me vi transformada en una consumidora compulsiva. Las descripciones del concierge habían resultado discretas junto al espectáculo que ofrecían las geometrías caprichosas del Barrio Bohemio; en una misma cuadra convivían referencias a viajes espaciales, el circo y la selva tropical. Me tomó una cantidad significativa de electricidad cerebral encontrar cierta lógica en aquellas pautas extravagantes.

Me detuve frente a una veintena de edificios para mirar hacia el interior de los departamentos. Lo que más deseaba, claro, era captar infraganti al morador del inmueble en su espera ansiosa por ver la reacción en mi cara. Descubrí a un sujeto sentado en una silla rústica detrás de una columna circular y a una mujer asomada por la ventila del cuarto de baño. Otros, los más sofisticados, quizá me hayan visto desde la comodidad de sus camas, en una pantalla de computadora, conectados al sistema de monitoreo del inmueble.

Todavía me faltaba avanzar unos cien dígitos para dar con el número del edificio del señor Jacques cuando se acabó de súbito el esplendor del vecindario, como si fuera un dibujo infantil abandonado sobre la mesa de un restaurante barato de hamburguesas. Las edificaciones de la otra mitad del barrio lucían desprovistas de cualquier vestigio de majestuosidad o gloria pasada. Fachadas deterioradas por la humedad y paredes con la pintura descarapelada desfilaban una tras otra. Los árboles servían de aparador para exhibir la basura de los vecinos. De las ventilas de los

departamentos emanaba un olor a comida frita, gratín o café quemado y por las rendijas de las coladeras escapaban los perfumes exóticos del drenaje.

Desapareció la numeración a partir del número trescientos sesenta. Eso me puso en un verdadero aprieto: yo buscaba el cuatrocientos veintitrés. Luego de que tres personas distintas apuntaran en tres direcciones diferentes a la hora de indicarme por dónde seguir, busqué la coladera más cercana y en un acto desesperado me senté en la banqueta, a un costado de la pequeña rendija. Llamé con insistencia a algún roedor. Por fin asomó el hocico una linda rata parda de poco más de un kilo. Le describí al señor Jacques, según me lo había dibujado Yuta. La parda lo asoció de inmediato con un dos patas que regurgitaba humo y que hablaba sin parar cuando creía que solamente los roedores lo escuchaban. Dijo tener la certeza de que el humano que yo buscaba vivía en aquel edificio naranja que encontraría más adelante, a cuadra y media.

Una vez frente al edificio señalado, confirmé que se trataba del número cuatrocientos veintitrés. El ruido que emanaba de la televisión del bar de mala muerte que ocupaba la planta baja me aturdió de inmediato. Sólo entonces me reproché mi negligencia: *Debiste haber revisado en casa el mapa satelital y confirmar que la dirección anotada por Yuta era la correcta*. Claro que, si hubiera revisado el mapa, habría aniquilado cualquier posibilidad de sorpresa y el trayecto hubiera resultado aburridamente predecible. Pero nada de eso lo entendía en ese momento la voz controladora que alojo en el cuarto pequeño del hemisferio; la que únicamente razona y que ese día se quejaba amargamente de la inutilidad de haber soportado los ronquidos de un perfecto desconocido a treinta mil pies de altura, durante casi seis horas de vuelo, y haber caminado una docena de cuadras del Barrio Bohemio con tan solo un puñado de nueces pecanas y dos kiwis en el estómago.

Las sienes me zumbaban. Sentí náuseas y ganas de llorar, pero me las tragué completas luego de advertir que un par de sujetos de dientes podridos me miraban risueños desde el interior del bar de la planta baja.

Me di vuelta dispuesta a atravesar la calle, dirigirme a la tienda de conveniencia que había dos cuadras más abajo y comprar ahí una pistola de frituras grasientas que me volara la frustración de la cabeza. Entonces vi

caminar hacia mí a un hombre maduro, pelirrojo y espigado, con la cara roja, los cabellos despeinados, una mano en el bolsillo y un suéter tejido de color gris rata. Llevaba en la boca un cigarrillo aplastado que desintegraba a caladas cortas. Parecía la versión anarquista y a todo color de un viejo ídolo de la televisión. El sujeto se detuvo en la puerta de reja del edificio naranja, que ni siquiera contaba con chapa, sino con una cadena y un candado grueso.

—¿Señor Jacques?

El sujeto saltó al oír su nombre. Volteó a verme con sus ojos pequeñitos y pupilas color lodo. Su mirada desconfiada me hizo mostrarle de inmediato mi pasaporte, el cual agarró con sus manos de dedos flacos y uñas trituradas por esa mordida de dientes filosos que dejaba asomar mientras leía mis apellidos.

—Tendré que investigarte —dijo, sin concederme el privilegio de mirarme a la cara.

—No hallará mucho más de lo que puede leer en mi pasaporte —le dije.

Sonrió arrogante, me devolvió con desdén el pasaporte y me dio la espalda como si yo hubiera desaparecido del paisaje.

—¿Sabe lo que es el Protocolo Catorce?

Capturé su atención, por supuesto. Me miró de reojo, estudiándome de pies a cabeza. Empujó la reja y, sin mucho ánimo de socializar, me invitó a pasar.

Rumbo a las escalinatas angostas de más al fondo, cruzamos aquel patio común que compartían los vecinos. Me habría tomado tres o cuatro minutos componer una gráfica de preferencias de consumo a partir de los tendederos de ropa. Por las ventanas de las cocinas escapaban fragmentos de discusiones y variaciones de ritmos latinos. Mientras subíamos las escaleras hasta el último piso, mantuve los brazos pegados al cuerpo para evitar cualquier roce con esos mosaicos pegajosos que, de tocarlos, me habrían provocado una urticaria instantánea.

El señor Jacques se detuvo frente al departamento número nueve. Abrió la cerradura de alta seguridad y empujó la pesada puerta de madera. Con una inclinación de cabeza me invitó a pasar. Lo primero que captaron mis ojos fue el hall amueblado por una única silla de metal, cuyo acojinado de

vestidura de plástico naranja servía de asiento para la correspondencia. A la izquierda estaba la sala-comedor, con una mesa rústica de madera, un frasco de café soluble encima y cuatro sillas. Más atrás dos estantes con libros, una mecedora y una mesa de luz en la que descansaba una computadora portátil. Olía a jabón con esencia de pino; el piso de mosaicos verdes presumía estar más limpio que el de un quirófano.

El señor Jacques llenó una taza con agua de la llave y la metió a calentar en el horno de microondas minuto y medio, tiempo que aprovechó para ir directo a su computadora portátil y teclear algo. No le agradó el resultado. Tecleó de nueva cuenta y lo que se desplegó en la pantalla lo hizo voltear a verme, realmente intrigado. De camino a la mesa, paró en la cocina para recoger su taza de agua caliente y se preparó en mi cara un café soluble sin azúcar. Encendió un cigarrillo. Se sentó en la silla a mi derecha. Fijé la mirada en su taza. Se dio cuenta, pero eso no lo detuvo de dar un trago al café.

Noté que los marcos de las ventanas estaban decorados con pequeñas figurillas de plástico, en su mayoría dinosaurios de los que obsequian en las cajas de cereal para niños. El señor Jacques se me quedó mirando con cara de *Me está doliendo el cuello, ¿es que no piensas sentarte nunca?* Yo volví a fijar la mirada en su taza de café soluble. Se paró de la mesa y fue directo al refrigerador. Sacó de sus entrañas una botella de un litro de agua mineral, que dejó sobre la mesa junto con una copa de vidrio tan limpia que parecía recién salida de la caja.

—El agua de la llave no te la recomiendo —me dijo—. Sabe a cloro. Yo ya me acostumbré.

A donde sea que vayas, te llevarás contigo. La frase favorita de Yuta a la hora de aleccionarme en la adolescencia empezaba a duplicar su significado en aquel sitio. El señor Jacques había recorrido la mitad del mundo, se había hospedado en hoteles exclusivos a cuenta de sus clientes. Había degustado las especialidades caprichosas de los mejores restaurantes del planeta según las guías de viaje. Su closet albergaba trajes de marca, camisas de materiales finísimos y zapatos que valían lo mismo que el mes de renta de una habitación en la zona remodelada del Barrio Bohemio. Pero él, a sus sesenta y dos años, que parecían bastante menos, seguía siendo

aquel chico de clase obrera que durmió sus años de infancia en un catre cerca de la estufa de la cocina y se pasó la adolescencia ensoñando el día en el que ni su madre ni sus tías tuvieran que volver a caminar cuesta arriba rumbo al vecindario de las casas ricas para realizar las labores de aseo, ni su padre ni sus tíos tuvieran que envenenarse el corazón ensamblando cochecitos de juguete para adultos con los que ellos nunca jugarían.

Confesé que moría de hambre y fuimos a comer a la fonda rusa que había a tres cuadras. Jacques le llamó a *eso* un fenómeno inexplicable: dijo que no había visitado ciudad en el mundo en la que no hubiera topado con una familia rusa auto exiliada, propietaria de una pequeña fonda en las inmediaciones de un barrio popular. El nombre del lugar no tenía mayor encanto: Empanadas rusas. Contaba con seis mesas blancas de plástico, típicas de jardín, y sus respectivas cuatro sillas.

Lo único que servían era borsch, una sopa de origen ucraniano hecha de betabel, papa, tomates, col y carne. Y, por supuesto, empanadas. En la mesa de la orilla una mujer de unos treinta y tantos años, vistiendo un sarafán que la hacía lucir como una muñeca matrioska de tamaño real, le enseñaba vocabulario ruso a tres niños locales, cuyas edades rondaban entre los siete y los once años.

El señor Jacques devoró su platón de sopa con media hogaza. Sus modales eran impecables y no salpicó fuera del plato ni una sola mota de color fucsia. Tampoco apartó su mirada de mi rostro, ni siquiera al masticar tres de las seis empanadas rellenas de pescado que había ordenado. Parecía uno de esos ratoncillos domésticos que almacenan comida en los cachetes. Le quedaban por engullir otras tres empanadas redondas cuando yo apenas estaba por terminarme mi sopa.

—¿Quién lo corretea? —le pregunté.

El hombre se frenó en seco, parpadeaba sin pausa como si en su cabeza intentara decodificar con cálculos matemáticos los mensajes secretos del bando enemigo. Dejó caer sobre el plato la empanada redonda y se limpió meticulosamente los dedos con la servilleta. Fue cuando la oí llegar; era la misma rata parda con la que había hablado en la rejilla de la banqueta, venía acompañada de dos ratas albinas. Asomó el hocico por el hoyo que se había formado en la madera picada del piso, debajo de la mesa vacía que

teníamos al lado. Jacques siguió la trayectoria de mi mirada, descubrió al roedor. De inmediato arrancó un cacho de la hogaza que le quedaba y lo lanzó al orificio en la madera.

—Cada vez que hablo a solas con alguna de esas —dijo, refiriéndose a las ratas— se me queda mirando como si me dijera que le parezco de la familia.

Luego chasqueó la lengua como para presumirme que podía *comunicarse* con ellas.

—Usted podría ser un hámster ruso —asentí.

Soltó una carcajada.

—¡Vaya! Por fin me topo con alguien que también ha visto cómo esos bichos almacenan comida en los cachetes —dijo. Luego se aclaró la garganta, parecía que le hubiera entrado arena en los ojos, no paraba de pestañear.

—¿Tiene alergia a algo?

—Es tu culpa, esto.

—¿Qué?

—Me es complicadísimo leerte —dijo.

La matrioska encargada de la fonda empezó a gritar maldiciones al aire; perseguía con una escoba a la rata parda. Se me descompuso la quijada en un rictus de angustia. Jacques se dio cuenta.

—Acabarán con ella en tres escobazos.

—¡Exacto! —dije, afligida.

Jacques se tiró hacia atrás cuan largo era y detuvo del brazo a la mujer rusa: le dijo con su elegancia de noble que en su pueblo los roedores eran de buena suerte; que la rata parda le traería prosperidad a su negocio. Fue sumamente convincente. La mujer le obsequió una sonrisa y él aprovechó para pedirle de postre una rebanada de tarta de chabacano y un plato de frutos rojos para mí.

Cuando le dije que prefería la tarta en lugar de los frutos rojos, dejó caer la quijada.

—¿Ni siquiera eso pude adivinar? ¿En qué idioma viene tu manual de instrucciones? Llevamos juntos casi una hora y no he acertado una sola cosa.

De camino a su casa, Jacques compró un par de litros de agua embotellada y una caja de té de hierbas para mí. Abrió la reja de la entrada y me invitó a pasar con una braceada protocolar. Estaba genuinamente intrigado. Y yo, enteramente agradecida de que hubiera salvado a la rata parda.

24

De todas las personas en el mundo, ¿confiarle mi secreto al señor Jacques? Sí. Regresar a casa de Yuta con las manos vacías estaba fuera de contemplación. No me marcharía de aquel edificio naranja hasta averiguar qué le dijo el inglés a Mija la vez que lo visitó.

Jacques sustituyó el café soluble por una ginebra. A mí me preparó un té de hierbas doble. Le hablé de todo: del proyecto Arenque Rojo, de la explosión que se tragó la vida de mis padres, de mi comunicación con los roedores y todas las otras formas de vida. El hombre me miraba con una fascinación morbosa que nos intranquilizaba a ambos.

—En verdad no consigo entrever nada —me decía. Y lo decía con tal desconcierto que por un momento temí no tener alma. Se dio cuenta—. Tú disculparás; creí que ya nada me desconcertaría a los sesenta y dos años. Y mírame ahora: me siento como un perfecto adolescente.

Los vecinos del departamento de abajo encendieron el estéreo y una cumbia ruidosa entró sin invitación al departamento. Jacques se levantó a cerrar las ventanas. Solamente las presencias etéreas notaron la torpeza con la que estiré la mano y tiré la caja de té de hierbas al suelo, después el cocazo que me di al agacharme a recogerla. Los colores de la tarde desordenaban la tonalidad de los mosaicos verdes. La estancia lucía menos fría y vacía. Jacques se movía con su gracia característica, algunas personas nacen con un encanto natural.

Regresó a la mesa y se me quedó mirando; sentí cómo el calor se me subía al rostro. Foco, Nadia, me repetí. Recuérdale a Jacques que tu avión de regreso parte en la madrugada; que apenas hay tiempo para que te relate los detalles del encuentro que sostuvo con Mija aquel día que fue a su casa.

—El chico era la viva calca de su abuelo, pero en frágil —dijo Jacques —. Algo ha pasado con las generaciones de ahora, que ya no resisten lo que aguantábamos las generaciones de antes. Te aseguro que serán pocos los que vivan más años de los que yo tengo ahora. Con eso no estoy diciendo

que, en otro tiempo, el chico hubiera tenido un desenlace distinto, pero quizá habrían pasado más años antes de que… —Jacques le dio un buen trago a su ginebra—. Habría saltado de una ventana tarde o temprano. Ya la tenía en él, la pulsión de muerte. Igual que su abuelo. Igual que otras treinta personas que he conocido a lo largo de mi vida.

—Lamento haberle traído ese recuerdo a la cabeza.

—Como si no me acordara de ello a diario. Es lo que es —dijo, encendiendo un cigarro.

—Cuando se vio con Mija, ¿él ya tenía pensada una fecha de muerte?

—No todavía. Verás, ellos saben que lo harán, pero no cuándo. Necesitan señales que vengan de afuera. Un anuncio. Lo están buscando todo el tiempo, hasta que lo encuentran.

—¿Ahí es donde entra usted en la ecuación?

—¿Te sirvo ginebra?

—No bebo alcohol. Gracias.

—¿Nunca?

—Con ver presencias etéreas tengo.

—Yo empecé a beber a los once años. Mis padres se iban a la taberna y mi abuela me daba una cerveza para que la dejara mirar tranquila la televisión. ¿Tú a qué edad…?

—Como usted. Hablé con ellos por primera vez a los once años.

—¿Ves? No somos tan distintos. Ya puedes tutearme. Tampoco es que te lleve tantos años, ¿eh?

—Usted podría ser mi padre.

—Podría tener un hijo contigo. Todavía me funciona el mecanismo.

Me crucé de brazos, incómoda. No es que temiera que Jacques intentara propasarse, es que no contaba con referencias en mi vida para responder a esa clase de insinuaciones. Opté por la salida defensiva: recordarle que mi avión salía en la madrugada y que habíamos hecho un trato de intercambio de información. Él se bebió el resto de su ginebra, echó al vaso un hielo gordo y se sirvió otro par de dedos del destilado.

—¿Tú conocías a esa chica? Cómo se llama, no me digas… ¡Ela! Al chico se le puso dura cuando me habló de ella.

Miré en dirección a la puerta y posé en automático mis manos sobre el cojín del asiento para impulsarme lejos de la silla. Jacques me detuvo risueño con un movimiento de mano.

—Te lo cuento porque los dos nos carcajeamos cuando se alzó la sábana —dijo—. Te falta un poco de sentido del humor, ¿eh? —después dio un trago al líquido en su vaso y endureció el gesto—. Soy arrogante y déspota. Y a veces también un tipo detestable. Pero nunca he faltado a mi palabra, ni he usado un matamoscas deliberadamente. De sobrepasarme con las mujeres, ni hablamos. Soy virgen.

Reí sin parar hasta ponerme casi morada. Fue liberador. Sentí cómo la tensión en mi nuca se desvanecía lentamente. Eso sí, acababa de regalarle a Jacques otra pieza de información preciada que nadie más sabía. En los minutos sucesivos evité los entrecruzamientos de miradas, convencida de que así la pregunta en torno a mi castidad quedaría volando en el aire. Jacques respondió como un caballero y sacó el tema fuera del camino.

—Ela, la chica esta —dijo—, lo traía loco. Me contó que cuando la conoció había sentido como si un rayo lo atravesara. Que apenas la vio mover con la mirada una azucarera sobre la mesa de la cafetería del boliche, le pareció la chica más bonita del mundo —soltó una risilla y dio un trago —. Lo de la azucarera no es broma; el chico me lo contó tan convencido que, te juro, le creí. Por un momento deseé intercambiar lugares con él, nada más para recrear en mi cabeza el recuerdo de ese evento. Luego el chico no aguantó más la farsa y rompió a llorar. Con los músculos contraídos como los tenía, ni siquiera podía levantar el brazo para limpiarse la nariz con la manga de la piyama. Linda camisa de fuerza la que se había fabricado. Le alcancé los pañuelos y terminé limpiándole los mocos. Pensé, ¿por qué Dios es tan cruel? ¿Por qué no puedes tenerlo todo en la vida? ¿Por qué lo poco que posees te hace sentir una culpa titánica? Luego intentas compartir ese algo con quienes no lo tienen y te responden *No gracias, prefiero quedarme como estoy*.

Jacques se paró de la silla y fue a vaciar el cenicero en el basurero de la cocina; regresó con un cenicero limpio.

—Eres la primera mujer a la que le adjudico la facultad extraordinaria de intrigarme después de haber convivido con ella más de cuarenta minutos.

Que lo sepas.

—Jacques —espeté nerviosa. Me gustó que me llamara mujer y no señorita, señora, muchacha o quimera.

—Es en serio. Dime, después de contártelo todo, ¿obtendré alguna recompensa especial?

—Ya tienes lo que más aprecias en el mundo: información privilegiada que ninguna otra persona sabe. Sé leal a tu palabra.

—Bueno, tenía que preguntar. No sólo de poder vive el hombre —respondió en su tono déspota—. Al menos me estás tuteando, ese ya es un avance —dijo, mientras se servía un dedo más de ginebra—. ¿Segura que no quieres acompañarme con un vaso? La parte que falta por contar no es nada divertida.

Negué con la cabeza. Él se encogió de hombros, dejó salir un suspiro.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunté al chico.

—¿Cuál problema? —me respondió, torciendo la boca en un intento fallido por reír—. ¿Te refieres a esto? —dijo mirando sus pies entumidos—. Soy un costal de mentiras desde que era niño y tuve la mala suerte de confirmarlo hace unas semanas.

—No te sientas tan especial —le dije—, todos aquí somos costales de mentiras.

—Si te escuchara Yuta te estrangularía. Según ella, soy un elegido. Pero eso tú ya lo sabes. Lo supiste desde antes de que yo naciera.

—Tenía que regalarle a tu madre una ilusión antes de que se matara tu abuelo en ese coche.

—¿Me estás diciendo que soy un fraude, Jacques? —dijo sonriendo.

—¿Quién no es un fraude?

—¿Crees que sea una cosa de los tiempos modernos o habrá sucedido desde siempre? ¿Por qué tenemos que ser especiales? ¿Por qué no basta con que estemos vivos para que haya alguien que nos quiera?

—¡Y de todas maneras nadie nos va querer! —bromeé.

—Le tengo miedo al dolor, Jacques. El médico dijo que este asunto es degenerativo; que mis tejidos se van a endurecer como una roca. Dime que podré morir antes.

Jacques caminó a la cocina, dio un último trago a la ginebra y, luego de mirar el vaso por un momento, lo estrelló contra la pared del fregadero. Sonó como el Gran estallido, pero no se lo dije porque no me lo hubiera creído. Regresó a la mesa caminando a zancadas. Se sentó y recargó los codos en la superficie. Me miró.

—Inventa tus propias mentiras que para eso te dieron libre albedrío —le dije al chico. Él me sonrió como ansiando que le concediera un milagro. Se esforzó en levantar el brazo hasta que se le enrojecieron los ojos. Quiso hacerse el fuerte, claro —Jacques encendió otro cigarrillo—, pero se le escurrían los sueños por la cara y él ni siquiera podía limpiárselos con la manga de la piyama.

Una vez que has visto algo, ya no puedes dejar de ver ese algo todo el tiempo; es imposible regresar a tu vida de antes. No a todas las personas les alcanzan las fuerzas para inventarse una vida nueva, para resignarse a dejar de ser aquel que veían reflejado en las pupilas de sus padres o de sus amigos. Les pasa como a esos árboles que de un día para otro se secan y mueren.

La ironía es que a nadie le importa un comino si te inventas una nueva vida. El chico pudo haber sido instructor de boliche. Qué diantres si un día ya no eres aquel que te convencieron que eras cuando niño. Qué si los hijos se convierten en desconocidos para sus padres o si los padres se vuelven unos extraños para sus hijos. ¡A quién hay que complacer! ¡Todo mundo se está mirando a sí mismo! Llegamos al mundo solos, crecemos solos y nos largaremos solos. ¡Es la vida, carajo!

Podrás amar al otro y desgastarte inútilmente tratando de sacarlo a flote. Al final uno termina firmando una carta de renuncia de dos renglones y marchándose a otro continente por supervivencia.

Jacques se llevó las yemas de los dedos a la cara y se talló los párpados. Sollozó como lo haría un niño con vergüenza de ser escuchado.

Ahí estaba yo, presenciando la autorregulación del mundo en una millonésima parte. Quise abrazar a Jacques, como a veces hago con los niños extraviados en el supermercado. No me atreví a acercarme, me dio miedo lo que sentía por él en ese momento.

—Mierda —gimoteó Jacques, descubriéndose la cara—, ¿sabes qué le dije al chico? Le dije: ¡Cuando estés listo, lo harás; agruparás tus fuerzas, te levantarás de ese colchón meado, caminarás hasta la ventana y te liberarás de la enfermedad! —luego estreché su mano tiesa entre las mías y me despedí.

Jacques se paró de la silla, tomó el teléfono inalámbrico que descansaba sobre la mesita de luz y digitó un número. De camino a la ventana, le respondieron del otro lado de la línea y solicitó un taxi. Dictó la dirección de su casa, preguntó en cuánto tiempo llegaría el auto y colgó. No volvió a dirigirme la mirada en los diecinueve minutos, casi eternos, que le tomó al automóvil llegar.

25

Jacques me acompañó hasta la reja del edificio. El conductor de la unidad blanca del servicio de taxis me aguardaba con la puerta abierta. Jacques se despidió de mí con una reverencia de cabeza, correspondí el gesto y subí al coche.

A bordo del auto, el desfile de luces que transitaba por las ventanas me deslumbraba como si padeciera una migraña indolora. No lograba trazar patrones ni borrar de mi mente la imagen de Mija, vistiendo su camisa invisible de fuerza, levantándose de la cama y caminando hacia la ventana. ¿Con qué palabras le explicaría a Yuta que somos más que sólo cuerpo? Decidí que le mentiría: No te tortures más, Yuta; la muerte de Mija es sólo la confirmación de que tu hijo fue un elegido.

Le pedí al conductor que encendiera la luz interior del coche, recogí del asiento trasero un periódico y lo hojeé deseosa de hallar algo que apaciguara mi taquicardia en lo que llegábamos al hotel. Topé con una imagen terrible: una niña vietnamita de unos cinco años que lloraba desconsolada, con su mano pequeña descansando sobre el lomo de un perro rostizado en un puesto del mercado de comida. Sentí como si toda la tristeza del mundo se albergara de pronto en mi vientre.

Cuando el taxi se detuvo frente a la puerta del hotel, un joven uniformado de verde y dorado abrió la puerta de mi lado. Arrojé al asiento delantero un billete grande, salté fuera del coche y corrí directo a recoger la llave de mi habitación de manos del concierge, que esa noche estaba a cargo de la recepción. Atravesé la estancia de sillones dorados, pasé de largo el par de elevadores y subí tres pisos de escaleras. El pasillo de habitaciones lucía horriblemente estrecho.

Cerré detrás de mí la puerta del cuarto. Por un momento no supe ni dónde me encontraba. La sensación en mi garganta era como la de tener una piedra atorada que obstruía el paso del aire. De camino a la cama escuché un cristalazo similar al del Gran Estallido: me rompí por dentro en miles de

pequeños fragmentos. Pensé en Yuta y el señor Gelman, en esa casa que ahora les quedaría tan grande y que ni siquiera en los domingos de comida familiar dejaría de lucir vacía.

Repasé los últimos instantes que pasé con Mija, nuestra última conversación, tan sosa. Él ya casi no podía moverse y sus manos hinchadas parecían dos guantes inflados de porcelana. Estaba sufriendo dentro la agonía horrible de los árboles recién talados, las aves atravesadas por una bala, los leones marinos apaleados, las hormigas atrapadas en un nido en llamas, los soldados que todas las noches sueñan su muerte, los estudiantes que ven de frente el cañón de un arma, las madres que nunca más despegarán su frente de la ventana, las flores que acaban de ser arrancadas de la tierra, los perros abandonados en la orilla de la carretera.

Sentí la pérdida… la de Mija y la de mi infancia: viajé al día en el que papá me regaló los tres roedores y mamá dijo que tenerme de regreso en casa los hacía las personas más felices del planeta. Luego escuché timbrar el teléfono verde, aquella antigüedad con disco giratorio que ellos conservaban por nostalgia. Me oí descolgar la bocina y prestar atención a la voz agripada que me daba anuncio del accidente grave que habían sufrido mis padres en la avenida.

Me revolqué sobre el tapete rosado del cuarto de hotel hasta hacerme un ovillo en el piso junto a la cama, como si solamente el piso pudiera contenerme. Como si tanta tristeza no pudiera soportarse a otro nivel que no fuera al ras del suelo.

Sonó un teléfono. Me pregunté si el que timbraba era el teléfono verde de mis recuerdos. No me moví ni un centímetro hasta que el ruido cesó. Después se activó de nuevo y no paró hasta que repté hasta el buró de la cama, jalé el cordón del teléfono blanco y atraje hacia mí la bocina. Contesté. Era Jacques.

—Hay una rata parda en mi departamento. ¿Qué hago? ¿Querrá hablar contigo?

Rompí en llanto. Le dije que quizá ya no habría poder en el mundo que me sacara de las arenas movedizas de ese cuarto.

—No quiero salir nunca más a la calle, Jacques. Quiero reducirme hasta desaparecer. Me descompondré hasta hacerme polvo.

—Chiquita, no hagas una tontería.

—Ya no quiero estar aquí, Jacques. Ya no quiero estar aquí, en este ruido. Si supieras cuánta tristeza burbujea en el mundo, no puedo soportarlo.

—Espérame, por favor. Voy en camino.

—Ya no quiero, Jacques. Ya no quiero estar aquí.

—Estoy yendo por ti, no cuelgues. ¿Te hablé de los pinos de Jack? Son estos árboles medianos que en lugar de hojas tienen agujas y sueltan pequeñas piñas, de esas que se usan de decoración en Navidad. Ah, esta historia te va gustar, Nadia. ¿Sigues conmigo, chiquita?

—Sí.

Los pinos de Jack —continuó— son árboles pirómanos por supervivencia. ¿No es hermosa la ironía? Pasa que son intolerantes a la sombra; que si crecieran cerca de ellos encinas y robles que los superaran en tamaño, eso los acabaría. Entonces, ¿qué hacen para subsistir?: acumulan agujas secas en el piso forestal, éstas arden con una facilidad endiablada y se transforman en incendios pequeños. Pero el fuego no lastima a los pinos de Jack porque tienen una corteza muy gruesa que protege la madera que hay debajo. Los árboles de hoja ancha como el roble perecen rápido; no tienen defensas y hasta el fuego más pequeño los fulmina. La mejor parte: ¿sabes dónde alojan los pinos de Jack sus semillas? ¡Adentro de las piñas! Sólo temperaturas elevadas como la del fuego consiguen liberarlas.

La puerta del cuarto se abrió con un golpe, Jacques entró a pasos agigantados, seguido del concierge.

—Ay, cariño —clamó el concierge—, te dije que no fueras al Barrio Bohemio en un mal día.

Jacques le dio un billete y lo empujó fuera del cuarto. Me levantó del piso y me llevó al baño. Abrió las llaves de la regadera y me arrastró bajo el chorro de agua tibia. De súbito la respiración me regresó al cuerpo. Jacques me abrazó. Me sentí a salvo.

El concierge arregló un servicio exprés de lavandería para ambos. Mandó al cuarto una jarra de chocolate caliente, cortesía del hotel, y toallas extra. Yo vestía pantalones deportivos y la sudadera de repuesto que había empacado en caso de emergencia. Jacques estaba envuelto en un capullo de

toalla blanco, lo único que dejaba asomar era su penacho pelirrojo, los ojos color lodo y los dedos de los pies. La televisión estaba encendida en la transmisión de un partido de tenis y nuestras pupilas fijas en la pantalla como si fuera la primera vez que viéramos interactuar personas en un programa terrícola.

Sonaron dos toquidos en la puerta, Jacques se levantó a recibir el envío de la ropa seca y planchada. Se encerró en el baño. Salió en menos de cinco minutos.

—Agarra tus cosas —me dijo—. Daremos un paseo y después te llevaré al aeropuerto.

Como viajando a bordo de otro tiempo, así me sentía en aquella réplica de descapotable de carreras, con asientos de cuero, volante de madera, interruptores tipo avión en el tablero, una radio de botones y un techo de aluminio en lugar de lona.

—El año que empecé a beber cerveza —dijo Jacques—, Jaguar anunció que fabricaría dieciocho de estas chuladas para que recorrieran los mejores circuitos de carreras de la época. Al final sólo se produjeron doce. Leí que ahora, más de medio siglo después, el Departamento de Historia de la marca ha decidido completar la serie con las seis unidades restantes. Que venderá cada pieza en más de un millón de euros.

—¿Eso cuesta este auto?

—Este es un prototipo. Una imitación fina. Un original, con pedigrí deportivo, ha de rondar los tres millones de euros.

—Con razón nos mira así el conductor del coche de al lado.

—Ni siquiera nos ve. Se ve a sí mismo tras el volante. Es el motor que impulsa la economía del mundo. ¿A ti qué te falta en este momento?

—Nada.

Deambulamos por las calles iluminadas de la ciudad. En cada hilera de luces que se formaba y desintegraba podía leer otra vez los patrones; ni el número de insectos que se calcinan al chocar contra las lámparas blancas del alumbrado público ni el cauce del tráfico vehicular son eventos accidentales. Sistemas complejos que conforman sistemas complejos a gran escala. Un espectáculo maravilloso, notar la autorregulación del mundo.

Un doble remolque se quedó varado a mitad de la avenida. Jacques maniobró entre autos para entrar a una calle aledaña y serpentear por las entrañas de una colonia ecléctica que lo mismo albergaba escuelas primarias que zapaterías y casinos. Atravesamos un cruce que de noche era territorio de prostitutas centroamericanas. Conté nueve chicas que se aproximaron al coche contoneando una sonrisa de familiaridad. Más de una llamó a Jacques por su nombre. Él les devolvía un saludo gentil. Son buenas chicas, repetía.

Se ofreció a estacionar el coche y acompañarme a documentar mi vuelo. Le tomé la mano, le di las gracias mirándolo a los ojos.

—Regresa un día por otro paseo de un millón de euros —dijo.

—Lo haré —sonreí.

26

Apareció un testigo. Con esa noticia me recibieron los roedores en casa. Se trataba de un ejemplar de rata negra de menos de un kilo, integrante de la todavía minoría del treinta y tres por ciento que ya porta consigo una mutación que hace a los de su tipo resistentes a los venenos, en particular a los que han sido utilizados desde mediados del siglo pasado.

Ese jueves por la noche que Mija voló al saltar por la ventana, la susodicha lo presenció todo desde aquel recoveco en la cornisa, desde el cual tantas veces había aguardado con cautela a que el ocupante de la cama apagara las luces del cuarto con ayuda de un interruptor alámbrico y cayera dormido a los pocos minutos, dejando sobre la charola del mantelito amarillo tejido a crochet un festín de restos de comida.

Aseguró que aquella última noche en que vio con vida al sujeto de la cama, alguien más estaba en el cuarto a la hora de ocurrir lo inesperado; que Mija abandonó la cama y marchó tambaleante hacia la ventana con pasos torpes, balbuceos y sonidos, como hacen los niños que se sueltan a caminar por primera vez, mientras la chica que permanecía con las manos en la espalda, recargada contra uno de los muros de la habitación, lo miraba con total asombro. Antes habían compartido una tableta de chocolate belga mitad amargo-mitad leche y luego un beso.

Él asomó lento la cabeza por la ventana y como si su cráneo pesara más que el resto de su cuerpo, se deslizó en picada hasta desaparecer por el hueco de la ventana abierta. Se escuchó un golpe seco en el jardín y la chica se cubrió al instante las orejas para atrapar el sonido como a un insecto en un frasco y poder seguir escuchándolo como si se tratara de la última palabra pronunciada en el mundo. Después también ella desapareció por el hueco de la ventana. Bajó la escalera de incendios, atravesó corriendo el jardín de casa de Mija y después el de mi casa.

La madre de Ela me hizo pasar a la cocina. Se disculpó por la torre de platos sucios que había en la pileta del fregadero. Teñirse el cabello, dijo,

era su prioridad del momento. Ela no estaba en casa, tampoco en el expendio. Esa misma mañana habían acudido al notario a firmar los papeles para traspasarle el local a una familia rusa, que pondría una pequeña fonda en la que servirían comida tradicional y empanadas.

Ela había salido a comprar una maleta nueva, después iría a casa de la mujer del turbante, quien quería obsequiarle ese abrigo colorido que guardaba en un portatrajes violeta. Tenía la forma de una gabardina y en el forro conservaba impresas las huellas de más de una veintena de travesías. Ela y su madre saldrían de viaje al día siguiente. Primero visitarían París, después Rusia. Me contó la madre de Ela que el premio mayor de la lotería había salido en tres.

«A donde sea que vayas, te llevarás contigo»

Mijael salta por la ventana la madrugada de un viernes. Los Gelman, sus padres, no pueden explicarse cómo su hijo de veintinueve años, quien pasó los últimos meses anclado a una cama terapéutica, víctima de un mal degenerativo, logró arrojarse hacia el jardín. La señora Gelman acude en busca de respuestas a Nadia, su joven vecina, que lleva años viviendo sola y puede comunicarse con los roedores, pero ella no presenció el salto de Mijael y sólo puede aportar información aislada. Los únicos que podrían arrojar alguna luz sobre el caso son Jacques, un economista autodidacta vinculado a los Gelman, quien se considera a sí mismo capaz de producir el futuro, o Ela, la heredera de un expendio de lotería y el último gran amor de Mijael, que sin tocarla puede pasear una azucarera sobre la superficie de cualquier mesa.

En un mundo fruto de variables que escapan al control humano, donde ecuaciones invisibles conectan y separan vidas y las personas son el resultado de la suma y resta de todas las vidas que los han precedido, nadie vive de igual manera la elaboración de la pérdida y la reconstrucción de las esperanzas.

Karen Chacek es escritora mexicana. En su obra aborda temas personales, a fin de conciliar su afición por la imaginación fantástica con su interés por problematizar el presente y las creencias generalizadas de la sociedad contemporánea. Así lo constatan sus novelas, su trabajo fílmico y más de una decena de libros infantiles y apariciones en antologías de cuento y crónica, colaboraciones con medios impresos y programas de televisión. Amante de los paseos largos, todavía dedica algunos ratos libres a adivinar pensamientos a cambio de dulces.

Caer es una forma de volar

Primera edición digital: septiembre, 2016

D. R. © 2016, Karen Chacek
c/o Indent Literaty Agency

D. R. © 2016, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolivar, por diseño y collage de portada
D. R. © Roderick Field / Trevillion Images, por fotografía de portada
D. R. © Arturo Aldai, por fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-314-809-2

ÍNDICE

Caer es una forma de volar

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos